

297

CLARETTE

EL SR.
MINISTRO

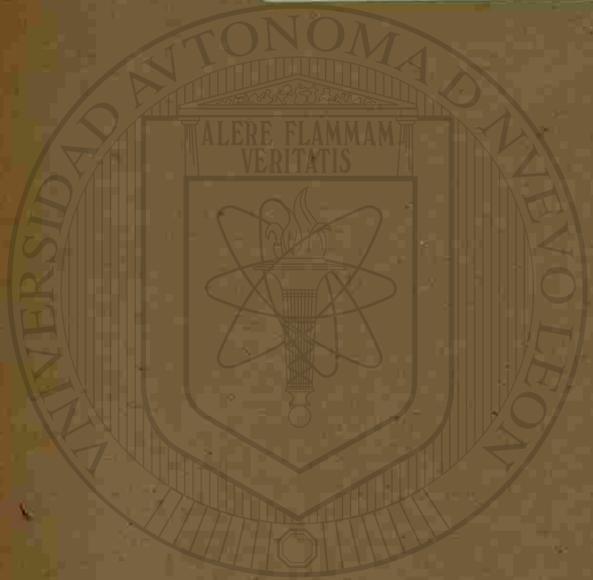
2

PQ2207

.C6

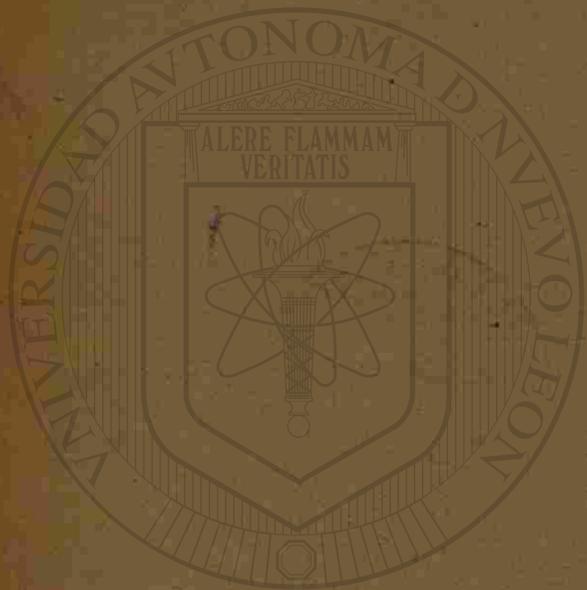
M68

v.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

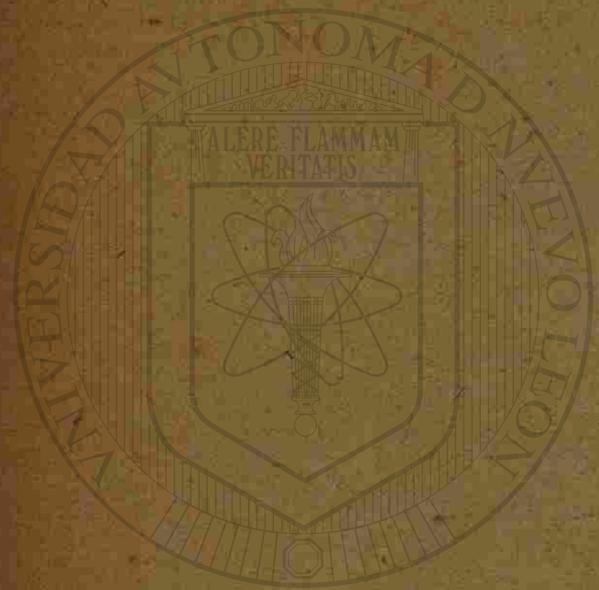


EL SEÑOR MINISTRO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. W
Núm. Autor C. S. ...
Núm. Av. 29154
Procedencia - 8 -
Precio ...
Fecha ...
Clasificación CAS
Catálogo 697



EL

SEÑOR MINISTRO

NOVELA PARISIENSE

POR JULIO CLARETIE

Traducida de la 67.ª edición francesa

POR

ANGEL DE LUQUE

TOMO SEGUNDO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo. 1825 MONTERREY, MEXICO

MADRID

EL COSMOS EDITORIAL
ARCO DE SANTA MARÍA, 4, BAJO

1887

098364

29834

PQ2207

66

M68

XZ



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1887.—Est. TIP. «SUCEORES DE RIVADENEIRA»,
Paseo de San Vicente, núm. 20.

EL SEÑOR MINISTRO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I.

Sabina y la señora de Gerson eran, con las esposas de los Ministros, las de los Subsecretarios y de los altos empleados, las visitas más asiduas en casa de Adriana, y las que cada día la encontraban más *lugareña*. Ella, estupefacta, sentíase asustada por esas parisienses bullangueras, que parecían máquinas en continuo movimiento, y que charlaban cómo tocan las cajas de música.

—¿Os aburren?—le dijo claramente una noche Guy de Lissac, que sentía compasión hacia aquella joven pensativa, mil veces más bonita que la hermosa señora de Gerson, cuya belleza ensalzaban los periódicos; hacia aquella mujer de un Ministro, que voluntariamente se retraía, tímida, con cierta cortedad de genio, que no era torpeza ni falta de trato, y seductora, sobre todo para un hombre como Guy.

—No me aburren—respondió Adriana;—es que me trastornan.

—¡Ah! están en el *movimiento*, como se dice ahora. Tren expreso. Pero se divierten tanto, que ni siquiera tienen tiempo para disfrutar. Cuando la locomotora marcha á todo vapor, ¿cómo diablos se ha de contemplar el paisaje?

Adriana advertía en la conversación de aquel esceptico cierta simpatía, disimulada por su irónica manera de decir las cosas. El talento de Lissac le agradaba. Le extrañaban un poco, algunas veces, las burlas, quizás afectadas, del joven; pero su ingeniosa manera de conversar la consolaba de las tonterías y vulgaridades que escuchaba á cada paso.

Al principio por curiosidad, y luego por un sentimiento de amistoso respeto, Guy se había empeñado en estudiar aquella delicada naturaleza de sensitiva, llena de amor hacia Sulpicio, y que se sentía acometida algunas veces por extraña impresión dolorosa, como si en torno suyo hiciese el vacío, un vacío donde se ahogaba, alguna máquina neumática.

Parecíale que aquel grandioso palacio, poblado de fantasmas, estaba virgen de recuerdos y era vulgar como una fonda. Nada allí había dejado

huellas, más que el polvo y las manchas. Aquellos salones, edificados en otro tiempo por el Mariscal de Beauvau; aquellos muros que en otro tiempo habían oído los sollozos de la señora de Hondetot ante el último suspiro de Saint Lambert, parecían para Adriana estar despidiendo por todas partes el tedio, el irresistible tedio, el tedio solemne, oficial, absoluto; el tedio en el decorado y el aislamiento en el poder.

Maldecía aquella soledad; sentíase como perdida en los salones de aquella fonda que era el Ministerio, formado de grandes habitaciones frías, lúgubres, con sus sillas colocadas en fila á lo largo de la pared simétricamente y que no esperaban á nadie. Sillas de adorno, desocupadas, y que (los muebles á que estamos acostumbrados, los muebles de familia, parece que tienen el don de la palabra) no hablaban entre sí. Vastísimas habitaciones desiertas, donde los armarios para libros tenían, detrás de sus cristales, visillos verdes siempre corridos; armarios sin libros, que no se abrían nunca, lúgubres como sepulcros vacíos.

Sí; Adriana se ahogaba en aquella mansión dorada, llena de tapices de los Gobelinos, pero terriblemente sombría, y en la cual nada, nada, ni siquiera un objeto, le recordaba el delicioso hogar

provinciano, la casa de Grenoble, el jardín lleno de lilas, á donde ella bajaba á veces á leer un rato, en tanto que Sulpicio trabajaba arriba en su cuarto, junto á la mesa llena de papelotes y colocada al lado de un balcón casi siempre abierto. ¡Ah, las queridas habitaciones del humilde hogar de provincia y los deliciosos ratos pasados en el alegre nido de sus amores!

Recordaba también los primeros tiempos de su estancia en París, los días agradables pasados en el piso alquilado en la Calzada de Antin, donde al menos se sentía en su casa libre de ir y venir, de perorar, de hablar alto, sin tener la impresión de una mirada fija constantemente en ella, de unos oídos siempre atentos y en perpetuo espionaje, de unas gentes dispuestas siempre á criticar todos sus actos y á comentar todas sus palabras.

Algunas veces se preguntaba á si misma si, aun para el propio Sulpicio, no distaba mucho de ser la felicidad aquella vida que era una verdadera esclavitud; aquella fiebre política que desde hacía algún tiempo lo estaba poniendo pálido, nervioso y muy otro de lo que era antes.

—Si no me amases tanto — solía decirle ella sonriendo dulcemente — creería que ya no me amabas.

—¡Qué locura! no tienes más que una rival, Adriana mía....

—¡Ah! ya lo sé. Pero te me arrebatara por completo. Es la política. En fin, adquiere gloria, y yo seré feliz ó sabré resignarme, como quieras. ¡Te adoro tanto! Puesto que te daría mi vida entera, bien puedo hacer el sacrificio de que pases los días fuera de mi lado.

Procuraba, en medio de aquella vida oficial, llevar á su casa el orden burgués y provinciano que le habían enseñado desde pequeña, aunque era rica. Echaba de ver que los postres de su mesa desaparecían en seguida, y que se llevaban á la cocina platos sin tocar y botellas sin abrir. Quiso hacer observaciones; pero la sonrisa un si es no es despreciativa de los criados le sirvió de respuesta, y ya no se atrevió á insistir, porque se avergonzó.

Indudablemente el señor Picherau, antecesor del señor Vaudrey, era económico, *agarrado*. Su mesa tenía poco de particular, porque el señor Picherau padecía del estómago; pero los antecesores de este señor, ¡aquellos sí que eran Ministros! ¡aquellos sí que habían dado banquetes y bailes! Verdad es que el uno era Conde y el otro Marqués, y á los aristócratas se les conoce en todo.

Una tarde oyó que uno de los criados decía á otro:
—¡Como si no fuese nuestro el dinero que se comen los Ministros! Dinero de los electores y de los contribuyentes. Ellos nos dan un salario, y nosotros en cambio les damos un pingüe sueldo. Eso es.

El criado fué puesto en seguida en la calle; pero sus palabras acudían á menudo á la memoria de Adriana y hacían que tuviese horror á todos aquellos lacayos que la rodeaban, que la servían con fina deferencia, sin cariño, como criados de fonda ó mozos de mesón, de quien debían separarse al día siguiente, dándoles una propina.

Vandrey advertía mucho menos aquellas picaduras cotidianas. Vivía en una atmósfera de elogios continuos, de disimuladas solicitudes y de adulación constante. Hubiera podido fácilmente calcular con matemática precisión, cuántos ángulos puede formar el cuerpo humano al inclinarse para hacer reverencias. Todo el mundo pedía ó hacía que pidiese algo. El ascenso, una verdadera monomanía, era el sueño constante de aquel enjambre de empleados que pedían, intrigaban, hacían en rededor del nuevo Ministro trabajos que parecían las fortificaciones de circunvalación en rededor de un reducto.

Sulpicio se sentía sitiado por una multitud de ambiciones. Los oficiales primeros echaban codiciosas miradas á las plazas de jefes de negociado, y éstos á las de director. Las cartas y las tarjetas de recomendación llovían materialmente. El Ministro sentía náuseas al ver aquel torrente de solicitudes y de peticiones, y procuraba contenerlo llamando á Warcolier, el subsecretario, y diciéndole que contestase á los senadores, á los diputados, á todo el mundo, que no quería el favoritismo; que la época de las recomendaciones había concluido; que no pensaba ascender más que á quien reuniese méritos para ello. ¿Lo oís bien, señor Warcolier?

El subsecretario ponía los ojos en blanco, los abría desmesuradamente, luego sonreía, y después de acariciar sus espesas patillas con cierto aire de diplomático misterioso, hacía notar al señor Ministro, con tono doctoral, que aquella era una senda que en conciencia debía calificar de funesta. ¡Qué diablos! ¡algo había que hacer por los amigos!.... La entrada de Vandrey en el Ministerio de la Gobernación había hecho nacer muchas esperanzas, y era absolutamente necesario corresponder á ellas. No perdonarían á Vandrey los que se llevaran chasco.

—¿Qué chasco?—decía Sulpicio.—He prometido

reformas, y quiero hacerlas. Pero la gente se ríe de esas reformas y me pide destinos.

—¡Caramba!—contestaba Warcolier;—¡la cosa es lógica!

—Sí; pero hay destinos y destinos. No he de dejar á todos los empleados cesantes para colocar á otros nuevos, ¡y eso es lo que quisieran! ¡No hay ni un solo diputado que no tenga media docena de recomendados!

—Y ello es natural, señor Ministro, puesto que para eso son diputados.

—Es cierto, porque no parece sino que esa provisión de plazas les produce dinero.

—Cada cual va á su negocio, señor Ministro. Ayer mismo, un elector de mi distrito, cuya mujer acaba de tener un hijo, me escribía para que le buscara una nodriza. A nuestro amigo Perraud le escribió el otro día un elector diciéndole que le lleve un paraguas cuando vaya por allá este verano. Los electores toman á sus diputados como agentes de negocios ó comisionistas.

—¡O repartidores de estancos! pues bien, yo me he propuesto que haya más moralidad administrativa. Me gusta dar, pero también sabré negar lo que no pueda conceder.

—Eso os será fácil mientras tengáis fuerza en

el Parlamento; pero el día que aparezca tal ó cual personaje, pretendiendo ser Ministro, resultará más útil á todos esos intereses menudos..... ¡Hay muchos candidatos á Ministro!

—Granet, por ejemplo, ¡ya lo sé! Promete más de lo que puede dar. Yo no quiero engañar á nadie.

—Como queráis, señor Ministro, como queráis—respondió Warcolier entre grave y burlón.

A Sulpicio no le agradaba aquel hombre. Un majadero. Comprendía vagamente que le minaba el terreno el Subsecretario que afectaba en público singular rigidez de principios, y que en el terreno privado lo abandonaba todo al favor para captarse simpatías. Bastaba que el Ministro desahuciase á un exagerado ambicioso, para que el Subsecretario alentara con sonrisas equívocas y frases de doble sentido las esperanzas más absurdas. Vaudrey ignoraba aquel trabajo de zapa y no sabía que de todos aquellos que salían descontentos de su despacho hacía Warcolier un núcleo de amigos suyos; pero desconfiaba grandemente de aquel republicano de ocasión, que no lo había sido hasta que el triunfo de la República estuvo asegurado. Por lo demás, ¿qué tenía que temer? El Presidente del Consejo, señor Collard, tenía la absoluta con-

hubiese arriesgado todo sin titubear un momento.

Y cuando se lo decía cándidamente, ella contestaba de un modo extraño, en un tono interrogador lleno de encantos, en el cual había tanto de la caricia de amor propio de la mujer, como de la duda voluntariamente refinada de la coqueta; un *si* interrogativo.

—¿Sí?

Y no decía más.

Y en ese *si*? había para Sulpicio un mundo de ternezas, de excitaciones y de ardientes promesas.

Entonces la atraía hacia sí.

—¡Sí, sí, sí, sí! —exclamaba apasionado, hundiendo la cabeza entre el hombro descubierto por la camisa y el cuello de Mariana, aquel cuello perfumado que cubría de besos.

¡Sí! Y hubiese sido capaz de gritarlo delante de todo el mundo, desafiando á la sociedad entera.

¡Sí! Y era su alegría entregarse por completo á Mariana y decirle una y otra vez que nada, nada del mundo, nada valía para él tanto como aquella querida, por la cual lo olvidaba todo: la política, el hogar, la ambición, el cariño de su Adriana.

Gracias á los buenos oficios de la Dujarrier, Mariana había pagado el alquiler del hotelito, á los criados y á los acreedores menos pacienzudos.

Clara Dujarrier adelantaba los cien mil francos que reclamaba la señorita de Kayser, y hacía en la apariencia—porque realmente no tenía más que sacarlos de la caja—que los prestase Adolfo Gochard, su amante, que no tenía un céntimo, y á quien Vaudrey firmaba en debida forma un recibo de dinero tomado en depósito. La Dujarrier se quedaba con veinte mil francos por su comisión, y entregó solamente ochenta mil á Mariana.

—¡Pero si el pagaré de Vaudrey es de cien mil!

—Sí, hija; pero ¿y si pierdo lo demás? ¿Y si á tu Ministro se le antoja no pagarlo?

—¿Cómo ha de hacer eso?

—Otras cosas mayores se han visto, hija mía

Cuando hubo pagado dando su firma para aquel documento, Vaudrey experimentó la profunda alegría de las sensaciones brutales de amor propio del hombre á quien le cuesta el dinero una mujer guapa, y que cree que ésta le ama.

Al principio de sus relaciones, Sulpicio no iba á la calle de Prony más que de día ó por la noche después de comer y de asistir á una recepción ó al teatro. Mariana lo esperaba. Él llegaba fugitivo, loco de alegría y de deseo. Y allí permanecía en la alcoba de Mariana, en tanto que ésta gozaba de la satisfacción de ver á aquel hombre completamente

dominado por la influencia de sus caricias. A veces se divertía llamándole *vucencia* y leyendo en un librito donde estaba escrito el ceremonial necesario para ser recibido en audiencia por un Ministro.

—Si alguna vez se me ocurre pedirte una audiencia, tendré que dirigirme á tu secretario particular. Este libro es muy curioso: «Traje. La etiqueta no es severa en cuanto al traje, pero es de buen gusto presentarse como para una visita de cumplido. Las señoras deben llevar un vestido sencillo y guantes recién estrenados.»

Y se refa, medio desnuda en los brazos de Sulpicio, repitiendo y mirándole de hito en hito:

—¡Un traje sencillo. Oye, oye más—añadía cogiendo otra vez el libro. Se usa el tratamiento de *monseñor* y *vucencia* para hablar al Ministro ó para dirigirse á él por escrito. Al salir del salón se debe hacer una reverencia junto á la puerta..... ¡Hol!, hola!..... ¡Conque tanto hay que respetarte?..... Excelentísimo señor..... Monseñor..... Y tendría que hacerte reverencias..... ¡Dame tu boca, monseñor, tus labios, así!..... ¡Te adoro, monseñor!..... ¡Tú eres mi ministro, mío solo, mi ministro de Hacienda, mi amante, todo! ¡No te respeto, no; pero anda, que lo que es adorarte..... Te aseguro!.....

Y él sentía estremecimientos inexplicables de placer cuando le hablaba así; experimentaba verdaderos furros de alegría estrechándola entre sus brazos, y profundas desesperaciones cada vez que tenía que abandonarla por unas cuantas horas. ¡Abandonarla! ¡dejarla allí á la luz tenue de aquella lámpara elegante, sola, en aquella cama donde acababa de olvidar durante unas cuantas horas que en el mundo hubiese otra cosa que aquella mujer y aquel hotel caldeado de perfumes excitantes! Hubiese querido pasar á su lado la noche entera, no separarse de ella hasta que estuviese abrumado por sus caricias. ¿Pero cómo dejar sola á Adriana? Por mucha confianza que tuviese en él su esposa, aquella joven inocente, crédula, incapaz de sospechar, si no parecía por su casa en toda una noche, acabaría por sospechar algo.

Inventaba multitud de quehaceres y de recepciones oficiales que duraban hasta muy tarde, y sesiones nocturnas en la Cámara que le retenían hasta hora muy avanzada.

—Cualquiera diría—exclamaba Adriana con candidez á la hora del almuerzo—que las sesiones de noche van siendo mucho más frecuentes que antes.

—No me hables de ello—respondía Sulpicio.—

Te aseguro que estoy aburridísimo. Los diputados son el demonio..... Por acelerar un poco los trabajos para poder tomarse las vacaciones más largas, son capaces de cualquier cosa.....

Adriana no abría jamás *El Diario oficial*, que Vaudrey relegaba á su despacho particular, pretendiendo que la vista de un periódico le recordaría demasiado la vida de la política con sus agitaciones y sobresaltos, de los cuales quería descansar al lado de su mujer.

Un día, sin embargo, permitió que llevasen el periódico al gabinete de su mujer. Había dicho á Adriana que iba á pasar el día en Guisa ó en Ver vins, donde le había invitado á visitar una importante fábrica un diputado de la mayoría. Se iba por la mañana y no podría regresar hasta por la tarde del día siguiente.

—¡Cuánto tiempo!—dijo Adriana.

—¿Qué quieres? Más largo se me hará á mí que á tí, porque al cabo tú lo pasarás aquí en nuestra casa.

—¡Nuestra casa! No hay más casa nuestra que la de la Calzada de Antin ó la que tenemos allá en Grenoble.

—¡Vida mía!—exclamó Vaudrey abrazándola con ternura, y acaso también con sinceridad.

Y se fué. Iba á Guisa, de donde regresaba aquella misma noche; pero dió orden al Negociado de la prensa para que enviase á todos los periódicos, por medio de la Agencia *Havas*, un telegrama concebido en estos términos: «El señor Ministro de la Gobernación pasó el día de ayer en Guisa, invitado por el señor Delair, diputado por aquel distrito. Se alojó en casa de dicho señor. El Ministro regresó á París esta mañana á las once.»

Y sonriente y gozoso enseñó á Adriana esa noticia, diciéndole:

—¡Es admirable esto de que no pueda uno dar un paso sin que en seguida lo sepa todo el mundo!

—Cuéntame todo lo que has hecho—decía Adriana mirándole amorosamente.—¿Estás cansado? Parece que estás pálido. ¿Cómo pasaste el día? ¿pronunciaste algún discurso? ¿te aplaudieron mucho?

Vaudrey contestaba dándole besos, porque no sabía qué decirle. Ya sabía ella que todas esas recepciones se parecen mucho, que siempre sucede lo mismo. Delair había estado muy amable y deferente con él; pero el Ministro había tenido que sufrir la molestia de una porción de discursos y de visitas importunas.

—¡El día me ha parecido muy largo!

—¡Y á mí!—contestó ella.

Sulpicio regresaba, en efecto, del pueblo de Guisa; pero el último tren de la víspera le había traído á París, y desde la estación habíase marchado á la calle de Prony, á casa de Mariana. Había, pues, hallado el medio de pasar con ella toda una noche, en tanto que el Negociado de la prensa, manejando el telégrafo, le permitía engañar por aquella vez á la pobre Adriana. Llevó á Mariana un magnífico ramo de flores, cogidas en los jardines de Guisa por las hijas del señor Delair y dedicadas á la señora de Vaudrey. La cosa le pareció lo más natural del mundo.

Mariana, que lo esperaba, puso las flores en unos jarrones del Japón y le dijo, rodeándole el cuello con sus hermosos brazos desnudos:

—¡Gracias á Dios que has pensado en mí!

Vaudrey salió de allí á la mañana siguiente, enloquecido por el recuerdo de las caricias de su querida. A veces se dirigía á su casa, solo, á pie, aspirando el fresco de la mañana; otros salía en carruajillo de alquiler, y dentro de él se extendía fatigado, acariciando en su imaginación aquellos momentos de placer que acababa de pasar y sintiendo deseos de reanudarlos en seguida.

Cerraba los ojos y veía á Mariana con los párpados entornados bajo sus besos, y aspiraba el perfume de sus destrenzados cabellos cubriendo la almohada. Parecía que se hallaba penetrado de aquel perfume, y con la nariz muy abierta aspiraba fuertemente como para hacer acopio de aquel olor delicioso. Estremeciase al recuerdo de aquel hermoso cuerpo abandonado, más blanco que las sábanas en que descansaba é iluminado por la tenue luz de la lámpara de su alcoba.

Luego se decía que era necesario olvidar aquellas cosas para inventar una historia cualquiera que contar á Adriana. Entonces volvía á abrir los ojos y se sobresaltaba á su pesar al ver en las aceras, á un lado y otro del coche que lo llevaba, grupos de obreros con las manos en los bolsillos, la nariz colorada, con una bufanda vieja liada al cuello y llevando debajo del brazo el pan del día, ó leyendo, mientras caminaban lentamente, algún periódico que publicaba el último discurso del *señor Ministro de la Gobernación*; aquel magnífico discurso pronunciado, no en la sesión de la noche como Sulpicio iba á decirle á Adriana, sino dos días antes, en pleno día, y durante el cual la mayoría parlamentaria, fielmente agrupada en torno de Vaudrey, había aplaudido con entusiasmo esta

frase: «Yo que consagro todo mi tiempo y todos mis afanes á mejorar la situación de la clase obrera, y que puedo decir como el poeta—y perdonadme esta inmodestia:—«Lo que quito á mis noches lo añado á mis días.....»

Sulpicio creía estar oyendo todavía los aplausos y los bravos que acogieron sus palabras. Veía aquellas manos y aquellos brazos que se le alargaban y le estrechaban al bajar de la tribuna; volvía á sentir la impresión de orgullo que entonces había experimentado, y sin embargo, estaba descontento de sí mismo, al ver en aquel instante las manos enrojecidas y las cabezas de los obreros que llevaban entre sus dedos aquel discurso suyo.

En el Ministerio ya, hizo un esfuerzo para olvidar sus últimas impresiones; pero apenas pudo dominar el disgusto que le producía, siempre que entraba, aquella nube de pretendientes que le acechaba al paso.

Vaudrey dió orden para que Warcolier recibiese á todas aquellas personas y á otras muchas que el subsecretario acogía con amabilidad, no perdiendo ocasión de hacerse amigos y partidarios. Guy de Lissac y Dionisio Ramel hicieron observar más de una vez á su amigo el afán con que Warcolier procuraba hacerse popular.

—Te aseguro que no te es leal ese caballero, amigo de todos los Gobiernos—le decía Lissac.

—Anda minándoos el terreno poco á poco—añadía Ramel.

—Ya lo sé; pero estoy tranquilo, porque tengo en la Cámara una mayoría fiel y compacta.

—La mayoría, como las mujeres, cambian á menudo y cuando menos se piensa.

Guy sentía otra clase de inquietudes también respecto á su amigo Vaudrey. Adivinaba vagamente que Sulpicio hacía poco caso de Adriana. Sin duda lo distraían los asuntos políticos. Seguramente Vaudrey amaba á su mujer, que por su parte le adoraba con locura, y que era adorable; pero evidentemente la descuidaba más de lo regular.

Lissac los encontró un día discutiendo, después de almorzar, sobre una cuestión de que hablaban mucho los periódicos: el divorcio. A propósito de nada, á propósito de una demanda de separación de cuerpos que Adriana acababa de leer en la *Gaceta de los Tribunales*, salió la conversación. Un marido adúltero, el dueño de un almacén de porcelanas de la calle Paradis, un tal Vauthier, amante de una tiple de café cantante, muy célebre, llamada Lea Thibault. La esposa había pedido

la separación, y Adriana acababa de leer la vista del proceso.

— ¡Pobre mujer! — decía. — ¡Debe haber sufrido mucho!

Sulpicio no contestaba.

— ¿Sabes que si á mí me sucediera eso, no te lo perdonaría nunca?

— ¡Estás loca! ¿cómo te ha de suceder á tí?

— ¡Oh! Es verdad; la idea de que tú pudieras tocar á otra mujer, besarla como me besas á mí, me da, más que rabia, horror y repugnancia. Te digo seriamente que no te lo perdonaría nunca.

— Pero ¿quién te mete esas tonterías en la cabeza? Vamos, voy á tener que hacer lo que hacía antes — añadió Vaudrey. — Voy á prohibir que te traigan periódicos. ¿A quién se le ocurre leer la *Gaceta de los Tribunales*?

— Ese apellido, *Vauthier*, porque se parece un poco al tuyo, es el que me llamó la atención. Y luego, ese epígrafe tan triste: *Separación de cuerpos*. Yo preferiría el divorcio. ¡El divorcio absoluto, que rompe un pasado completamente!

— ¡Vaya una idea! — repetía Sulpicio un tanto inquieto.

Vaudrey se alegró mucho oír que anunciaban á Guy en medio de aquella discusión. Variarían de

conversación. Pero Adriana, muy impresionada con su lectura, volvía al mismo asunto con cierto encarnizamiento, y Lissac se echaba á reír.

— ¡Vaya una broma! ¡Hablar vosotros de divorcio! No temáis, señora, que no ha de ser vuestro marido quien presente á la Cámara una ley en favor del divorcio.

— ¿Quién sabe? — respondía Sulpicio. — Soy partidario del divorcio, partidario decidido.

— Y yo — contestaba Adriana — no puedo comprender que una mujer pueda pertenecer á dos hombres que estén vivos.

— Tú juzgas por tí. Pero las infelices que sufren..... y los infelices..... La ley actual admite la separación, que en resumen es permitir el divorcio, pero más cruel, más desgarrador, más injusto. Un divorcio sin libertad, un divorcio, pero que perpetúa la cadena.

— Sulpicio tiene razón, señora, y más tarde ó más temprano llegaremos inevitablemente al divorcio.

— Después de todo — decía Adriana, — ¿á mí qué me importa?

Y tiraba al suelo aquella pícara *Gaceta de los Tribunales* que hablaba de la separación de los esposos Vauthier. — En nosotros dos no puede ha-

ber ese caso; mi marido me ama y yo á él. Estoy tan segura de su cariño como del mío propio. Puede reclamar cuantas leyes quiera sobre ese punto, y no será seguramente por egoísmo, puesto que él no ha de aprovecharlas.

—¡Jamás!—dijo Sulpicio riendo y satisfecho de verse libre de la inquietud extraña y como magnética que le producía la insistencia de Adriana.

Pero aquella risa suya tenía algo de forzada. Ante la confianza de su mujer, Sulpicio sentía remordimientos. Pensaba en Mariana. Su pasión crecía, se duplicaba; pero aquel mismo recrudecimiento de su amor le causaba miedo. Tenía prisa por verse de nuevo en la calle de Prony. El palacio de la plaza de Beauvau se le ponía encima. Cada vez se le antojaba más una cárcel. Escapábase de allí con verdadera alegría.

Sí, una cárcel para él, como lo era para Adriana; una cárcel de donde huía para dirigirse al tocador de Mariana, para hallar allí los besos y la risa de su querida, en tanto que á la misma hora, su mujer, aquella criatura delicada y amorosa, sentíase abandonada y triste sin explicarse la causa de su tristeza, aburrida en aquella sombría mansión ministerial, esperando el coche que su marido le enviaba desde el Parlamento para ir—¿á dónde?—ella sola lo sabía.

—Debías hacer una porción de visitas—decía el Ministro. Eso te distraería, y es preciso cumplir con todo el mundo.

No hacía con gusto más que una sola visita; daba al cochero las señas de su casita de la Calzada de Antin donde había pasado con Sulpicio largas horas felices y tranquilas. Entraba en aquella casa desocupada, fría como un sepulcro, y cuyas ventanas hacía abrir para que penetrase por ellas el sol y el aire puro.

Allí se encerraba y permanecía un largo rato sentada en la butaca donde solía sentarse Sulpicio en su gabinete de trabajo, delante de su tintero, en medio de sus libros.

Adriana soñaba, soñaba con los tiempos pasados; recorría las habitaciones desiertas donde todo le recordaba un momento de alegría, una carejada, un beso, una caricia. ¡Ah! ¡qué agradable sería vivir allí los dos solitos y tranquilos!

¡El ministerio! ¡el poder! ¡la popularidad! ¡la gloria! ¡el poder! ¿A qué venía todo esto?

¿Acaso todo junto valía ni siquiera una de las horas pasadas allí tranquilamente en aquel hogar donde nada faltaba más que si acaso el alegre balbucear de un niño?

¡Pobre Sulpicio! ¡cuánto se destrozaba en una

tarea constante y abrumadora! ¡Daba á la política su salud y su vida, en tanto que allí podía encontrar la tranquilidad, las caricias consoladoras, el alivio de toda fiebre! ¡Todavía se veían encima de la mesa papeles y libros hojeados en otro tiempo!

Adriana salía con los ojos enrojecidos de aquellas especies de peregrinaciones á la felicidad. Tomaba el coche, y con la punta de la lengua mojaba su pañuelo de batista para pasárselo por los ojos, á fin de que Sulpicio no conociera que había llorado.

Y en el barrio de Saint Honoré, donde todos conocían perfectamente su carruaje de ministro, al verla pasar, había mujeres, tenderas, ó modistas ú obreras que, envidiosas, meneaban tristemente la cabeza y decían:

— ¡La mujer del Ministro!..... ¡Ah, qué feliz es ésa!..... ¡Cómo se le han realizado sus ilusiones!

II.

Mariana estaba satisfecha. No porque su ambición se viese enteramente cumplida, sino porque, después de todo, á falta de Rosas, no era de despreciar Sulpicio. Un Ministro es siempre un perso-

naje. Jamás hubiera podido soñar en un desquite tan inmediato.

Inmediato sí, pero tal vez no suficiente. Aquella hambrienta tenía más apetito cuanto más comía; y andaba buscando en su imaginación algún medio para, aprovechando la circunstancia de dominar completamente á Vaudrey, dar un golpe de mano que hiciese su fortuna. ¿Qué se le podría pedir ó exigir á Sulpicio? Ella recordaba las historias fantásticas de grandes negocios, de grandes contratas ruinosas para el Estado, pero que producían en un momento pingües beneficios para algunos privilegiados. La cosa para ella era querer simplemente, porque el Ministro se le entregaba atado de pies y manos. Ya encontraría un medio. Mariana conocía á su querido perfectamente, con todas sus candideces, todas sus debilidades; porque delante de aquella mujer hastiada de amor, Vaudrey, franco como él solo, se dejaba ir á confidencias íntimas, abriendo su corazón, descubriéndose en aquel duelo con una mujer corrida: duelo de interés que él tomaba por amor verdadero.

Mariana lo había estudiado atentamente y luego lo clasificó:

— ¡Un cándido!

tarea constante y abrumadora! ¡Daba á la política su salud y su vida, en tanto que allí podía encontrar la tranquilidad, las caricias consoladoras, el alivio de toda fiebre! ¡Todavía se veían encima de la mesa papeles y libros hojeados en otro tiempo!

Adriana salía con los ojos enrojecidos de aquellas especies de peregrinaciones á la felicidad. Tomaba el coche, y con la punta de la lengua mojaba su pañuelo de batista para pasárselo por los ojos, á fin de que Sulpicio no conociera que había llorado.

Y en el barrio de Saint Honoré, donde todos conocían perfectamente su carruaje de ministro, al verla pasar, había mujeres, tenderas, ó modistas ú obreras que, envidiosas, meneaban tristemente la cabeza y decían:

— ¡La mujer del Ministro!..... ¡Ah, qué feliz es ésa!..... ¡Cómo se le han realizado sus ilusiones!

II.

Mariana estaba satisfecha. No porque su ambición se viese enteramente cumplida, sino porque, después de todo, á falta de Rosas, no era de despreciar Sulpicio. Un Ministro es siempre un perso-

naje. Jamás hubiera podido soñar en un desquite tan inmediato.

Inmediato sí, pero tal vez no suficiente. Aquella hambrienta tenía más apetito cuanto más comía; y andaba buscando en su imaginación algún medio para, aprovechando la circunstancia de dominar completamente á Vaudrey, dar un golpe de mano que hiciese su fortuna. ¿Qué se le podría pedir ó exigir á Sulpicio? Ella recordaba las historias fantásticas de grandes negocios, de grandes contratas ruinosas para el Estado, pero que producían en un momento pingües beneficios para algunos privilegiados. La cosa para ella era querer simplemente, porque el Ministro se le entregaba atado de pies y manos. Ya encontraría un medio. Mariana conocía á su querido perfectamente, con todas sus candideces, todas sus debilidades; porque delante de aquella mujer hastiada de amor, Vaudrey, franco como él solo, se dejaba ir á confidencias íntimas, abriendo su corazón, descubriéndose en aquel duelo con una mujer corrida: duelo de interés que él tomaba por amor verdadero.

Mariana lo había estudiado atentamente y luego lo clasificó:

— ¡Un cándido!

Comprendía que en aquel hotel de la calle de Prony, donde no se hallaba en su casa, pero donde se había instalado como en país conquistado, Sulpicio tenía verdaderos desvanecimientos. Cuando entraba allí entraba en un mundo nuevo para él, como un lugareño, según solía llamarlo Granet con mucha frecuencia.

El tío Kayser iba con frecuencia á ver á su sobrina, y como era muy severo en materias de arte, siempre lanzaba miradas despreciativas á la multitud de *bibelots* de pacotilla—frase suya favorita—que llenaba toda la casa.

—Toda esta instalación carece de austeridad—decía á Mariana, sin dejar de fumar su grosera pipa arrellanado en un diván, ni más ni menos que hubiera podido hacer en su estudio de pintor.

Luego, con tono cínico y mirando al techo, como si siguiese con la vista algún fantasma misterioso, añadía:

—Muchos negocios debe hacer tu dichoso Ministro, si todo esto sale del Ministerio.

Mariana le interrumpía. No tenía para qué mezclarse en cosas que no le importaban, y sobre todo debía callar. ¿No sabía que Vaudrey era casado? La menor indiscreción.....

—¡Oh! ¡no tengas cuidado!—interrumpía el

pintor.—¿Yo? ¡Mudo y sordo como una tapia.— Tanto más cuanto que maldito si está bien hecho lo que haces, porque al fin y al cabo te has escapado de casa..... En fin, esto no está feo, pero no es lo que debe ser una casa severa y elegante..... ¿Y á qué hora viene tu Ministro? Quisiera hablarle.....

—¿Para echarle un sermón?—preguntó Mariana, mirando á su tío con aire irónico.

—No por cierto. Yo debo ignorar..... No; es que tengo un proyecto para decorar uniformemente todas las alcaldías de barrio de París, y pienso proponerle..... *El matrimonio moderno*, ¡una alegoría!..... *La ley imponiendo el deber al amor*. Algo bien sentido y moralizador. Cuadros que hagan pensar, porque la sola contemplación de las obras de elevación y de buen gusto influye poderosamente sobre las costumbres y las masas..... ¿Comprendes?

—Perfectamente. Es decir que queréis proponerle un negocio.

—Esa palabra no me suena bien! ¡Un negocio! ¿Acaso los verdaderos artistas piensan en hacer negocios? Los verdaderos artistas obedecen á su inspiración, persiguen un ideal..... ¡Negocio!..... ¡un negocio! ¡Bah!..... Eres capaz de quebrarle las

alas á la misma fe..... Oye, nena, ¿tienes todavía de aquel Kummel tan rico que me diste el otro día?

Mariana se esforzaba por evitar que su tío Simón pudiese molestar á Sulpicio con sus solicitudes y pretensiones, porque quería guardar para sí toda la influencia del Ministro.

Verdad es que nada tenía que temer. Sulpicio le pertenecía más aún de lo que ella misma sospechaba. Como tantos otros que han envejecido sin vivir, Sulpicio no conocía á la *mujer*, y la tal Mariana era diez veces mujer, mujer-niña, mujer-amiga, mujer-cortesana, mujer-prostituída; y cada día, cada noche se le aparecía bajo un aspecto nuevo inesperado, capaz por sí solo de inspirar violentísima pasión á un hombre de las condiciones de Vaudrey.

Y todo lo de ella, hasta aquella casa lujosa llena de perfumes excitantes y de sensualismo, le enloquecía. Detrás de aquellos espesos cortinajes del cuarto-tocador, admirablemente tapizado, cuyas alfombras parecían puestas para andar por ellas con los pies descalzos, del mismo modo que el elegante sofá que se veía en un testero parecía hecho para las languideces del cuerpo en los momentos de placer, Sulpicio contemplaba el gran

armario de triple espejo donde se reflejaba la inmensa piedra de mármol del lavabo con sus grifos de plata, la palangana de plata llena de agua perfumada, y los botes con tapadera del mismo metal, donde se veían primorosamente grabadas sus iniciales, y los magníficos peines en marfil y concha, y las tijeras, y las limas, y las pinzas, y el sin fin de objetos de tocador; y en medio de todo aquello, á Mariana que iba y venía de una parte á otra mirándole, sonriéndole, con el cabello destrenzado y los hombros y el pecho desnudos, disponiéndose para entrar en el cuartito contiguo, donde en magnífica pila de mármol blanco humeaba el agua tibia del baño que iba á recibir aquel cuerpo sonrosado que él acariciaba con estremecimientos de mozaibete inexperto.

Y Sulpicio no podía olvidar un punto aquel recuerdo que lo perseguía insistente por todas partes, en el Parlamento, en el Consejo de Ministros, en su despacho, y hasta cuando se hallaba al lado de Adriana. Su esposa, al verle casi siempre absorto, no trataba de interrumpir sus reflexiones, políticas sin duda alguna, y él, entretanto, pasaba las horas muertas ocupado aparentemente en cualquier cosa, pero en realidad sin hacer más que acariciar con la imaginación el recuerdo de aque-

llas formas femeniles, las inflexiones de aquel cuerpo de mujer.

Preciso era que Vaudrey tuviese una inteligencia privilegiada y una fuerza de voluntad extraordinaria, para olvidar de pronto sus recuerdos y sus visiones, cuando veíase obligado repentinamente á subir á la tribuna ó á contestar á una pregunta de alguno de sus colegas en pleno Consejo de Ministros. Y Sulpicio se multiplicaba, encontrando en el estado de su ánimo cierta excitación nueva, una especie de latigazo nervioso producido por aquel amor que le rejuvenecía. En el Parlamento no se le había visto nunca tan activo y diligente. En el Ministerio decididamente se había propuesto demostrar á todos, y al dichoso Warcolier principalmente, que servía para trabajar y que era el hombre de las grandes iniciativas. El Presidente del Consejo, el señor Collard, solía decir á Sulpicio:

—Pecáis por exceso de celo, mi querido Vaudrey. ¡El hombre de Estado debe ser algo más frío y menos apasionado!

—¡Ya lo seré menos cuando sea más viejo!— contestaba Sulpicio sonriendo.

De cuando en cuando iba á pedir consejos á Ramel, como había prometido. Los tenderos de la

calle de Boursault no sospechaban ciertamente, al ver un coche que se detenía á la puerta de la casa del antiguo periodista, que de él bajaba un Ministro.

Sulpicio experimentaba á veces, en medio de la agitación de su vida, verdadera necesidad de charlar un rato con su antiguo amigo. Por otra parte, la calle de Boursault estaba en el camino de la de Prony, y unas veces por hacer tiempo, otras porque Mariana había salido, con mucha frecuencia Sulpicio iba á ver á Ramel.

—¿Estáis contento de mí?—le decía.

—¿Cómo no he de estarlo? Sóis un hombre honrado, fiel y leal á vuestras ideas. Así es que no temo por vos, sino por la gente que tenéis alrededor vuestro.

—¿Warcolier?

—Warcolier y otros muchos de esos personajes importantes que me preguntan desdeñosamente—cuando se dignan saludarme—con cierto aire de superioridad y de protección: «¿Qué, ya no hacéis nada? ¿Cuándo váis á hacer algo?» Como si no hubiera hecho demasiado ya.

Y Dionisio Ramel se sonreía, en tanto que el Ministro contemplaba con ademán respetuoso aquel combatiente siempre á vanguardia, aquel

trabajador que jamás había querido tomar recompensa alguna y que jamás la había pedido.

—Yo quisiera—decía Vaudrey—que hicieseis otro periódico para seguir diciéndoles verdades.

—¡Vaya una ocurrencia! ¿No veis que un periódico que dijese la verdad á todo el mundo no viviría ni seis meses, puesto que nadie lo compraría?

Un día en que Vaudrey estaba de visita con su amigo, y que se preparaba á salir, llamaron á la puerta de casa de Ramel.

—¡Caramba, qué casualidad! ¡una visita! ¡Perdonad, mi querido Vaudrey, vengo en seguida!

Y Dionisio fué á abrir.

Era un hombre de unos cincuenta años, vestido como los obreros pobres, con una chaqueta raída y un pantalón con las rodillas lustrosas, el cual entraba con la gorra en la mano. Flaco, pálido, con aspecto fatigado, con la tez morena y con una voz enronquecida. Saludó tímidamente, repitiendo por dos veces «perdonad, señores», y permaneció de pie en el umbral de la puerta, sin acercarse ni volver atrás, turbado y sonriendo.

—Perdonad, señores, si molesto..... ya volveré.

—¡Entrad, Garnier!—dijo Ramel.

El hombre entró, saludando á Vaudrey, á quien

no conocía, y obedeciendo una seña de Ramel se sentó en el filo de una silla sin dejar de dar vueltas entre sus dedos á la grasienta gorra que llevaba. A veces se llevaba una mano á la boca para detener en los labios una tos seca que lo ahogaba y que á primera vista acusaba una laringitis.

—¿No me pedíais que dijese las verdades?.....

¡Pues, escuchad un poco! ¡un minuto nada más!

—dijo Ramel en voz baja al oído del Ministro.

Y, sin nombrar á Sulpicio, empezó á interrogar á Garnier, quien un poco más tranquilo ya, hablaba, charlaba con animación sin hacer caso de las rosetas alarmantes que sus esfuerzos hacían asomar á sus pálidas y chupadas mejillas.

—¿Qué tal el trabajo, Garnier?..... ¡Oh! podéis hablar con franqueza delante de este caballero, porque le interesa.

El pobre hombre se encogió de hombros y sonrió tristemente con cierta amargura no exenta de resignación. Confesaba, sin quejarse, todo lo que estaba sufriendo. Todo estaba muy mal. Y parecía que en toda Europa pasaba otro tanto. El caso es que en su taller no había casi trabajo ninguno. El maestro, un buen hombre que ya estaba viejo, había procurado vender su taller de cerrajero, pero no había encontrado quien se lo comprase. Así es

que se vió obligado á cerrar la tienda, porque estaba enfermo, y los cuatro ó cinco oficiales que tenía se encontraban en la calle. Eso es. Afortunadamente, él, Garnier, no tenía mujer ni hijos, ni nada más que su persona, y de ese modo del mal el menos. ¡Pero los otros que tenían casa y chiquillos! Rousselet, que el pobre tenía nada menos que cinco, lo pasaría, de seguro, bien mal.

Debería haber cajas de socorros ó de crédito, ó de cualquier cosa, pero algo, para evitar esas miserias tristísimas que generalmente no eran merecidas.

—¿Os ocupáis de política?—preguntó Vaudrey, que sentía excitada su curiosidad, porque adivinaba una inteligencia firme en el cuerpo de aquel pobre viejo abatido y enfermo.

Garnier miró á Ramel antes de contestar, y luego dijo lentamente:

—¡Oh! ahora ya no. Todo se acabó para mí. Voto como cada hijo de vecino, pero dejo que allá se las hayan los jóvenes. Yo pasé ya todo cuanto había que pasar.

Y dijo esto en tono bajo, sin rencor, pero como lleno de recuerdos tristísimos.

—Es, sin embargo, chocante—añadió luego el obrero—que cuanto más cambian las cosas, más

se parecen. En vez de ocuparse en interpelaciones y discursos allá en la Cámara, ó de echar á tierra Ministerios y levantar otros, valiera más que pensarán un poco en los infelices que se mueren de hambre, y hay que confesar que son muchos. ¿Qué me importa á mí que sea Ministro Picheran ó que lo sea Vaudrey, si no sé dónde iré á dormir el día que se me acaben los cuartos que tengo ahorrados, ni si el panadero me fiará cuando sepa que no tengo trabajo?

Ramel, al oír nombrar á Vaudrey, había querido hacer una seña al obrero; pero Sulpicio bruscamente cogió la mano de su antiguo amigo y se la apretó, como para rogarle que callase y dejara que lo dijese todo. Aquella voz de obrero, entrecortada por la tos de la tisis, no era voz que oía con frecuencia.

—Y cuidado que yo no soy bullanguero ni perturbador, ¿no es verdad, señor Ramel? Yo siempre he estado contento con mi suerte.... Si tiene un trabajo, trabaja y está satisfecho. Todo va bien entonces.

Para mí ahora la política es mi trabajo; si me rompiese el alma para llevar periodistas al poder—y perdonad, señor Ramel, pero bien sabéis que no lo digo por vos—supongo que no me pondría más

29834

gordo ni adelantaría nada. Pero quisiera que me dejaran trabajar y comer tranquilamente. ¿No podríais recomendarme á algún taller, señor Ramel? ó á cualquier parte, porque estoy dispuesto á hacer lo que quieran, aunque fuese escribir. En rigor preferiría eso, eso de escribir, aunque no lo entiendo mucho, porque ya el fuego de la fragua, el carbón y el calor, como estoy viejo, me hacen mucho daño..... ¡Verdad es que después de todo, para lo que yo hago en este mundo!.....

Vaudrey se sentía conmovido hasta el fondo del alma, oyendo aquella voz doliente y armoniosa de un físico, y viendo aquella miseria verdadera, aquella pobreza y aquella reivindicación del trabajo. Todo lo que se agitaba en la Cámara, en comisiones y subcomisiones, en la tribuna y en los pasillos, discusiones, competencias, cuestiones personales disimuladas por la apariencia del interés general, le parecía de pronto pequeño y vano, estrecho y egoísta, al lado del terrible problema del hambre, planteado allí sin ambages por aquel hijo del pueblo, que no era el sublevado de los días de agitación, sino el hermano desgraciado, el eterno Lázaro que sin amenazas, con sencillez y con tristeza preguntaba:

—¿Y yo?

Hubiese querido, sin darse á conocer, socorrer de alguna manera á aquel infeliz, prometerle un destino; pero no se atrevía ni á ofrecer, ni á decir cómo se llamaba. El hombre hubiera rechazado su socorro, y el Ministro, á pesar de todo aquel personal numerosísimo que comía del Ministerio, no podía dar ni un destino al infeliz obrero trabajado por la tisis.

—Volveré, y hablaremos de él—dijo á Ramel al levantarse, señalando á Garnier con disimulo.—No le digais quién soy, porque os aseguro que me daría vergüenza..... ¡Pobre diablo!

—¡Multiplicadlo por tres ó cuatrocientos mil, y haced política—dijo Ramel.

Vaudrey saludó al obrero, que le devolvió su saludo levantándose respetuosamente, y el Ministro bajó con rapidez la escalera de la casa y se metió en su coche, presuroso por alejarse de allí.

Llevaba consigo cierto remordimiento, y parecía estar oyendo aún aquella voz lastimera que le decía:

—¿Qué me importa á mí, que sufro tanto, que sea ministro Picherau ó que lo sea Vaudrey?

Al llegar al Ministerio se encontró con un telegrama llamándolo con urgencia al palacio del Eliseo.

Allí supo una noticia que cayó para él como una bomba. El señor Collard acababa de ser atacado en un pasillo de la Cámara por una apoplejía fulminante. El presidente del Consejo había muerto de repente, y en él, en Vaudrey, había pensado el jefe del Estado para que formase Ministerio, sustituyendo en la presidencia del Gobierno al señor Collard.

¡Presidente del Consejo de Ministros! ¡Él, Vaudrey! ¡Jefe del Gobierno! ¡El primero en su país después del jefe supremo! El asombro y el gozo que le producía semejante proposición no le dejaba ni tiempo ni presencia de ánimo para condolerse por la muerte del señor Collard. Además Sulpicio nunca había querido, aunque le había frecuentado, á aquel amigo político, al severo abogado, que á veces llevaba al Gobierno opiniones de otros tiempos y procedimientos rutinarios. La oferta del Presidente de la República le demostraba que su propia popularidad y su influencia en el Parlamento habían aumentado desde su entrada en el Gabinete. ¡Ahora podía hacerse una personalidad mayor! ¡Qué gloria para Grenoble! ¡Y qué cara pondría Granet!

Sulpicio anhelaba dar á Adriana esta noticia, que no sería oficial hasta después de los funerales

de Collard. Entró casi como un triunfador en el palacio de la plaza de Beauvau. Sólo un pensamiento, una imagen sombría turbaba su gozo: no el recuerdo de Collard, sino el del hombre á quien había visto en casa de Ramel, y el cual, después que el *Diario oficial* hubiese publicado su entrada en la presidencia del Consejo, se encogería de hombros y diría irónicamente:

—Bien, ¿y qué?

Apenas había pronunciado al oído de Adriana estas palabras: «Presidente del Consejo, soy Presidente del Consejo», cuando sin asombrarse de la sonrisa casi indiferente de la joven, le dijo que debía hacer una visita inmediatamente á la Presidencia del Consejo, donde se hallaba el cadáver de Collard.

Hizo que el carruaje le condujese allí. A la puerta del palacio se detenían multitud de coches, de donde bajaban hombres de aspecto grave, con botones de condecoraciones en el ojal de la levita, que entraban dándose aires de personas importantes, y que silenciosamente inscribían sus nombres y apellidos en una lista colocada en una mesa preparada al efecto. Todos abrieron paso al ver á Vaudrey. Parecíale que instintivamente adivinaban que una vez muerto Collard él era su heredero, el

hombre necesario, el Presidente del Consejo, el jefe del Ministerio que debía formarse en seguida.

—¡Pobre Collard!—pensaba Vaudrey al poner su nombre en la lista.—Nadie podrá decir gran cosa del *Ministerio Collard*, pero sería muy hermoso que pasase á la historia el *Ministerio Vaudrey*.

Y volvió al palacio de la plaza Beauvau lleno de esa idea. En la antesala había más gente que de costumbre, más pretendientes que esperaban. Al ver á Vaudrey uno de ellos se levantó, y corriendo hacia él le dijo, á pesar de que Sulpicio no se detenía:

—¡Ah, señor Ministro!..... ¡Qué desgracia!..... ¡El señor Collard!..... ¡Si no hubiese para reemplazarle hombres eminentes como vuestros!.....

Vaudrey saludó sin contestar.

—¿Cómo se llama ese caballero?—preguntó, una vez en su despacho, al portero que lo había seguido—siempre me lo encuentro y nunca sé cómo se llama.

—¿Ese, señor Ministro? ¡pues si es el señor Eugenio!

—¡Ah! eso es..... Justo..... Inamovible, el señor Eugenio.

Precisamente en aquel momento Warcolier

abría la puerta con aire, más que triste, malhumorado, y llevando en la mano una carta que estrujaba furioso, al mismo tiempo que pronunciaba un sin fin de frases huecas y campanudas sobre la muerte brutal, inesperada, repentina, dramática de Collard. De cuando en cuando, y sin dejar de hablar, Warcolier lanzaba involuntariamente sobre el papel que estrujaba entre sus dedos una mirada colérica, tan elocuente, que al fin Vaudrey, un poco curioso, le preguntó qué carta era aquella.

—¡No me habléis!—dijo el subsecretario.—¡Un imbécil!

—¿Qué imbécil es ése?

—Un imbécil á quien parece que no recibí muy bien, aunque yo siempre hago lo posible en recibir á todo el mundo con amabilidad.

—Bueno; ¿y qué?

—Salió furioso sin duda de mi despacho, y á mí, á mí, al subsecretario, mirad la carta que tiene el atrevimiento de escribirme. Oid, señor Ministro, oid: «Señor subsecretario de Gobernación: Tenéis á vuestras órdenes un secretario muy mal educado y que os hará muchos enemigos. Os lo advierto. Como sois su inmediato superior, me permito denunciaros su conducta, etc., etc.» ¿Os reis?—dijo Warcolier al ver la sonrisa de Vaudrey.

— ¡Sí; el caso es tan extraño!..... ¡Vuestro correspondiente ignora seguramente que sois el propio subsecretario de Gobernación!..... Á menos que en vez de ignorante sea un insolente de primera marca.

— ¡Si lo creyese así! — exclamó Warcolier furioso. — No, no; la verdad es — añadió con una candidez pasmosa — que hay una porción de gentes que piden para sí todo aquello que no merecen!..... ¡Descontentos!..... ¡quisiera saber por qué están descontentos!..... ¿Qué ilusiones se hacen? ¿qué quieren? Desde que soy subsecretario me pregunto esto muchas veces. Sí, señor; ¿qué quieren? ¿Acaso el Ministerio actual no llena cumplidamente las aspiraciones de la mayoría?..... Lo mismo que esos dichosos periodistas con sus artículos furibundos..... no hacen más que chillar..... ¡Las cosas que se publican ahora son repugnantes! ¡Nosotros hemos reclamado la libertad, sí, señor, pero no la licencia!

Y en tanto que Warcolier, lleno de cólera, con la cabeza erguida, con el gesto de un tribuno, hablaba como si estuviese pronunciando un discurso delante de mil personas, Sulpicio Vaudrey, sin escucharlo, recordaba el rostro pálido, triste, sombrío, enfermizo, y la tos y la voz enronquecida

y las orejas transparentes del pobre Garnier, á quien había encontrado en casa de Ramel. Aquel espectáculo de los dolientes era la antítesis completa de este majadero plenamente satisfecho de sí mismo.

Sentía impaciencia por ver á Adriana, y sobre todo á Mariana. ¿Qué le diría su querida cuando supiese su elevación á la Presidencia del Consejo de Ministros?

Adriana había recibido la noticia con bastante frialdad.

— ¡Si tú te alegras!..... — había dicho dando un suspiro.

Fué la misma frase que pronunció cuando su marido, satisfecho y loco de alegría al verse Ministro, fué á su casa á decirle: «Soy Ministro de la Gobernación.»

Adriana era impasible.

Sulpicio empezaba á encontrarla en verdad demasiado indiferente por las cosas de su vida. Las dulces alegrías del hogar, que por cierto tampoco gozaban ahora, no debían ser causa bastante para que la mujer no disfrutase ni se alegrara de los triunfos políticos de su marido. Instintivamente, al comparar aquella joven rubia, delicada, resignada y siempre pensativa, con Mariana, la de ar-

dientes pasiones, aquella á quien él amaba cada día más, Vaudrey llegaba á decirse que un hombre de su posición, de sus ambiciones, de su valer, hubiese valido doble teniendo á su lado una mujer tan entusiasta, tan animosa, tan inteligente como la señorita de Kayser.

Aun veía con los ojos de la imaginación la sonrisa de indefinible superioridad con la cual había visto una noche en el teatro que su querida contemplaba á su mujer. Al día siguiente, Mariana con gracia exquisita le había dicho:

—¿Sabes, querido Vaudrey, que tu mujer es encantadora?

Él se puso colorado al oír estas palabras disparadas á quemarropa, y luego sintió que sus mejillas se ponían pálidas. Era aquella la primera vez que la señorita de Kayser pronunciaba el nombre de Adriana.

—¡Veo que te gustan las rubias! — dijo luego Mariana. — Y casi me dan ganas de tener celos.

—Sí — continuó con cierto tonillo de páfida protección la querida del Ministro — es encantadora..... Un poquito lugareña..... pero muy guapa. ¡Muy bonita!

Ella, que conocía á Vaudrey, no ignoraba que aquello era tanto como clavarle la afilada hoja de

un puñal en mitad del corazón. ¡Un poquito *lugareña!* Esa palabra, lanzada entre sonrisas por una parisiense, perseguía á Sulpicio, que se sentía irritado contra sí mismo y buscaba en su mujer, en aquella criatura á quien tanto había amado, á quien tanto amaba todavía, razones ó pretextos siquiera para explicarse y excusar á sus propios ojos su amor ilegítimo y su adulterio.

—¡Bah! — pensaba. — ¿Acaso esto es un adulterio? ¡No hay adulterio más que en la mujer! El adulterio del marido se llama capricho, aventura, necesidad ó demencia de los sentidos. La mujer únicamente puede ser adúltera.

¿Cometía alguna falta? ¿Amaba menos á su Adriana? Hubiera dado su vida por ella. La colmaba de regalos, inventaba sorpresas que la encontraban siempre indiferente y le hacían decir sencillamente:

—¡Qué bueno es mi marido!

No la arruinaba á ella, ni tenía hijos. ¡Ah! ¡si tuviese hijos! ¿Por qué no tenía hijos Adriana? Una esposa debe ser madre. La maternidad es la que, en el matrimonio, legitima el abandono que el hombre hace de su libertad y la mujer de su pudor.

¡Madre! ¿Acaso Mariana era madre?

No; pero Mariana era Mariana. Mariana no ha-

bía nacido para el hogar ni para sentarse junto á una cuna. Sus caderas de estatua insolentemente hermosa, no querían más que las contorsiones del placer y no el desgarramiento de la maternidad. Adriana, por el contrario, era la esposa, y la esposa sin hijos tomaba muy pronto otro nombre: ¡la amiga! No, no le quitaba nada á Adriana, nada de su cariño ni de su fortuna. El dinero gastado en la calle de Prony lo ganaba Vaudrey; y si acaso, era sacado de las economías que allá en sus tiempos habían hecho los buenos de sus padres en San Lorenzo del Puente.

Adriana no tenía un deseo que no fuera en seguida satisfecho, y estaba tan confiada, que Sulpicio no tenía para qué sentir remordimientos. No se preguntaba si su pasión por Mariana debía durar.

Lanzábase á ese amor como sobre una presa; ya no era sólo el deseo lo que lo sujetaba al lado de aquella mujer, era la admiración que sentía por los atrevimientos de su espíritu, por la originalidad de sus juicios, por sus palabras apasionadas; aquella sal y pimienta que llevaba en todo su ser y que había sabido volver el juicio de Vaudrey.

¡Qué consejera y qué aliada podía ser una mujer como ella!

Cuando Vaudrey le anunció que iba á ser pri-

mer Ministro, jefe del Gobierno, y mostrar de una vez sus aptitudes—ésta era su frase favorita—Mariana comprendió en seguida la posición nueva, el engrandecimiento de influencia que aquello iba á proporcionarle.

Sulpicio vió con placer que por los ojos de su querida cruzó algo así como una llamarada de entusiasmo.

Y es que sin duda pensaba que había llegado el momento de aprovechar la ocasión.

—¿Y es oficial la noticia?—preguntó.

—Todavía no; pero es exactísima.

¿Qué podía esperar Mariana? Aun no tenía plan determinado ni objetivo fijo; pero acechaba la ocasión, y puesto que el poder de Vaudrey iba en aumento, lo aprovecharía á la primera oportunidad. Clara Dujarrier, que le había prestado ya buenos servicios, podría servirle de mucho dándole un buen consejo. Ya vería.

—¿Tienes curiosidad por ver el entierro de Collard?—preguntó Vaudrey á Mariana.

Ella se echó á reír.

—¡Lo mismo me da!

—Será muy hermoso. Asistirán todas las autoridades, los magistrados, el Instituto y la guarnición de París en masa.

—¿De modo que te gusta ver desfilar soldados? Yo no tengo esa curiosidad. Ya me lo contarás todo, y eso me basta.

Vaudrey presidía el fastuoso cortejo que conducía, á través de la plaza Vendome y de la calle de la Paz, llenas de un gentío inmenso, los restos mortales de Collard, llevados á la iglesia de la Magdalena. Tropas de infantería de toda gala formaban en la carrera. De cuando en cuando oíase el triste redoblar de los tambores, cubiertos con crespones negros. El carro mortuario era inmenso y estaba literalmente cubierto de coronas.

Mientras seguía con la cabeza baja el cadáver de su colega, casi de su amigo—[poco valen, al fin y al cabo, amistades políticas!—Sulpicio era bastante artista para que le llamase un poco la atención el contraste de toda aquella pompa oficial, coronando la vida bastante obscura y modesta de un abogado de provincia.

Sin poderlo remediar tenía siempre delante de sí el rostro flaco y amarillento de Garnier y el bigote blanco de Ramel. ¿Cuál de los dos había servido mejor su causa: Ramel vencido, ó Collard muriendo á la hora del apogeo de su triunfo?

Pensó en ello durante toda la ceremonia. Pensaba sobre ello mientras los órganos de la suntuo-

sa iglesia tocaban, mientras las siniestras llamadas de los blandones vacilaban sobre los inmensos candelabros del catafalco, y mientras de cuando en cuando resonaban en las losas del templo las culatas de los fusiles de los soldados que rodeaban al túmulo y que obedecían las voces de mando de un oficial.

Al salir de la iglesia, Granet, acariciando sus retorcidos bigotes, se acercó á Sulpicio y le dijo con cierta ironía:

—¿Sabéis que se piensa en levantar una estatua á Collard?

—¿De veras?

—Sí, porque ha dado un rarísimo ejemplo.

—¿Cuál?

—Es uno de los pocos Ministros que han muerto en el poder..... Imitadlo, mi querido Ministro..... lo más tarde posible, por supuesto.

Sulpicio quiso sonreír al oír la broma de Granet. Aquel burlón le desagradaba decididamente, pero no podía enfadarse, porque eran chanzas de buen género y admitidas en sociedad.

Antes de volver al Ministerio, Vaudrey hizo que un coche lo llevara á la calle de Prony.

Juan, el criado le dijo que la señora no estaba, porque había tenido necesidad de ir á casa de su

tío. Después de todo, Sulpicio no encontró en ella nada de particular; pero deseaba ver á Mariana, y se dirigió al estudio del pintor. El tío Kayser le abrió la puerta, entusiasmado de ver al Ministro en su casa, pero al mismo tiempo algo inquieto y tosiendo fuerte, no sabemos si por efecto de la emoción ó con el deseo de avisar á alguien.

—¿Está la señorita de Kayser?—preguntó Sulpicio.

—¡Oh!..... ¡es extraño!..... Ha dado la casualidad de que un amigo nuestro..... un aficionado á cuadros.....

Vaudrey, que había empujado ya la puerta del estudio, vió á Mariana, y sentado junto á ella, con el sombrero en la mano, á un joven de tez pálida y barba rubia, que la señorita de Kayser, levantándose presurosa y sin mostrar la menor sorpresa, le presentó en seguida:

—¡El señor Duque de Rosas!

Y en el tono sencillo con que pronunció estas palabras, había puesto tal expresión de triunfo, tal alegría disimulada, que Vaudrey se sintió bruscamente herido en el corazón.

Recordaba todo lo que Mariana le había dicho de aquel hombre.

Saludó á Rosas cortésmente, pero con cierta

frialdad, y al oír cómo Mariana le hablaba delante del aristócrata español comprendió, que tenía interés en que no se conociesen sus relaciones. Llamábale á cada instante *señor Ministro*, y evitaba á todo trance que las miradas de Sulpicio encontrasen las suyas y que Vaudrey entablara una conversación seguida. Por el contrario, se dirigía complacientemente á Rosas, preguntándole sobre lo que había visto y había hecho en Londres y sobre los proyectos que traía cuando se había decidido á volver á París.

—Ninguno—contestó José con una expresión singular que desagradó á Vaudrey.—Me trae la persuasión de que decididamente no se puede vivir más que en París al lado de ciertos seres de quien procura uno en vano huir, y hacia los cuales vuelve uno siempre, indefectiblemente, y á pesar suyo, algunas veces.

Vaudrey observaba la expresión de triunfo y altivez que reflejaban los ojos de Mariana. Comprendió que en aquellas frases de Rosas había algo parecido á una declaración de amor, acaso porque, al hablar, la voz del español estaba un poco temblorosa.

Mariana escuchaba sonriendo.

—¿Habéis hecho otro viaje, Duque?—preguntó Sulpicio por decir algo.

— ¡Oh! un paseo nada más; ¡una visita á Londres!....

— ¿Hace mucho que regresasteis?

— Esta mañana.

Y su primera visita había sido para casa de Simón Kayser, donde sin duda esperaba encontrar á Mariana. Y la prueba....

Instintivamente Vaudrey se decía que Mariana se había precipitado para ir al estudio de su tío. Aquel hombre hacía la primera visita, no al estudio del pintor, sino en realidad á la mujer. — Sulpicio creía estar oyendo aún el relato que le había hecho Mariana diciéndole que se negó á ser su querida. En todo aquello había algo extraño. ¡Ah! ¡Quizás Rosas había enviado á buscar á Mariana!

Ella daba á entender que la casualidad los había reunido allí; pero Sulpicio, inquieto y colérico, lo dudaba mucho.

Casi sentía deseos de afirmar, siquiera fuese con una palabra, la toma de posesión, la conquista de una mujer, que sin duda Rosas pensaba disputarle.

Mariana, que todo lo adivinaba, interrumpió á Sulpicio antes de que hubiese podido hablar, y con una especie de respeto fingido, hablaba delante de Rosas de la amistad con que le hacía la honra de distinguirla el señor Ministro.

— Y á propósito, mi querido Ministro, ¿qué hay de vuestra designación para Presidente del Consejo?

Vaudrey frunció las cejas.

— ¡Es verdad, caramba, perdonadme! Estoy descubriendo un secreto de Estado. Pero el señor de Rosas no abusará de nuestra confianza. ¿No es cierto, Duque?

Rosas hizo una inclinación de cabeza. Vaudrey comenzaba á estar impaciente.

— La señora de Vaudrey estará muy contenta con eso, ¿no es verdad, señor Ministro?

Y sonreía mirando á Sulpicio, asombrado de oír nombrar allí á su Adriana; luego, volviéndose á Rosas, hizo con mucho ingenio una pintura casi idílica del cariño que tenía el señor Ministro á su esposa. *¡El señor Ministro era tan amable! ¡De veras, no porque estuviese él delante, y la señora de Vaudrey tan guapa, tan encantadora!*

Sulpicio, nervioso, pálido, trataba de adivinar la clave del enigma, preguntándose qué pensaba Mariana, qué quería decir ó qué deseaba ocultar.

El señor de Rosas seguía inmóvil en su asiento, muy frío, con la vista fija en Mariana y sin hablar palabra.

Parecía esperar la ocasión de marcharse, y desde que Vaudrey entró en el estudio, sólo había dicho unas cuantas frases, cortas y correctas.

Mariana, sonriente, feliz, con un brillo extraordinario en la mirada, preguntaba á Vaudrey y procuraba dar á la entrevista de aquellos dos hombres todo el aspecto de una conversación agradable. ¿Había habido mucha gente en el entierro de Collard? ¿Quién había cantado en la iglesia?

Vaudrey contestaba rápidamente á esas preguntas, como hombre distraído ó que está pensando en otras cosas.

Al cabo de un momento el señor de Rosas se levantó, saludando á Mariana con la corrección de un cumplido caballero que era natural en él.

—¿Os váis ya, mi querido Duque?

—Sí. Ya os he visto; estáis buena y yo, satisfecho.

—Pero volveréis. Mi tío tiene algunos cuadros y bocetos nuevos que enseñaros.

—¡Oh! magníficas ideas—empezó á decir Kayser.—Bocetos que harían famosos frescos para un palacio..... ¡ó para el Panteón! ¡á elegir!

Y miró sucesivamente al Duque y á Vaudrey. Rosas saludó al Ministro y se retiró sin contes-

tar, seguido por Kayser y por Mariana, quien al llegar al umbral de la puerta le cogió la mano y estrechándosela nerviosamente, le dijo en voz baja y rápida:

—¡Volved, os lo ruego! ¡Ay! ¡qué malo fuisteis escapándoos! Pero volveréis, ¿no es verdad?

Suplicaba y mandaba al mismo tiempo. Rosas no contestó; mas en el apretón de su mano, que tenía estrechada, Mariana comprendió que lo volvería á ver. Y puesto que había vuelto á París, sólo porque no podía estar lejos de ella, puesto que volvía después de haber querido escapar á todo trance, claro está que esta vez lo tenía completamente cogido.

Todo esto fué dicho con una presión de dedos, con una mirada, con un ligero suspiro.

Rosas se alejó rápidamente, como loco.

Mariana hizo seña al tío Kayser para que se fuese, y entró sola en el estudio con la mayor frialdad.

Vaudrey se levantó y esperó de pie.

—¿No me habíais dicho que habíais despedido al Duque de Rosas?

—Sí; es verdad.

—Y sin embargo, bien le sonreíais aquí, ahora mismo.

—¿Y qué?

—Un hombre que os pidió que fueseis su querida.....

—Y al cual rechacé; sí.

Ella miraba á Sulpicio contrayendo sus preciosos labios rojos, que tantas veces había besado el Ministro.

—¿De modo que amáis á ese hombre?

—¿Yo? no por cierto. Pero me halaga verlo volver así, como un chiquillo castigado.

—No comprendo.....

—¡Caramba! eso no prueba sino que no sois mujer..... Es triste para nuestro amor propio ver que los hombres se resignan cuando les damos calabazas. Pues qué, ¿no han de sufrir nada? ¿Ni decir una palabra, ni quejarse? El señor de Rosas vuelve á mí, lo cual prueba que está herido y que yo estoy victoriosa. ¿Comprendéis ahora?

—¿Y..... esa alegría que yo observaba en vos hace un momento?

—Es porque el señor de Rosas está en París.

—¿Y no le amáis? ¿Y no le amas?—dijo Vaudrey, cogiendo las dos manos de Mariana entre las suyas.

Ella soltó una carcajada.

—No le amo, ni poco ni mucho.

—¿Y á mí?

—A tí, sí.

—Mira, Mariana, ¡sería una cosa horrible que me engañases! ¡Ojalá no me hubieras amado nunca, si has de dejar de amarme alguna vez!

—Ó de otra manera dicho—contestó ella:—no se debe prestar dinero, á no ser que dé uno toda su fortuna. ¿No es eso?

Sentíase Sulpicio descontento de aquella ironía de su querida, que le miraba con expresión extraña y, por lo mismo, embriagadora para él.

—¿Quieres que no hablemos más de eso?—dijo luego Mariana.—Te repito que me alegro de haber visto á Rosas, porque para mí se trata de un desquite de amor propio. Ahora, que vuelva ó no vuelva, me importa poco. Ha hecho confesión general, se ha dado por vencido, y eso era lo que me interesaba. Y tú, hijo mío, déjate de celos, porque el papel de Oteló me fastidia, ¡me aburre mucho!..... Tanto más, cuanto que no tendrías el derecho de tratarme como á Desdémona, porque el Código lo prohíbe.

—¿Vas á recordarme otra vez que soy casado? Hace un momento me mortificabas con alfilerazos.

—¿Hablando de tu mujer? Esas son puñaladas y no alfilerazos.

—¿Por qué nombrar á mi mujer delante de Rosas?

—Vamos, vamos — dijo Mariana; — ¡no comprendes una palabra de nada!..... ¡Si lo decía sólo por tí, por tí nada más, para explicar la presencia en casa de Mariana Kayser de un Ministro que tiene fama de puritano!..... ¿Querías que le dijese que abandonas á tu mujer y que eres mi querido? Tal vez hubieras preferido eso.

—¡Sí, tal vez!—contestó Vaudrey con tono apasionado.

—¡Vanidoso! — dijo la hermosa poniéndole en la boca una manita que él detuvo encima de sus labios. — ¿De modo que quisieras que contase en todas partes nuestros secretos y que hablara siempre de nuestra dicha?

—Quisiera—contestó él separando los labios de la suave palma de aquella mano — que todo el mundo supiese que eres mía..... mía sola..... mía.....

¿No es verdad, Mariana?..... ¿Ese hombre?.....

Sus ojos suplicaban.

Mariana se encogió de hombros.

—Deja en paz al señor de Rosas y vámonos á *nuestra casa*— dijo acariciándole con la vista.

—¿No le amas?

—No.

—¿Y á mi?

—Ya te lo he dicho.

—¿Me amas? ¿me amas?

—¡Te amo!..... ¡Ah! ¡qué poca gracia te haría si te lo dijese á gritos un día en los pasillos de la Cámara!

—Sí; pero lo preferiría á perderte y á saber que habías dejado de quererme.

—¡Y el caso es que dice la verdad este demonio de loco!—exclamó Mariana riendo.

—¡Ya lo creo; la verdad sincera, profunda!

La atrajo hacia sí en aquel sofá desde donde Simón Kayser pronunciaba sus ridículos discursos explicando sus paradojas, y rodeando su talle con los dos brazos, quiso hacerla inclinar la cabeza hacia sus labios, que estaban pidiendo un beso.

Mariana le cogió la cabeza con las dos manos, y contemplándolo con extraña sonrisa, le dijo con voz acariciadora y burlona:

—¡Pero si serás Sulpicio!

Y se echó sobre él amorosamente, riendo á carcajadas, en tanto que Vaudrey cubría su rostro de apasionados besos.

III.

José de Rosas se había creído mucho más dueño de sí mismo de lo que era en realidad.

Aquel hombre enérgico, templado como una hoja de finísimo acero, creyó que la ausencia le haría olvidar á Mariana, ó que por lo menos le daría fuerzas para resistirse contra ella. Lejos de esto, regresaba más enamorado que nunca, más herido en el corazón, más atormentado continuamente por la imagen turbadora de aquella mujer hermosa. Había llevado á Londres, como á todas partes, la sonrisa enigmática, el brillo extraño de los garzos ojos de aquella mujer, cuya aparición se le presentaba sin cesar, eternamente, en la cama, en la mesa, en la calle, á todas horas, como un fantasma.

El fantasma de un ser viviente cuyo beso le quemaba aún en los labios como si al dárselo le hubiesen aplicado un ascua ardiendo. Un fantasma que, después de todo, podía estrechar entre sus brazos y llevárselo consigo á todas partes. Todas las virginidades de sensación, de aquel hombre acostumbrado á la vida agitada del viaje-

ro, del sabio y del explorador, dirigíanse hacia Mariana, como hacia una esperanza de carne y hueso, como hacia una quimera palpitante.

José comprendía que si regresaba á París no tendría más remedio que entregar su vida á aquella mujer. Y regresaba, sin embargo. Y á pesar de las batallas sostenidas consigo mismo, su primera visita era para el tugurio donde sabía que habría de hallar la pista de Mariana. Iba á ella como á un abismo; y, violentamente enamorado, á pesar de su frío aspecto de castellano antiguo, no quería ya reflexionar ni resistir. La misma sensación deliciosa recordaba haber experimentado al sentirse arrastrar por la corriente de un río desconocido y peligroso en sus viajes de exploración.

Claro está que se hubiese quedado estupefacto al encontrar instalada á Mariana en un elegante hotel. Ella había pensado que se lo diría más adelante, cuando se volviesen á ver, dándole el carácter de una fantasía; diciéndole que al saber que se alquilaba el hotel de la señorita Vanda había tenido el capricho de dormir en la cama de una entretenida. « Le diré, pensaba, que este lujo pasajero me recuerda mis antiguas locuras del tiempo en que le hacía creer que estaba malgastando la herencia de mi abuela..... »

Y en efecto, le había engañado ya otras veces; en realidad, el dinero que gastaba entonces procedía de Lissac; pero para Rosas era necesario entonces ya — porque el Duque fué siempre una esperanza para ella — ocultar su procedencia. Conocía demasiado á José, y no ignoraba que era suspicaz y celoso. Por eso inventó lo de la herencia de su abuela, que no había existido jamás.

Pero pronto comprendió Mariana que el cuadro en que le convenía presentarse para que el Duque la amara, no era ni la alcoba ni el tocador de Vanda. ¿Qué diferencia hubiese hallado entonces Rosas, entre ella y esas mujeres á la moda con quienes había tenido amores pasajeros y á quienes había enriquecido á cambio de sus favores? No era posible que creyese en esa nueva mentira.

Aquel lujo podría embriagar á Sulpicio Vaudrey, pero habría desilusionado á José. Lo que era apetitoso para el lugareño enriquecido, daría náuseas al gran señor, acostumbrado á todas esas cosas.

Tan pronto como vió que Rosas se presentaba tan enamorado y rendido como siempre, Mariana formó en un momento su plan de campaña. No quería recibirlo en el hotelito á la moda, las alfombras del cual habían pisado en tiempo de Vanda todos los hombres de los círculos elegantes

de París. Le dijo que puesto que quería volver á verla, fuese á visitarla á *su casa*; sí, á su verdadera casa, á aquel piso ignorado de la calle Cuvier, lejos del ruido de París, cerca del Jardín de Plantas, especie de celda perdida, donde nadie más que ella había puesto los pies desde que la tenía alquilada.

— ¡Nadie más que yo! — decía Mariana.

A su tío Simón le fué dada la correspondiente consigna: si Rosas se presentaba en el estudio, Kayser enviaría inmediatamente recado á su sobrina, cuidando en tanto que José no averiguase dónde vivía Mariana en la actualidad. Y así fué hecho.

El Duque no fué, pues, más que á la calle Cuvier cuando quiso ver á la señorita de Kayser, después de haberla encontrado en casa de su tío.

Experimentaba cierta gratitud hacia aquella criatura que de esa suerte le descubría el secreto de su alma, diciéndole que allí iba ella, muerta en vida, amortajada en sus recuerdos, á pasar las horas pensando en los años de atrás, en lo que había sido y en lo que había podido ser....

Mariana no se equivocó. El misterio daba al alma poética del Duque nuevas sensaciones de seducción. La primera vez que penetró en aquella

casita donde lo esperaba la sobrina de Simón Kayser, habíase sentido tan emocionado como si hubiese entrado en el cuarto virginal de una niña. Aquello era el tranquilo retiro de un alma herida por los desengaños de la vida, hambrienta de soledad, que pasaba allí el tiempo entre algunos libros predilectos; la modesta casita de una institutriz pobre que á fuerza de trabajo había reunido algunos muebles de buen gusto. Rosas sentíase allí rodeado de una honradez profunda, en medio de los despojos de un más feliz pasado. De aquel modo Mariana se exhibía tal como él se la imaginaba: superior á su suerte adversa, haciendo una vida intelectual, consolándose de los deberes de la existencia y de los horrores de la vida con los sueños de los poetas, después de haberse hecho ella misma, en medio de París, una especie de Tebaida, donde se sentía dueña de sí misma, sin máscara, sin falsas sonrisas, sin la hipocresía de aparecer alegre estando triste. ¡Y estaba triste tan á menudo!

Había dicho á Rosas el nombre supuesto con el cual vivía en aquella casa algunas temporadas:

— ¡La señorita Robert!

El Duque pareció extrañarlo.

— Sí; no quiero que aquí conozcan nada de mí,

ni siquiera cómo me llamo. Debéis comprender la necesidad de reposo y de olvido que experimentan ciertas almas. Hubo un rey vuestro que se acostaba en su ataúd, ¿no es cierto? Pues bien, yo le envidiaba; y cuando echo el cerrojo, después de entrar en mi cuartito de la calle Cuvier, experimento estremecimientos de voluptuosidad, como si sintiera latir mi corazón dentro de un ataúd. No se lo digáis á nadie, porque todos querrían saber y ver. ¡La gente es tan curiosa! ¡Y tan estúpida!

Mariana parecía á Rosas cada vez más extraña y cada vez más seductora. Todo aquel romanticismo de que se rodeaba, á pesar de ser tan burdo, la engrandecía á los ojos del Duque. En aquella casa donde no era más que la señorita Robert, convertíase para él en una mujer cien veces más encantadora y atractiva como un problema; una esfinge parisiense.

No era su querida. La amaba demasiado y con demasiado respeto, para poseerla como á otra mujer cualquiera; y Mariana, muy hábil, no se arriesgaba á la más ligera imprudencia, porque sabía que si se entregaba demasiado pronto, no sería una mujer que cayese en brazos del Duque, sino un ídolo que se derrumbara de su pedestal.

Allí, en medio del silencio de una casita retirada, tenían largas conversaciones, en las cuales Rosas se entregaba cada vez más, y ella estudiaba el carácter de aquel hombre, tan diferente de los otros conocidos hasta entonces, que no la habían pedido más que el goce de placeres, y acababa por amarle, precisamente al ver el instintivo respeto que él le tenía.

No estaba acostumbrada á esas cosas. Cada mirada masculina que había visto fijarse en ella desde su pubertad, la había dicho antes de que se lo dijeran los labios: «¡Eres hermosa! ¡Me gustas! ¿Quieres tú?» Rosas, por el contrario, la decía «¡Te amo!» antes de decirle «¡Te deseo!»

Manchada en su carne que había dado, ofrecido, entregado, vendido, sentíase ahora respetada hasta en esa carne, y aun pareciéndole tonto, lo encontraba superior á los demás, al menos diferente, y aquello era bastante para amarle.

Un día le dijo con tono extraño, con una sonrisa expresiva:

—¿Sabéis una cosa, mi querido José, en la cual no hubiera creído? ¡Que sois tímido!

Él se puso ligeramente pálido.

—El amor sincero es siempre tímido y torpe. En eso precisamente se le conoce.

—¡Tal vez!—contestó Mariana.

Sus conversaciones, sin embargo, eran siempre coloquios amorosos, porque Rosas la hablaba de su amor ó de sus recuerdos.

Ella le preguntó una vez si despreciaría á la mujer que se hiciese su querida.

—No—dijo él sonriendo.—Solamente los franceses desprecian á la mujer que se les entrega. Los demás pueblos tratan al amor más seriamente y no consideran que entregarse por amor, es una caída.

Mariana lo miraba frente á frente de un modo extraño.

—¿De modo que si os amase bastante para ser vuestra querida?.....

—Os estimaría tanto como ahora; lo necesario para ser vuestro marido.

Mariana sintió que cambiaba de color. ¿Sería un ardid de Rosas? ¿Por qué le hablaba de aquel modo? ¿Habría reflexionado sobre lo que acababa de decirle?

José continuó con tono suave:

—¿Me permitís una pregunta, Mariana?

—Podéis preguntarme lo que queráis. A todo os contestaré con el corazón en la mano.

—¿Qué iba á hacer el señor Sulpicio Vaudrey el otro día en casa de vuestro tío? ¿Iba á veros?

Mariana sonrió.

—El Ministro fué simplemente á hablar de asuntos de interés. No lo veo más que para cosas de mi tío Simón, que anda gestionando ciertos trabajos, según vos mismo pudisteis oír.

—¿Os hace la corte el señor Vaudrey?

—Claro está. ¡Oh! pura galantería francesa. Cuestión de costumbre. Está enamorado de su mujer y sabe que yo no quiero á nadie.

—¿A nadie?—preguntó Rosas.

—No quiero todavía á nadie—repitió Mariana abriendo mucho los ojos y contestando á la apasionada mirada del español.

Desde aquel día su espíritu se vió poseído de una idea fija, constante y violenta. Cuando Rosas se le presentó de regreso de Londres, no había visto en él más que un amante posible, rico y guapo. De querida de un Ministro, se convertiría en querida de un Duque. Un Duque millonario. Ganaba en el cambio, suponiendo que no pudiese conservar los dos. Su cálculo estaba bien hecho. Lo que quería era hacer que Rosas pagase más cara la resistencia que tuviese que vencer.

Pero he aquí que bruscamente, sin que ella lo pensara, con la imprudencia de quien descubriese su pecho ante el florete de un espadachín, el Du-

que dejaba ver, con una palabra que la turbaba y la producía fiebre, toda la violencia de su pasión.

¡Su querida! ¿Y por qué su querida, puesto que había dejado comprender que tal vez?.....

—¡Qué imbécil soy!—se dijo Mariana—¡Si trabajase para casarme!

Ella se encogió de hombros.

—No es eso más difícil que lo otro.

¡Casada! ¡Duquesa! ¡Y Duquesa de Rosas! Al principio se echó á reír. ¡Duquesa! ¡Como quien no dice nada! ¡La querida de Pedro Merán, el pintorcillo que la había robado de casa de su tío para abandonarla luego en mitad del arroyo cuando se hartó de ella! ¡Duquesa!

—¡Qué cosa más extraña sería tener hijos!—pensaba.

Jamás Vaudrey, á quien vió aquella noche en la calle de Prony, le había parecido tan lugareño y tan *Sulpicio*, como ella decía. Además, Vaudrey estaba inquieto, malhumorado, y acabó por confesar á Mariana que estaba apurado por el vencimiento de aquél pagaré..... ya ella sabía.....

—No, no sé.

—El pagaré que firmé á Gochard.

—¡Ah, sí! Pues, hijo, si no puedes pagarlo, yo veré, procuraré.....

No tenía que procurar. Evidentemente Vaudrey saldría del paso. Pero el vencimiento venía en mala ocasión. No se atrevía á hipotecar su finca de San Lorenzo. Había reflexionado que Adriana podría enterarse, y entonces.....

Mariana interrumpió sus confidencias.

—No me hables de dinero; sabes, hijo, que eso me disgusta.....

—Comprendo..... perdona.

Debían verse el día siguiente, porque empezaban las vacaciones parlamentarias.

—¡Qué alegría! ¡No separarme de tí en todo el día!—exclamaba Vaudrey.

—¡Bueno; hasta mañana!

Experimentaba un goce profundo al verse sola, entre las sábanas, bajo la tenue claridad que se desprendía de aquella lámpara que de ordinario alumbraba sus amores con Sulpicio, para pensar libremente en aquel Grande de España que le había dicho sencillamente, con el tono del más apasionado amor: «Os estimaría lo bastante para haceros mi esposa.»

Toda la noche estuvo pensando en lo mismo.

Vaudrey, en cambio de la alegría que experimentaba con la perspectiva de largas visitas á su querida, se apuraba recordando la fecha de aquel

malhadado vencimiento, en que le sería necesario pagar los cien mil francos firmados al acreedor de Mariana.

—¡Cómo pasa el tiempo!

Adriana, á la hora del almuerzo al día siguiente, halló á su marido más preocupado que de costumbre.

—¿Va mal la política?

—No..... al contrario.....

—Entonces, ¿por qué estás triste?

—¡Un poco fatigado!

—Entonces—dijo la señora de Vaudrey—vas á regañarme.

—¿Por qué?

—He dado esperanzas á la señora de Gerson..... ya sabes, la amiga de la de Marsy..... le he prometido casi, que aceptarías una invitación para su casa. ¡Una comida!

Vaudrey se puso de mal humor.

¡Otra noche ocupada! ¡Más horas arrebatadas al amor de Mariana!

—¿He hecho mal?—preguntó Adriana, colocando la cabeza sobre el pecho de su marido.—¡Es que siento yo un placer tan grande en pasar toda una noche contigo, aunque sea fuera de nuestra casa! ¡Tienes tantas recepciones y banquetes oficiales á donde vas solo! ¡Cuando convidan al Mi-

nistro con su señora, es un día de fiesta para tu pobre mujer abandonada! ¡No te tengo á mi lado, pero puedo mirarte, te veo y estoy satisfecho! No me regañes por haber dicho que iríamos á casa de los de Gerson. ¡Son gentes muy agradables! ¡Ah! ¡Cómo hablan de tí! ¡Un gran Ministro! ¿Sabes cómo te llaman? ¡Un Colbert!

Vaudrey no pudo evitar la risa.

—¡Ah! pues entonces, si hacen esos elogios de mí, no puedo desairar el convite.

Dió un beso á su mujer en la frente y dijo sonriendo:

—¿Y cuándo comemos en casa de los de Gerson?

—El lunes que viene. Así al menos podré estar viéndote toda la noche —dijo Adriana dulcemente.

El Ministro se fué á su despacho. Un portero le pasó una tarjeta, que decía: *Molina, banquero.*

—¡Qué visita más rara!—pensó Vaudrey. Hace poco me estaba acordando de él.

Entre las reflexiones desagradables que se le habían ocurrido á propósito del pagaré firmado á Gochard, Vaudrey se acordaba con persistencia singular de aquel hombre gordo, omnipotente, que reía, que peroraba en todas partes, y al cual recordaba especialmente del saloncillo de bailarinas de la Opera tomándole la barba á María Launal.

¡Si quisiera Molina, Molina para quien cien mil francos eran una bagatela!

Salomón Molina entró en el despacho del Ministro como entraba en el escenario de la Opera, con la cabeza erguida y con el vientre sacado.

—Señor Ministro—dijo en voz alta arrellanándose en la butaca que le había señalado Vaudrey—os prevengo que tenéis las virginidades de mis gestiones de pretendiente..... ¡Siempre es una virginidad! ¡Palabra de honor que es ésta la primera vez que pongo los pies en un Ministerio!.....

Ponía empeño en afirmar su independenciam, nacida de su poder colosal, y al hacerlo, no disimulaba cierta afectación de satisfecho y de personaje improvisado. El antiguo comerciante marsellés, de ropa usada, que había pasado su juventud cogiendo del brazo á los marineros transeuntes, para meterlos poco menos que á la fuerza, en su tenducho y ponerles un pantalón usado, una chaqueta procedente de una casa de préstamos ó una gorra de municion, como hacen las mujeres de los puestos del mercado para ganarse parroquianos; Salomón Molina, que había paseado por los muelles de Marsella su gula y sus esperanzas, soñando allá en un rincón de su inmunda tiendecilla con los triunfos, las alegrías, las crápulas y las indiges-

tiones que da el dinero, había conservado siempre un odio terrible á los días de apuro, de pobreza y de miseria, y llevaba marcada en sus labios de judío la amargura de sus recuerdos.

Su primera palabra al entrar en el despacho del Ministro, aquella protesta de *virginidad* respecto á pretensiones, delataba sus rencores.

Ahora, victorioso, triunfante, satisfecho, poderoso, hinchado, obeso, paseaba por París su corpulencia enorme, sus carnes y su dinero. Llenaba con su vientre colosal los antepechos de los palcos mejores en el teatro. Lucía su figura gigantesca en el elegante carruaje, que en días de carreras de caballos lo depositaba al pie de la tribuna ó á la puerta del recinto de *pesaje*. Tenía como cogido por el cuello todo cuanto en París bulle y se agita en torno del dinero, de las repletas talegas, de las emisiones y de los negocios que se hacen con la fortuna pública: banqueros, contratistas, agentes y corredores de negocios, redactores de Hacienda de los principales periódicos financieros, políticos y de *chantage* (1), peleles á caza de un duro, polí-

(1) La palabra es de tan dificultosa versión al castellano, y por otra parte ha tomado de tal suerte carta de naturaleza en nuestro idioma, que hemos resuelto dejarla tal y como la emplea Claretie. — (Nota del traductor.)

ticos en mal estado de fortuna, y distribuía entre toda esa gentecilla, como las migajas de su mesa, los restos de sus banquetes, proporcionándose el pequeño placer, el goce insolente, propio de los que improvisan una posición, de fingir, por ejemplo, en los momentos de una emisión de papel, indisposiciones que no existían, para poder quedarse en su cuarto y oír llamar á la puerta de su hotel á personas que llevaban apellidos ilustres ó distinguidos, y hacer que hicieran antesala esperándolo á él, al antiguo ropavejero de Marsella, multitud de hombres poderosos y afamados.

Entonces saboreaba el deleite de su omnipotencia, ese goce que le estremecía de placer hasta la médula de los huesos, y después de haber permanecido todo el día con jaquecas fingidas, se daba el placer inaudito de la fuerza humillando al talento, del puñetazo destruyendo á una debilidad, y se presentaba de frac y corbata blanca en un salón, en el escenario de un teatro donde hubiese estreno, con la sonrisa del victorioso en los labios y diciendo:

— ¡He estado malo hoy!.... He tenido una jaqueca espantosa! ¡El Ministro de Hacienda ha ido á verme!.... ¡El Barón Nathan ha estado en casa á preguntar cómo seguía!

De todos los goces que aquel hombre había experimentado, no eran los mayores el de las virginidades femeninas, compradas á veces á peso de oro, sino el de las virginidades del alma de hombres honrados y virtuosos, que de vez en cuando conseguía ver humillados ante él, y abofetearlos con su ironía, cuando la miseria lo ponía en condiciones de mandar en aquellos puritanos que habían pasado algunas veces con la cabeza alta y el ademán despreciativo por delante de aquel hombre de dinero. Entonces el antiguo ropavejero tomaba su sabroso desquite. No había que esperar merced de aquel charlatán sempiterno, que por lo demás era un buen muchacho. Sus dedazos gordos estrujaban con más fuerza que las manos flacas de un usurero vulgar. Molina no perdonaba.

¡Ah! ¡Cuando él iba á ver al Ministro, evidentemente tenía algo que pedirle!

Pero ¿el qué?

Cosa extraordinaria: delante de Vaudrey, Molina, que estaba acostumbrado á dominar á muchas gentes, se sentía poco satisfecho y poco poderoso. Había en la mirada franca de aquel *bestia*, como Molina le había llamado una noche hablando de política con unos amigos, una honradez tan grande, que el banquero, acostumbrado á los pillos y á los

vividores, no sabía cómo abordar el asunto. Se trataba, sin embargo, de un gran negocio.

—¡Una prima magnífica!—pensaba Molina.

Un negocio de ferrocarriles. Una concesión que era necesario obtener. Una cuestión de interés privado, disimulada bajo la pomposa frase del interés nacional, de las necesidades públicas. Molina se había encargado de sondear al Presidente del Consejo de Ministros y al Ministro de Obras públicas: dos hombres honrados. El *timo*, como decía el agiotista, era hacer que se tragasen la píldora sin conocerlo y creyendo que lo hacían por patriotismo. Ferrocarril estratégico; medio de locomoción rápida en caso de tener que movilizar las tropas. Con palabras retumbantes, como *estrategia*, *fronteras*, *seguridad*, se conseguirían muchas cosas.

Por desgracia, Vaudrey era muy meticuloso en asuntos de esa naturaleza, y además tenía noticias del negocio. Mientras Molina hablaba sentíase estremecido. Un momento antes, al ver la tarjeta, había concebido como una esperanza remota de que obtendría dinero, una de las encarnaciones del cual, era aquel hombre grosero. ¡Quién sabe! ¡Tal vez con la ayuda de Molina podría salir del compromiso que representaba el pagaré firmado á Gochard!..... Pero desde que el Ministro insinuó la

primera indicación, y aunque el banquero, intimidado por la mirada de Vaudrey, no supiese cómo plantear el negocio, Sulpicio adivinó condiciones repugnantes en las palabras vacilantes del agiotista.

¡Cómo! ¿Molina vacilaba? ¿No sabía, como de costumbre, irse derecho al bulto? No. La actitud voluntariamente fría del Ministro lo tenía fuera de su centro. La mirada de Vaudrey no se apartaba de sus ojos. Cuando el negociante pronunció la palabra *Bolsa*, una sonrisa desdeñosa asomó á los labios de Sulpicio. Pero no contestó ni una sola palabra. Molina oía sonar su propia voz en medio del silencio profundo que reinaba en aquel gran salón, convertido en despacho ministerial, y no daba pie con bola, como se dice vulgarmente. Había deseado proponer una combinación, sin dudar que Vaudrey se dejaría engañar; y ahora resultaba que aquel Ministro endiablado hacía como que no comprendía, acaso por no comprender, y quizás por comprender demasiado. ¡Ah! Molina no estaba acostumbrado á esas torpezas. Había puesto con su grosera mano en las manos de Senadores y de Ministros del antiguo régimen más de una cantidad, cuyo único recibo era una sonrisa de inteligencia, y tenía el hábito de esas conversaciones á

medias palabras, que entre gentes de cierta clase acababan con un apretón de manos en el que quedan algunos pedazos de papel: billetes de Banco ó acciones de tal ó cual empresa. ¡Y el dichoso Vaudrey no comprendía! Y le exigía que se explicase claramente, que pusiera brutalmente los puntos sobre las íes, exponiéndolo á dar motivo para que lo echase á la calle.

Molina era demasiado experto para correr ese riesgo. Puesto que el Ministro se hacía el sordo, volvería en otra ocasión. Pero ello es que el pobre hombre sudaba la gota gorda, buscando circunloquios que no acudían á sus labios, porque estaba acostumbrado á llamar á las cosas por su verdadero nombre.

¡Habrás visto! ¡un abogadillo de Grenoble poniendo en aprieto á Salomón Molina!

—¡Tengo calor!—se decía el agiotista al salir de su despacho.—¡Pero, por vida del diablo, que tendré mi desquite! ¡Andá, que no has de ser siempre Ministro, y tú me pagarás este pícaro cuarto de hora!

Vaudrey lo había comprendido todo perfectamente, pero no había querido que se le conociese. De ese modo, la cosa era menos molesta, porque no se vela en la necesidad de echar á la calle al compra-

dor de conciencias, y por el contrario, gozaba con lo que estaba sufriendo. Aquella era su venganza.

—¡Diablo, si le hubiese hablado de dinero antes de que él comenzara sus insinuaciones! ¡Si hubiese aceptado de él!....

Y volvía á estremecerse. Una imprudencia, una confianza cualquiera, lo hubiera puesto en difícil situación y á merced de aquel hombre. Era, sin embargo, necesario decidirse por cualquier solución. Los días pasaban, y el pagaré firmado para sacar á Mariana de apuros, llegaría pronto á la fecha de su vencimiento.

—¡Cuando pienso que ese Molina podía hacerme ganar en un día el triple de esa suma!

Salomón acababa de decirle: «La prima de una noticia en Bolsa suele valer más que el oro en barras.» ¡Descubrir una noticia! O lo que es lo mismo, ¡revelar un secreto de Estado, especular vilmente, hacer casi, casi una traición! ¡Y al oír aquellas palabras, que eran casi un insulto, ni siquiera había llamado á un portero para que echase á la calle al tal Molina!

Quedóle de la entrevista una impresión desagradable y triste. El bolsista había dejado en pos de sí un olor así como á corrupción.

Pronto, por otra parte, pudo estar tranquilo

respecto al pagaré de Gochard. Cuando aquel día fué á ver á su querida, pudo advertir que Mariana era *mujer de cabeza*.

Le dijo en seguida que Clara Dujarrier, á quien había visto, conseguiría de Gochard, á quien Vaudrey no conocía, la renovación del pagaré de tres en tres meses, hasta llegar á los seis, mediante un aumento de veinte mil francos por cada prórroga de noventa días.

—Al principio no comprendí bien lo que querían decir—continuó Mariana.

—¡Oh!—contestó Sulpicio;—yo lo comprendo perfectamente; son unos usureros de tomo y lomo. Pero como el tiempo es oro, y como dentro de seis meses me será más fácil pagar ciento cuarenta mil francos, que cien mil hoy, aceptaremos la proposición. Tengo ciertos proyectos.

—¿Cuáles?

—Son difíciles de explicar, aunque se me presentan muy claros á mi imaginación. ¡Ya te los diré! Lo importante es que ese vencimiento no sea al 1.º de Junio, sino al 1.º de Diciembre.

—Pues la cosa es bien sencilla entonces. La Dujarrier se encargará de ello.

—¿De modo que esa señora Dujarrier es una Providencia?

—Casi, casi—contestó Mariana con frialdad.

Sulpicio sintióse ebrio de alegría, viendo que aun tenía mucho tiempo disponible para salir del apuro, cuando Mariana le hubo entregado, á cambio de un nuevo pagaré de ciento cuarenta mil francos, el de cien mil primero que había firmado. Respiraba.

Desde el 26 de Abril al 1.º de Diciembre le quedaban casi seis meses de tiempo para arreglarlo todo, y hacía de nuevo el mismo cálculo que formulara algunas semanas antes: «Tengo tiempo sobrado.»

Alegre como unas pascuas volvió á su palacio de la plaza Beauvau. Adriana se alegró mucho, porque esperaba verlo entrar como se fué, triston y nervioso.

—¿De modo que te lucirás esta noche en casa de la de Gerson?—le dijo.

—¡Toma! pues es verdad que esta noche....

Se le había olvidado.

Precisamente Mariana no podía pasar la velada con él, porque, según le dijo, necesitaba ir á Auteuil á fin de arreglar lo del pagaré. Tanto le daba ir á casa de Gerson como á cualquiera otra parte.

—¡Yo estoy tan contenta, tan contenta!—decía Adriana, haciendo palmas como una niña.

Al desnudarse, Vaudrey encontró afortunadamente el papel que, doblado en cuatro partes, se había metido en el bolsillo del chaleco, y que decía:

«El 1.º de Junio próximo pagaré, á la orden del señor Adolfo Gochard, que vive en la calle de Albany, núm. 9, la cantidad de cien mil francos, valor recibido en especie.»

SULPICIO VAUDREY.

Calle de la Calzada de Antin, 37.»

—Al leerlo se puso lívido. ¡Si Adriana lo hubiese encontrado!....

Y quemó el papel en la llama de una bujía.

—¡Qué imprudente soy! — pensaba. — ¡Pobre Adriana! ¡No quisiera darle un disgusto!

La esposa de Vaudrey iba loca de contento en el coche con su marido, desde la plaza Beauvau hasta el hotel de los de Gerson. Al fin contaba con un minuto, rápido, furtivo, pero durante el cual podía al fin y al cabo encontrar esa feliz impresión de soledad que tanto le agradaba en otro tiempo.

—¿Te acuerdas cuando íbamos de este modo la noche de nuestra boda? — le decía en voz baja á Sulpicio, mientras los caballos del carruaje galopaban hacia casa de los señores de Gerson.

Vaudrey le cogía las manos y se las apretaba cariñosamente.

—¿Me quieres siempre lo mismo, Sulpicio mío? ¡Yo te amo más que nada y más que á nadie en el mundo!

—¡Sí, vida mía!

—¿Me matarías si te engañase?..... Yo..... ¡ah! si me engañaras, no sé lo que haría..... Cuando pienso que tú, que estás á mi lado, á quien yo estrecho entre mis brazos, á quien amo tanto, pudieras ser de otra mujer.....

—¡Otra vez! ¡Ya me has dicho eso un día! ¿Estás loca?—dijo Sulpicio.—Vamos, ya hemos llegado.

La señora de Gerson había echado el resto, según vulgarmente se dice. Su casa estaba iluminada con esplendidez, llena de flores, alfombrada con lujo, para recibir al Presidente del Consejo de Ministros. El hotelito que habitaba en la calle de Boulogne era pequeño, y de seguro se iban á ahogar en él sus numerosos invitados. La señora de la casa los fué metiendo como sardinas en banasta dentro del comedor. Para la reunión que seguiría al banquete, había convidado á todos sus amigos. Tratábase de inaugurar nuevas recepciones y de demostrar á la de Marsy, que no era ella la única que podía competir con la de Evan.

La amistad de la señora de Gerson y de Sabina habíase enfriado. No se sabía por qué. Adriana, muy poco al corriente de esas cosas, se quedó sorprendida al saberlo aquella noche.

—¡Pretende que le quitamos los amigos!.....—dijo la señora de Gerson.—Como si fuese culpa mía que la gente se divierta más en mi casa que en la suya..... ¡Supongo que lo pasaréis bien, señor Presidente!

Vaudrey hizo una inclinación de cabeza, para afirmarlo.

Sentáronse á la mesa. La señora de Gerson se pavoneaba del brazo del Ministro. Guy de Lissac, Warcolier, y muchos senadores y diputados asistían al banquete. Los dueños de la casa no les llamaban jamás por sus apellidos, sino: *¡Señor senador, señor diputado!* Y se les llenaba la boca de esos títulos, semejantes á esos burgueses que alguna vez tienen ocasión de hablar con un príncipe, y que le dicen *vuestra alteza* con el mismo énfasis que si se lo dijeran á sí propios.

Sulpicio experimentaba como siempre, en aquel sitio donde todo estaba sacrificado al *chic*, esa sensación penosa del hombre que se ve obligado á representar constantemente un papel de comedia. No comía nunca fuera de su casa sin tropezar con la

misma comida, el mismo timbal y la misma conversación.

El señor de la casa trató de que el Presidente del Consejo hablase algo de política. Quería saber la opinión de Vaudrey sobre el escrutinio por lista. Sulpicio se echó á reír.

— ¡ Por favor ! — dijo. — Dejarme descansar; prefiero que hablemos de estas trufas, que están riquísimas.

Adriana miraba á su marido, al cual veía, por entre los ramos de flores que adornaban la mesa, sentado á la derecha de la señora de la casa. Ella, por su parte, sólo hablaba con Guy de Lissac, sentado á su derecha, aunque todas las reglas de la etiqueta aconsejasen que se colocara allí el senador Crepeau y á su izquierda el diputado señor de Prangris. Pero la señora de la casa había dicho al señalar los sitios, sonriendo con amabilidad, que la señora de Vaudrey no sentiría tener por vecino al señor de Lissac, á quien á menudo había visto en el Ministerio, y que era amigo íntimo del señor Presidente y de su esposa.

Y Adriana, que no conocía á ninguna de aquellas personas, se alegró muchísimo, en efecto, de sentarse al lado de Guy. Le gustaba no sólo por eso, sino por su ingeniosa y amena conversación, su

lenguaje paradójico, sus ocurrencias, su especie de escepticismo, que ocultaba mucha más fe de la que él quería demostrar. Guy de Lissac por su parte sentíase hacia ya tiempo completamente conquistado por la sonriente bondad y por la honradez, por el exquisito candor y por la franqueza de la esposa de su amigo.

¡ Era tan distinta de todas las mujeres que él había conocido ! ¿ Cómo diablos podría Vaudrey descuidar á una criatura tan perfecta, más sabrosa con su apetitosa virtud que todas las doncellas habidas y por haber ? Porque evidentemente Vaudrey estaba frío con ella y poco entusiasmado; un observador, *especialista* en la materia como Guy, no podía equivocarse de ningún modo. La señora de Vaudrey no se quejaba todavía, pero ya había empezado á sufrir. ¿ Sería sólo la política la que alejaba á Vaudrey de su Adriana, ó habría de por medio otra mujer ? Guy lo ignoraba, pero lo averiguaría, porque sentía gran interés hacia la encantadora esposa del Ministro.

— ¡ Si ese imbécil de Sulpicio no fuese tan amigo mío, le haría el amor ! — pensaba Guy. — Es verdad — añadía, mirando los hermosos, límpidos ojos de Adriana — es verdad que no había de conseguir nada, porque hay lagos cuya tranquilidad no puede alterar nadie.

Adriana, muy contenta de tenerlo á su lado, se entretenía en preguntarle cómo se llamaban los comensales. A la izquierda de la señora de Gerson había un hombrecillo estirado, con algunos cabellos negros pegados con bandolina á las sienes, con dos grandes patillas que adornaban su rostro vivo y animado: era un abogado de cierto renombre, el señor Jouvenet, en la actualidad Prefecto de policía.

Más allá se sentaba el señor senador Crepeau, un riquísimo industrial que se dedicaba á hacer pastas alimenticias y á hacer política. En el *Cuadro analítico del extracto de las sesiones del Senado* su nombre figuraba muchas veces seguido de estas observaciones: CREPEAU (del Ain), *vitalicio*.—Se excusa por su ausencia (8 de Enero).—Individuo de una Comisión (*Diario oficial*, página 1.441). Se excusa de tomar parte en los trabajos de la Comisión (4 de Marzo). Se excusa de asistir (20 de Marzo).—Pide una licencia (5 de Abril).—Tales eran sus servicios durante la legislatura del año actual. ¡El señor Crepeau, senador por el Ain, tenía buen derecho á descansar!

—Come mucho—decía Lissac.—Su apetito es mejor que su elocuencia.

Al lado de Crepeau, otro legislador, Enrique de

Prangrins, escritor, viejo, arrugado, encorvado, descontento, murmurador.

—¡Ah! ¡ése es el señor Prangrins!—dijo Adriana.—He oído hablar mucho de él.

—Es un tipo—contestó Lissac sonriendo.—Ya conocéis á Granet, ese *caballero que será Ministro*; pues bien, Prangrins es el caballero que ha querido serlo y que no lo será jamás. Después de todo, es mucho más notable que otros ciento que lo han sido varias veces, sin saber por qué!

Y en efecto, hacía más de medio siglo que Prangrins, un veterano de la política, se ocupaba de ella, levantaba y destruía Ministerios, amontonaba artículos de revista sobre artículos y artículos de periódico, contradicciones sobre contradicciones, cuartillas sobre cuartillas, había emborronado muchas resmas de papel, quejándose siempre, consiguiendo al cabo ser aclamado, popular, rico, ilustre, rodeado de aduladores, de comensales, sin amigos, pero no sin clientes. Él había hecho y deshecho reputaciones, Ministros, Gobiernos; conociendo la vanidad y la nulidad en los más, y aspirando á esa presa que se llama el poder; repitiendo sin cesar con deseos vehementes de autoridad é impacencias de tiranía, que una vida de popularidad no vale ni un solo cuarto de hora de poder; acercán-

dose con verdadera codicia á la parte ambicionada, y viendo eternamente, inevitablemente, implacablemente, que huía, que se alejaba, que se la arrancaban de entre las uñas ó de entre los dientes, como quien arranca un pedazo de carne cruda de entre las mandíbulas de un perro de presa.

Y entonces, con la eterna concupiscencia del poder, con su montón de combinaciones y desengaños, aquel hombre se abandonaba, descorazonado y triste, creyéndose vencido en medio del aislamiento lujoso de sus riquezas. Ni poderoso oficialmente, ni querido de las gentes. Temido tal vez, envidiado como si fuese feliz, saludado como *una potencia*, pero agitándose en el torbellino de sus ideas y en el vacío de sus ensueños irrealizados. Después de haberlo sacrificado todo, juventud, familia, amistades, amores, á la quimera de ser poder, se encontraba viejo, cansado, vencido en la lucha, ante la desaparición de sus esperanzas y la impotencia de su voluntad. Jamás su nerviosa mano había podido coger al paso el pedazo de piel de Rusia de una cartera, y ya no sería hora de que sus dedos seniles y temblorosos la engancharan! Por eso Prangrins se vengaba del desdén ó de la injusticia de sus amigos y de la torpeza de los acontecimientos, criticando, murmurando, bur-

lándose, negándolo todo y diciendo en voz alta:

«¡El defecto de todos los Gobiernos es el de querer tocar piezas nuevas en un violín viejo! ¡Vuestro violín está cascado, amigo Vaudrey! Y no es que yo os lo eche en cara, porque no sois vos quien lo ha fabricado.»

Vaudrey se reía de la ocurrencia, pero Warcolier estaba sofocado. ¿Cómo permitía el Ministro que de aquella manera se atacase su política en la mesa? ¡Ah! ¡si hubiese sido él, Warcolier, ya le diría lo que viniera al caso á ese mamarracho de Prangrins!

La señora de Gerson estaba contentísima. La comida, lujosamente servida, iba muy bien, sin que nadie pudiera notar la menor falta. El mayordomo dirigía el servicio admirablemente. La *soirée*, que iba á comenzar luego, sería soberbia. De seguro se hablaría de ella en los diarios. Gerson había invitado al redactor de un periódico, aunque detestaba á los periodistas. ¡Ah! ¡charlatanes é indiscretos!—decía—que nunca dejan de describir los trajes y prendidos que llevaba á los estrenos, á los bailes y á las carreras, la *bellísima señora de Gerson*. A veces el marido fingía estar encolerizado por los triunfos de su mujer.

—¡Estos periodistas, malditos periodistas! ¡Ha-

blan de mi mujer como si hablaran de una actriz! ¡La bellísima señora de Gerson con su elegante vestido de seda de la China! ¡La bellísima señora de Gerson! ¡Qué les importará á ellos ni la belleza ni los vestidos de mi mujer!

Pero en el fondo sentíase halagado. Cuando se enfurecía verdaderamente, era cuando respetaban los límites de la vida privada, porque él les hubiera autorizado, gozoso, para mostrar la belleza de su mujer y para que le citasen como hombre *chic* en las gacetillas de los diarios de mayor circulación.

Adriana estaba un poco aturdida por el ruido de las conversaciones, que subían de tono á medida que el banquete adelantaba. También se había sentido sorprendida y algo así como entristecida, cuando bruscamente la señora de la casa empezó á hablar en voz alta y allí, delante de todo el mundo, de la de Marsy, en cuya casa precisamente había conocido á Vaudrey. La señora de Gerson mordía, con la sonrisa en los labios, pero con los dientes afiladísimos, á su antigua amiga inseparable Sabina Marsy. Relataba con cierto tonillo de indulgencia, más terrible por lo mismo, las historias que acerca de ella habían circulado por París; la muerte extraña de Felipe Marsy el autor del famoso cuadro *Caridad*, y cierta escapatoria

de Sabina con Emilio Cordier, uno de los jefes de la escuela *intransigente* en pintura.

—¿Cómo? ¿no lo sabíais?—exclamaba estupefacta la señora de Gerson.

Adriana lo ignoraba y se alegraba de no saberlo. Oía hablar pestes de Sabina á aquella amiga íntima suya, á la cual había presentado en todas partes.

—Yo creía que ésta y la de Marsy se llevaban muy bien—decía con su candidez provinciana á Guy de Lissac, quien en voz baja también le respondía:

—¡Se han llevado muy bien! y tal vez vuelvan á ser excelentes amigas. Todo eso no tiene importancia. Las mujeres hacen eso con frecuencia.

Adriana tomó el partido de no escucharla. Conocía muy poco á Sabina Marsy, de quien nunca había sido amiga; pero aquella manera de hablar que de ella tenía una mujer que poco antes hacía los honores de su casa de la calle de Malesherbes, le parecía una cobardía, casi una traición. ¡Cómo estaba la sociedad! ¡Bien hacía ella en preferir vivir aislada!

Para no oír todos aquellos chismes que aplaudían las mismas personas que poco tiempo antes se sentaban á la mesa de la señora de Marsy, y

que de seguro al día siguiente volverían á visitarla, empezó á hablar con Lissac otra vez. Dijo con sencillez todo lo que sufría en el palacio de la Plaza Beauvau, y le habló de Sulpicio, porque Sulpicio era lo que ella amaba más en el mundo.

— ¡Figuraos que casi no le veo! ¡Casi nunca! La semana pasada estuvo dos días en Laon, donde, según parece, hay una exposición.

— ¿Una exposición en Laon?— preguntó Lissac con asombro.— ¿Qué exposición?

— No lo sé; no sé nada. Tal vez hago mal no procurando estar al corriente de todo; pero no lo puedo negar; me aburren esas cosas extraordinariamente. ¡Detesto la política y los periódicos!..... ¡Hartas cosas me cuentan luego! ¡La política! ¡Ella me arrebató á mi marido! Mi tío, el doctor Reboux, solía decirme: «No te cases nunca con un médico, porque no tendrás más que medio marido.» Pues Sulpicio es como un médico. ¡Siempre fuera de casa! ¡Con esas pícaras sesiones nocturnas!

— ¿Sesiones nocturnas?— repitió Lissac.

— ¡Sí, en el Parlamento!..... Sin cesar.....

Guy se propuso no dejar ver su asombro, pero ya sabía, tan cierto como si lo viera, el por qué Sulpicio descuidaba á su mujer y la dejaba casi abandonada. ¡Imbécil! ¡Alguna corista de la Ópera!

¡Alguna pretendiente que chupaba la sangre al Ministro! ¡Si sería ello inherente al cargo! Sintió rabia verdadera contra su amigo y empezó á mirar á Sulpicio y á Adriana. ¡Una mujer tan completa! ¡Encantadora! ¡Qué perfil tan bonito, qué nariz tan fina, qué boca tan deliciosa! ¿Estaría loco Vaudrey?

Levantáronse de la mesa, y según costumbre, los hombres pasaron al saloncito de fumar, dejando en el comedor y en el gabinete á las señoras. La de la casa signió hablando mal de Sabina.

En el salón de fumar los hombres charlaban, medio envueltos en el humo de los londres y las brevas imperiales. Dominando todas las voces oíase la de Warcolier.

Guy, sentado en un rincón y pensando en Adriana, en las *sesiones nocturnas*, en las exposiciones de Laon y en los concursos agrícolas inventados por Sulpicio, oía retazos de la conversación, bromas é historietas en las cuales hacían el gasto los colegas, los compañeros de diputación de todos aquellos señores.

— ¿Sabéis cómo supo Baldehe en las últimas elecciones, que había sido derrotado?

— No. ¿Cómo?

— Pues entró en su casa, ansioso por conocer el

resultado del escrutinio, y ¿qué diréis que oyó? Pues á sus hijos, un niño y una niña que caben debajo de una cesta, que cuando se recibió en la casa un telegrama abierto febrilmente por su mujer, habian inventado ya una canción alusiva al fracaso de su papá, y la cantaban á voz en cuello. ¡Qué precocidad! ¡Los chicos son terribles!

—Y á propósito, ¿con cuántos votos de mayoría contáis, señor Presidente?

—¡Con 139!

—Son muchos.

—Yo, amigo mío—decía Prangrins hablando con Crepeau—no pienso formar parte del próximo Ministerio, no. ¡No me hago ilusiones! ¡Pero entraré en el segundo..... ó mejor dicho, en el tercero..... Es decir, no, en el cuarto..... eso es, en el cuarto Ministerio! De seguro.

Una tos asmática, tos de viejo, le cortó la palabra.

Guy oyó que Warcolier decía riendo y con una copa de cognac en la mano:

—Tengo un medio de tener siempre de parte mía á mis electores. No solamente cuando voy á visitar el distrito les llamo, *amigo mío, querido*, lo cual les halaga mucho, sino que de cuando en cuando les dirijo cartas de mi puño y letra. Las

toman por moneda corriente. Unos, los pobrecillos, se sienten halagados. «Me ha escrito, dicen, no es orgulloso.» Otros, los más desconfiados, se tranquilizan. «Ahora, dicen, ya he pescado su firma; ya lo tengo cogido.» Y así me las arreglo.

Todos se reían mucho.

—¡Cómo se burla uno *después* de los electores, á quienes uno embetunaría las botas *antes*!—pensaba Lissac.

—Pues el sistema que yo he seguido—decía otro—es muy sencillo. He querido ser subgobernador, para ser gobernador, gobernador para ser diputado, diputado para ser director general. ¡Una vez asegurada una buena cesantía, ya está hecha la carrera!

Ese *juega á la serie*—pensaba Guy—pero si quiera es franco.

—Leo muy poco—contestaba ahora Crepeau á Warcolier.....—No me hace mucha gracia la literatura pura..... ¡Nosotros los hombres políticos tenemos necesidad de lecturas sustanciosas que nos enseñen á pensar.

—¡Ya lo creo!.....—murmuraba Guy, que seguía fumando, callando y oyendo.—¡Vé á la escuela, hijo mío!

Y la conversación continuaba en el mismo pie.

Los chistes de brocha gorda y las estupideces se multiplicaban, produciendo en aquel parisiense despreocupado, el asco y la rabia contra tanto egoísmo y tanta insipidez. De una frase cualquiera deducía el carácter de uno de aquellos hombres, y meneando la cabeza decía para su capote:

—¡Andad, hijos, que si os oyese el Sufragio Universal!.....

Lissac no tomaba parte en aquellas conversaciones, sino que se entretenía en observar. Era su placer. Siguiendo su costumbre de hombre curioso y observador, sacaba partido de todas aquellas vulgaridades abrumadoras para divertirse á sus expensas.

Iba á levantarse ya, para acercarse á Vaudrey, que instintivamente se dirigía hacia él, cuando el Prefecto de policía, el señor Jouvenet, se interpuso entre el Presidente del Consejo y Guy.

Jouvenet hablaba en voz baja á Vaudrey, acompañando sus palabras de cierta extraña sonrisa y acariciándose las patillas. Por mucha discreción que emplease el Prefecto, Guy estaba demasiado cerca para no oír el nombre de la señorita de Kayser. Quedóse estupefacto.

¡Mariana! ¿Qué tendrían que hablar de Mariana aquellos dos hombres?

Lissac observó que Vaudrey se puso repentinamente pálido.

Acercóse un poco más, haciendo como que estaba concluyendo de tomarse, en pie, su taza de café, y oyó estas palabras perfectamente:

—¡Un noticiero os vió salir la otra noche de su casa.

Guy se alejó con rapidez. Experimentó de repente cierto atolondramiento como si las palabras del jefe de la policía hubieran sido la continuación natural y lógica de su conversación con Adriana, algo así como una respuesta que lo explicase todo.

—Sería asombroso que Mariana.....—pensaba Lissac.

Pero pronto lo sabría, porque se propuso interrogar á Sulpicio directamente.

Y así lo hizo cuando Jouvenet, siempre correcto, grave y frío, se hubo separado del *señor Ministro*, el cual estaba visiblemente nervioso y casi inquieto.

—¿Conoces íntimamente á la señorita de Kayser?—preguntó á Vaudrey, que cogido de sorpresa, lo miró un momento sin contestar y tratando de conocer las intenciones de Lissac.

—¿Soy indiscreto?—añadió Guy.

—No; pero ¿quién te ha dicho?.....

—Nadie. Sino que tu dichoso Prefecto de policía habla demasiado alto, y me ha parecido oír.....

La mano de Vaudrey cogió rápidamente la muñeca de Lissac.

—¡Chist, cállate!

—¡Muy bien! ¡Perfectamente!—se dijo Lissac.

—¡Pobre Adriana!

—Ya te lo contaré todo, luego, más tarde. ¡Oh! ¡es lo más sencillo del mundo!..... No es lo que tú te figuras.

—Estoy persuadido—contestó Lissac sonriendo.

Maquinalmente, y como para huir de su amigo, Sulpicio se fué del salón de fumar á la sala donde estaban las señoras, diciendo esta tontería: «¡Qué groseros somos los fumadores!» Sentíase disgustado porque era la primera vez que Jouvenet le decía que había polizontes destinados á averiguar lo que hacían los Ministros.

El Prefecto de policía había podido, por la casualidad de comer aquel día con el director de un periódico, evitar que se publicara un suelto en el cual se decía que en cierta casa de la calle de Prony, un Ministro tiraba el dinero por encima de los molinos de Grenoble. Tanto era aquello como nombrar al Ministro de la Gobernación por su nombre. Hasta entonces había podido amar á

Mariana sin escándalo y como en la sombra. Pero ahora su secreto pertenecía á la policía, á todo el mundo, al noticiero de un periódico que había tropezado con él, al salir de cenar en casa de una entretenida de la vecindad.

El Ministro estaba abrumado. Las muestras de deferencia femenina que recibió al presentarse en el salón no pudieron disipar su mal humor. Trató de hablar un rato, de contestar á las galanterías de la señora de Gerson, á las sonrisas de su mujer, pero estaba contrariado y nervioso. Adriana creyó que se sentía enfermo.

Hablábase de todo con ese tono ligero, pretencioso y fácil á la vez, conversación de salón de segundo orden, donde no se hacen ideas ni se hacen hombres, donde, por el contrario, se aceptan, los unos y las otras, hechos por el molde vulgar de la moda.

Tenían para todas las cuestiones, para el cuadro en boga, para el libro á la moda, para el hombre del día, la misma palabra estereotipada, cogida á los periódicos y á la polémica corriente. Nada nuevo. Frases usadas como moneda vieja. Adriana sufría viendo á un hombre del talento, de la inteligencia privilegiada de Vaudrey, charlando de aquel modo, y temía que al salir le echase en cara

el haberlo llevado á respirar aquella atmósfera de insípideces y de lugares comunes.

Deseaba marcharse, porque veía que Sulpicio estaba disgustado, y aprovechó la primera ocasión que se le presentó para preguntarle en voz baja:

—¿Quieres irte?

—Sí, vámonos.

Vaudrey buscó á Lissac, le repitió que tenía que hablarle, y Guy se inclinó para despedir al matrimonio, que, en opinión de los señores de Gerson, se retiraba demasiado pronto.

La pobre Adriana, descorazonada por la murmuración y la charla insípida de aquellas gentes, tenía sed de verse sola con su marido, de decirle que para ella no había nada comparable á la dicha de estar á solas con él y de pasar sus veladas los dos juntitos como en otro tiempo, cuando él leía ó trabajaba con ella al lado de su mesa, haciendo labor.

—¡Qué cosas tienes! ¡No vayas á decirlo delante de la gente, porque nos llamarán cursis! Esa es una moda que ya pasó.

—No me extraña ser tan poco sociable—repetía la joven.—Se ahoga una moralmente en estas casas. No temás, Sulpicio, que no seré yo quien te haga venir más á estas fiestas. ¿Te has aburrido?

—No, sino que pensaba en otras cosas—contestó Vaudrey, que en efecto estaba pensando en Mariana.

Apenas había salido la señora de Vaudrey del salón de los de Gerson, cuando la bella parisien-sita, inclinándose al oído de una amiga suya, decía con bastante imprudencia:

—Las mujeres de los Ministros de ahora son siempre lugareñas; ¿no opináis lo mismo?

—¡Qué queréis!—contestó Lissac, que decididamente aquella noche oía todo lo que no debía oír;—eso vale tanto, por lo menos, como ser de aquí.

La señora de Gerson sonrió, diciendo que Lissac era muy gracioso y tenía mucho talento, pero reflexionando que el Sr. de Lissac era demasiado clemente con Adriana y que la señora de Vaudrey, á su vez, se mostraba muy indulgente y muy afectuosa con el Sr. de Lissac.

V.

Desde que Mariana creyó adivinar que podía tener en Rosas algo más que un amante, hallábase bastante perpleja. Jugaba una partida empe-

el haberlo llevado á respirar aquella atmósfera de insípideces y de lugares comunes.

Deseaba marcharse, porque veía que Sulpicio estaba disgustado, y aprovechó la primera ocasión que se le presentó para preguntarle en voz baja:

—¿Quieres irte?

—Sí, vámonos.

Vaudrey buscó á Lissac, le repitió que tenía que hablarle, y Guy se inclinó para despedir al matrimonio, que, en opinión de los señores de Gerson, se retiraba demasiado pronto.

La pobre Adriana, descorazonada por la murmuración y la charla insípida de aquellas gentes, tenía sed de verse sola con su marido, de decirle que para ella no había nada comparable á la dicha de estar á solas con él y de pasar sus veladas los dos juntitos como en otro tiempo, cuando él leía ó trabajaba con ella al lado de su mesa, haciendo labor.

—¡Qué cosas tienes! ¡No vayas á decirlo delante de la gente, porque nos llamarán cursis! Esa es una moda que ya pasó.

—No me extraña ser tan poco sociable—repetía la joven.—Se ahoga una moralmente en estas casas. No temás, Sulpicio, que no seré yo quien te haga venir más á estas fiestas. ¿Te has aburrido?

—No, sino que pensaba en otras cosas—contestó Vaudrey, que en efecto estaba pensando en Mariana.

Apenas había salido la señora de Vaudrey del salón de los de Gerson, cuando la bella parisien-sita, inclinándose al oído de una amiga suya, decía con bastante imprudencia:

—Las mujeres de los Ministros de ahora son siempre lugareñas; ¿no opináis lo mismo?

—¡Qué queréis!—contestó Lissac, que decididamente aquella noche oía todo lo que no debía oír;—eso vale tanto, por lo menos, como ser de aquí.

La señora de Gerson sonrió, diciendo que Lissac era muy gracioso y tenía mucho talento, pero reflexionando que el Sr. de Lissac era demasiado clemente con Adriana y que la señora de Vaudrey, á su vez, se mostraba muy indulgente y muy afectuosa con el Sr. de Lissac.

V.

Desde que Mariana creyó adivinar que podía tener en Rosas algo más que un amante, hallábase bastante perpleja. Jugaba una partida empe-

ñadísima. Érale necesario escoger entre el Duque y el Ministro.

No amaba á Vaudrey. Hasta le encontraba candidices verdaderamente ridículas. ¡Es un tonto!— le decía á Clara Dujarrier. Pero por amor propio quería conservarlo, y además porque se le alcanzaba que Sulpicio era bastante débil para obedecerla absolutamente en todo. Tal personaje no era de despreciar. Cuanto á Rosas, experimentaba por él un sentimiento extraño que ciertamente no era amor, pero que se parecía al asombro ó á un afecto singular. Rosas la respetaba, y la timidez de aquel hombre que tenía en sus venas sangre de héroes, la halagaba. Hablábale él casi únicamente de su amor, sin proponerle que se lo probara, y aquel platonismo que le había parecido *cursi* en Vaudrey se le antojaba admirable en el aristócrata español. El Duque la engrandecía á sus propios ojos.

No había vuelto á pronunciar esta palabra que tal vez dijo una vez por casualidad: matrimonio, y Mariana era demasiado prudente y demasiado astuta para dejar conocer que había tomado nota de ella. Ni siquiera se permitía la más ligera alusión, sino que esperaba tranquilamente. Cuanto más tiempo pase, se decía, más dominaré á Rosas.

Entretanto, como era necesario vivir y como le importaba sostener el tren lujoso de su casa, conservaba á Vaudrey, de quien en un momento dado podría llegar á tener necesidad.

Era empresa difícil acometer de frente esas dos intrigas: la de hacer creer á Rosas que el Ministro no era para ella más que un amigo, un protector del tío Kayser, y la de hacer creer á Vaudrey que el Duque, viéndose despedido por ella, parecía resignado y se retiraba. Por lo demás, podía jurar, sin mentir, que José no era su amante.

En engañar á Vaudrey no había gran mérito. Sulpicio estaba materialmente cegado por el amor. Por un momento mostróse cuidadoso y vigilante cuando Jouvenet le hizo saber que su secreto era del dominio público. Durante unos días pareció retirarse un poco de Mariana; pero después de tomar nuevas precauciones, volvió con delirantes deseos al hotel de la señorita Vanda, donde le esperaban los besos y las caricias, un poco fatigadas, de su querida.

Transcurrían así los meses, todo el verano, las vacaciones parlamentarias, la estación desanimada en París. Adriana salió para el Delfinado, donde Vaudrey iba á presidir unas sesiones extraordinarias de la Diputación provincial, y la pobrecilla

sintió verdaderas alegrías de niña en su casa de Grenoble, donde tan feliz había sido en otro tiempo. Pero allí mismo, bajo aquel techo, entre aquellas paredes, testigos de sus amores honrados, Vaudrey pensaba en Mariana, no tenía más idea que la de volver á verla, la de estrecharla en sus brazos, y todos los días le escribía cartas apasionadas que ella, encogiéndose de hombros, apenas leía, y que quemaba en seguida sin darles importancia alguna.

Él, allí, en el aislamiento de la tranquila ciudad de provincia, se aburría horrorosamente en medio del insólito, continuo, estruendo de las fiestas, de las recepciones dadas, en honor suyo, de los discursos que tenía que pronunciar, de las ceremonias que tenía que presidir, de las comisiones que le visitaban, de las estatuas que le era preciso inaugurar. ¡Estatuas! ¡siempre estatuas! Y lo llevaban por los pueblos, en Alleverd ó en Maréstel, desde el Ayuntamiento á la plaza mayor, entre dos filas de bomberos vestidos de gala, seguido de brillantes comitivas, rompiéndole los oídos con el bombo y los platillos de las bandas municipales y obligándole á presenciar una serie interminable de desfiles de las sociedades de gimnástica, de los orfeones, de las corporaciones, de las Asociaciones de Amigos del País, de Amigos de la Paz ó de Ami-

gos de la Guerra. Y aquello era lo que había que ver: ¡qué arengas entusiásticas, qué multitud de vulgaridades pronunciadas en tono declamatorio y solemne, qué discursos llenos de citas, hechos por profesores de retórica, por los jefes de los partidos, por los concejales elocuentes, todos locos de contento al ver que podían contar entre sus oyentes nada menos que á un Ministro! ¡Cuántos discursos tenía que escuchar Vaudrey! ¡Más que en el Parlamento! ¡Y cuántos consejos, y cuántas advertencias políticas, y cuántas peroraciones que terminaban todas pidiendo algo, ó un privilegio, ó un destino, ó una condecoración! Por todas partes peticiones: peticiones de subsidios, peticiones de conmutación de impuestos, peticiones de socorros del fondo de calamidades públicas. Aquello era no vivir: cien veces, mil veces peor que en París. Se habían empeñado en matarlo á fuerza de gritar ¡Viva Vaudrey!

El Gobernador y el General Jefe de las tropas que guarnecían el distrito iban eternamente uno á un lado, otro al otro de Vaudrey, pobre sentenciado á no vivir, paseado de aquel modo entre dos uniformes bordados. Sulpicio oía siempre de los labios del Gobernador las mismas palabras huecas: el progreso, el porvenir, la fusión de los partidos

y de los intereses, el engrandecimiento y prosperidad de la provincia, el esplendor del Ministro que..... del Ministro que..... de aquel hijo de la provincia que había visto la luz primera en aquel pueblo, para gloria del Delfinado. (*¡Viva Vaudrey! ¡Viva Vaudrey!*)

El General, por lo menos, variaba de efectos oratorios, gritaba cerrando los puños, y Vaudrey, el día de la inauguración de la estatua de un tal Valbonnaus, antiguo diputado y fabricante de guantes—también otra gloria de Grenoble—había oído al militar murmurar todo el día y desde por la mañana hasta por la noche, con un movimiento nervioso de mandíbula que agitaba convulsivamente su perilla á lo Napoleón:—*¡Me gusta el bronce!..... ¡Me gusta el bronce!.....* con una insistencia que dejaba estupefacto al Ministro.

Era tal vez el único recuerdo agradable que Vaudrey conservaba de su expedición por los pueblos del Isere. Aquel estribillo eterno del General: *¡Me gusta el bronce! ¡Me gusta el bronce!* le llenaba de curiosidad y le tenía todo el día preguntando para sus adentros qué demonio de apetitos tenía aquel militar, que no hacía más que repetir su frase con tono de avaricia. Sentóse el General á su lado en la plataforma levantada al efecto, y mientras los

orfeones entonaban un himno en honor del difunto señor Valbonnaus, escrito expresamente para el acto por un aficionado de la ciudad, y mientras las bandas de música repetían el motivo principal del himno, y mientras los bomberos descubrían, en medio de aclamaciones estruendosas, la estatua del señor Valbonnaus que tenía inscritas en el pedestal estas palabras: *Al inventor, al patriota, al negociante;* en tanto que á su oído izquierdo resonaban las frases del eterno discurso del Gobernador: la industria guantera, gloria de la provincia, el progreso, los intereses, el engrandecimiento de aquella región, el Ministro que..... el Ministro el cual..... (*¡Viva Vaudrey!*), Sulpicio seguía oyendo, en medio de las aclamaciones, el murmullo monótono del General repitiendo, recordando y remachando su: *¡Me gusta el bronce! ¡Me gusta el bronce!*

Por la noche, en el banquete oficial, el Ministro logró al cabo obtener la explicación de aquel gusto extraño. El General se levantó, apretó la copa del champagne como si quisiera quebrarla entre sus dedos, y exclamó con voz ronca, como si se hallase al frente de su división dando voces de mando:

—*¡Me gusta el bronce!..... ¡Me gusta el bronce,* porque sirve á la vez para levantar estatuas y para

fundir cañones! ¡Me gusta el bronce, cuya voz gana las batallas, puesto que la artillería es el arma que hoy predomina, si bien la caballería es la más caballeresca! ¡Me gusta el bronce, que es la imagen del corazón del soldado, y quisiera ver en nuestro país un ejército de hombres de bronce que.... los cuales....

Y se confundía, se enredaba, ponía los ojos en blanco, y para concluir blandiendo la copa como si fuera un sable, y en medio de los aplausos frenéticos de los convidados, gritó valientemente: ¡Si, me gusta el bronce! ¡Me gusta el bronce!

Vaudrey estuvo á punto de soltar la carcajada, á pesar de su gravedad ministerial; y al volver á Grenoble y apearse del carruaje lleno de flores que le habían tirado al pasar, sólo pudo contestar á Adriana, que salió á recibirle preguntándole si había hablado mucho, si la fiesta había sido buena, si se había divertido:

—Sí, hija, sí; me he reído mucho ¡Pero estoy harto, rendido, harto!.... ¡Qué dolor de cabeza!

Y todo esto se lo escribía Sulpicio á Mariana, añadiendo el muy cándido: ¡Ah! todas estas voces que me aclaman no valen para mí lo que una sola palabra de tus labios! ¿Cuándo volveré á verte, Mariana de mi vida?

—¡Lo más tarde posible!—pensaba la señorita de Kayser.

Esta veía con profundo aburrimiento que el verano concluía, que comenzaba el otoño y que se aproximaba el comienzo de la temporada parlamentaria, que haría regresar á Sulpicio á París y que le impondría la presencia continua de aquel amante.

Vaudrey le daba todo cuanto exigían sus apetitos de lujo, razón por la cual no se decidía á romper con él, aunque desde hacía mucho tiempo aquel hombre estaba condenado por ella, á ser despedido de su casa: «¡Ah! cuando pueda pasarme sin él!» decía para sus adentros cada vez que llegaba á sus manos una de las apasionadas cartas de Sulpicio. De Rosas ni podía ni quería aceptar nada. La postura que jugaba á esa carta era demasiado cuantiosa para exponerse á perderla por una imprudencia. Con Vaudrey podía ser impunemente una entretenida. Con José necesitaba hacer como que conservaba una aureola de pudor y de virginidad que ciertamente no tenía.

En el ánimo del español se producían singulares cristalizaciones, que no se escapaban á la penetración de la señorita de Kayser. A medida que se codeaba más frecuentemente con la Mariana real,

forjábase una Mariana ideal, buena, de talento, tal vez ignorante, y sin embargo corrompida de espíritu, que le divertía y le desconcertaba á un mismo tiempo.

Había dejado el Hôtel Continental para alquilar un elegante hotelito de los Campos Elíseos, donde á veces recibía á Mariana con el mismo respeto y con las mismas consideraciones que si fuese una princesa. Ella, en esas visitas, divagaba, fumando tabaco turco. Su gracia parisiense seducía é intrigaba á ese viajero grave y pálido, en el cual hasta la sonrisa era melancólica.

Adoraba completamente á aquella mujer, y ni siquiera quería ya resistir á la influencia de sus encantos; olvidaba por completo que la había conocido con Guy. Parecíale que la había descubierto él; y además, Mariana no había conocido nunca á Guy. No, ciertamente no. Era demasiado franca para no confesárselo todo. Puesto que lo negaba, señal infalible de que jamás Lissac..... y además ¿qué, aun cuando fuese verdad? Pero no, no. Mariana lo negaba, y él creía ciegamente en ella.

Todos esos razonamientos desatinados, insensatos, propios de las gentes que van á cometer una locura, chocaban unos contra otros en la cabeza de José. Así es que ni siquiera trataba de analizar

sus sensaciones. Pasaba al lado de aquella joven, á quien no se atrevía á tocar, el estío más delicioso de su vida. Una vez, sin embargo, paseando con Mariana por los Campos Elíseos, había encontrado á la vieja Dujarrier, á quien conocía de otros tiempos. Un amigo suyo, el Marqués de Vergamo, se había suicidado por aquella mujer que podía ser su madre. Clara Dujarrier se detuvo para saludar á Mariana; y aunque se mostró muy cariñosa, Rosas apenas la saludó, y eso con extraordinaria frialdad.

—¿Por qué saludáis á esa mujer?—preguntó luego á Mariana.

—La necesito. Me ha hecho varios favores.

—¡Es extraño! Creía yo que no era capaz de hacer más que daño.

No se podía imaginar que la señorita de Kayser tuviese trato con mujeres de mala vida. En la modesta casita de la calle de Cuvier, parecíale á José que Mariana respiraba su verdadero medio ambiente. A menudo la joven se sentaba al piano—uno de los pocos muebles que había en la casa—y tocaba para que Rosas la oyese, aires y canciones de Oriente que lo llevaban á él muy lejos con la imaginación, y luego de pronto se ponía á tocar aquella canción bufa, oída por primera vez en el teatro

de Variedades, y que él tarareaba estando malo y abandonado en un aduar morisco.....

— ¡Cuánto me gusta esta canción! —decía ésta.

El Duque ya no pensaba en volver á viajar ni en alejarse de París. La señorita de Kayser lo iba dominando cada vez más. El extraño misterio que rodeaba la vida de aquella mujer aumentaba su pasión.

A veces le preguntaba qué hacía su tío Simón.

— ¿Mi tío? Ha conseguido, gracias á la influencia del señor Vaudrey, que le encarguen el decorado de un establecimiento hidroterápico, las *Termas de Batignoles*, y ha comenzado también el boceto de un fresco. Ya iremos á verlo en su estudio.

— ¿Sabéis —continuaba Mariana— lo que yo quisiera ver?

— ¿El qué?

— España, vuestro país. ¿Dónde habéis nacido, Rosas?

— En Toledo. Tengo allí el castillo feudal de mi familia.

— ¿Con retratos y con armaduras?

— Con armaduras y retratos, sí.

— Pues bien, de buena gana iría á Toledo para ver ese castillo. ¡Debe ser soberbio!

— Es sencillamente lúgubre. Una fortaleza construída sobre una roca pelada. Grandes salones medio moriscos. Muros espesísimos como los de una cárcel. Armaduras puestas en pie como si aun cubriesen los cuerpos de mis antepasados. Retratos antiguos de mis abuelos metidos en sus cotas de malla, ó retratos de las Duquesas de Rosas, pálidas, tristes, medio ocultas por sus golas, los encajes de las cuales pintaron Claudio Coello ó Velázquez. Inmensas habitaciones frías, donde los pasos de los que las visitan retumban como sobre sepulturas vacías. Una mansión espléndida, que parece una cueva. Si fueseis allí, os moriríais de tristeza á las dos horas, ó de frío á los ocho días.

— ¿Morirse de frío en España.....?

— Es que hay también el frío del alma —respondió el Duque con una sonrisa singular. — Tal vez por huir de esa clase de frío he viajado yo tanto!..... ¡Pero vos en Toledo, en Fuencarral, así se llama el castillo; vos, una parisiense, allí! ¡Eso sería brutal! ¡Sería como encerrar un canario en una jaula para osos! ¡No; gracias á Dios, tengo otras posesiones en España donde podríamos vivir! Y bajo los jazmines andaluces, bajo los laureles y los naranjos de Córdoba ó de Sevilla, cerca de

las fuentes guarnecidas de azulejos, donde se bañaban las sultanas, mis jazmines no embalsamarían tanto el aire, ni mis fuentes suspirarían jamás tan armoniosamente como yo quisiera para festejar vuestra visita!..... cuando vayáis..... si es que vais..... ¡Pero Toledo! ¡Mi horrible castillo de Fuencarral! Aunque soy un romántico incorregible, no me atrevería jamás á llevaros allí. Os parecería que caía hielo sobre vuestra cabeza. ¡Fuencarral! ¡Bah.....! ¡eso huele á muerto!

Mientras hablaba, Mariana lo contemplaba con llamaradas en los ojos, y con la imaginación paseaba por jardines perfumados y sentía apetito desmedido por verse pasando, en aquella especie de ciudadela sepulcral de Fuencarral, por delante de los vetustos retratos de los abuelos de Rosas, estupefactos al oír el roce del vestido de seda de una parisiense.

José tomaba las llamaradas de aquellos ojos por señales de amor.

¡Ah! ¡Cómo durante aquellos seis meses pasados en París lo había uncido á su carro aquella mujer que era la querida de otro hombre! Un día que acababa de separarse Vaudrey de Mariana en los Campos Elíseos, le dijo el Duque bruscamente al verla entrar en su casa:

— Iba á escribiros.

— ¿Para qué, mi querido Duque?

— Para pedir os una cita.

— Siempre seréis bien recibido en nuestro pequeño retiro de la calle de Cuvier.

Él la hizo sentar, la cogió las dos manos, la miró cara á cara y le dijo:

— ¡Jurad que no habéis sido jamás la querida de Lissac!

Ella no se conmovió siquiera, como si desde mucho tiempo antes estuviera esperando esa pregunta.

Sostuvo atrevidamente la mirada de José, y contestó:

— ¿Acaso se le preguntan esas cosas á la mujer á quien se ama?

— ¡Suponed que se la dirijo á la Duquesa de Rosas! — dijo el español, cuyos labios temblaban.

Mariana se puso lívida.

— No comprendo..... — dijo.

El Duque guardó silencio un instante, y luego con voz solemne añadió:

— No tengo familia, Mariana. Me pertenezco por completo, y os amo. Si me jurarais que no habéis sido la querida de Guy.....

— Nadie tiene el derecho de decir que ha rozado

siquiera mis labios—contestó Mariana con firmeza.— Uno solo, mejor dicho: el que me cogió ignorante y me dejó abandonada, con el corazón destrozado, creyendo que jamás podía volver á amar, hasta que os conocí. Ese ha muerto ya.

—Ya lo sé—dijo Rosas— porque en otra ocasión me confiasteis ese secreto..... Pues bien; os ofrezco mi nombre, mi amor y mi vida entera; ¿los queréis?

—¡Bien sabes que te amo!—exclamó ella dándole un beso ardiente, apasionado, loco, como el que él creía estar sintiendo siempre sobre sus labios desde la noche de la recepción en casa de Sabina.

—¿De modo que nadie..... nadie?—repitió José.

—¡Nadie!

—¿Palabra de honor?

—¡Palabra de honor!

—¡Ah, cuánto te amo!—contestó él, enloquecido y como si su ardiente pasión hubiese roto de pronto su frialdad, de igual modo que el sol derrite el hielo. ¡Si supieras qué loco estoy por tí, y qué celoso!..... ¡Te quiero, te adoro, te deseo, y me condeno á permanecer delante de tí, frío como el hielo, frío delante de esos ojos que me queman!.... Te amo, y el recuerdo de Guy me impedía decirte

que todo lo que tengo es tuyo..... Soy un semisalvaje, ya lo sabes, capaz de todos los furoros, de todas las cóleras, de todas las locuras..... Sí, he querido huir de tí..... y no lo he conseguido, y me quedo aquí, y te amo. ¡Te amo, te adoro!..... Serás mi mujer, ¿oyes? ¡Mi mujer!..... ¡Ah, qué minuto de alegría! ¡Y hace años que te amo! ¿No lo habías visto, Mariana de mi alma?

—¡Lo había visto y te amaba! ¡y callaba también! Adivinaba que creías que yo me había entregado á otro..... No, no; soy para tí, para tí nada más! Todo mi amor, todo mi ser te lo he guardado, porque odio el pasado; más aún, porque no sé ni siquiera que existe..... ¡Es el desdén, el olvido, la nada! Pero tú, ¡oh! tú eres mi vida.

Y salió del hotel de José, rejuvenecida, orgullosa, ebria de placer. Paseaba sola por las avenidas de los Campos Elíseos, y caminaba rápidamente, hiriendo con sus taconcitos el húmedo asfalto, y pareciéndola que París entero le pertenecía.

Aquella noche debía ir al teatro. Habían convenido que Vaudrey la esperaría á la salida para llevarla en un coche de alquiler á la calle de Prony. Le escribió que no podía salir á causa de un fuerte dolor de cabeza. El tío Kayser se encargó de hacer

llegar la carta á su destino, enviándola con un mandadero.

— ¡A no ser que prefieras que vaya yo personalmente al Ministerio!

— ¡Estás loco! — le dijo Mariana.

— Es verdad; sería una inmoralidad.

Quería disponer de la velada y verse sola para acariciar sus ilusiones y soñar.

¿Soñar? ¡Bah! Se trataba, por el contrario, de una realidad deslumbradora: una fortuna, un título nobiliario, la salida para siempre del fango y de la miseria. ¡Qué desquite!

— ¡Es para volverse loca!

Acometíanle de repente espantos y terrores, como los que siente el jugador muy afortunado en los momentos supremos de una partida arriesgada. ¡Si cayera todo como un castillo de naipes! Deseaba que hubieran pasado ya unas cuatro semanas.

— ¡Tan de prisa como pasa el tiempo, y á veces quisiera una que volase más!

Ahora se aburría en la soledad de su hotel. Le era imposible leer ni reflexionar. Sentía fiebre. Arrepentíase de haber escrito á Vaudrey. Deseaba ir al teatro. Hacían una opereta nueva y con ella se distraería. ¿Por qué no ir? Tenía á la mano los billetes de la platea. Luego, con decirle á Vau-

drey que sintiéndose mejor se había decidido.....

— ¡Además, estoy harta de Vaudrey!..... ¡Sobre todo ahora!

Era necesario, sin embargo, no echar á perder el negocio. ¿Se le escaparía Rosas aún? Por otra parte, tenía negocios con el Ministro y una cuenta que saldar.

— ¿El pagaré de Gochard?..... ¡Bah, ya lo pagará! ¡Además, yo no figuro en eso para nada!

De repente pensó que era una tontería no ir á donde se le antojase. Que Sulpicio pensara lo que quisiera. Hizo que la vistiese su doncella.

— ¿La señorita va al teatro?

— Sí, Justina. ¡A Variedades!

Se divirtió muchísimo. Estaba radiante. La miraban mucho. Sentíase muy alegre al verse sola. La heroína de la opereta nueva era una Duquesa cuyas aventuras entretenían al público. Al verlas se ponía á soñar despierta, y su pensamiento volaba del teatro y se iba lejos, muy lejos, allá debajo de los naranjos!.....

En un entreacto llamaron á la puerta de la platea. Volvióse asombrada. Era Jouvenet, el Prefecto de policía, que iba galantemente á saludarla. El Prefecto, con sus ademanes acariciadores é insinuantes—en otro tiempo le llamaban en la

Audiencia el *abogado dulzón*—procuraba hacer siempre la corte á Mariana, donde quiera que la veía. Delante de él ella no podía disimular, porque aquel hombre conocía todos sus secretos. Además, un personaje como él es de los que siempre merecen consideración, porque alguna vez pueden ser útiles. Jamás Jouvenet le hablaba de Vaudrey. Discreción de diplomático. Pero como hombre convencido de que en este mundo no hay nada que sea duradero, procuraba ponerse en turno, porque al fin y al cabo un Prefecto de policía podía bien ser el sucesor de un Presidente del Consejo de Ministros. Mariana le dejaba hablar, recibía sus galanterías como hubiese recibido caramelos ó bombones, y lo mantenía á distancia sin herirle en su amor propio, cosa que hubiera sido impropia de una mujer tan discreta y prudente como ella.

Jouvenet, sólo por demostrar á Mariana que estaba enterado, le preguntó, pasándose las manos por las patillas, si veía con frecuencia al Duque de Rosas.—¡Qué hombre tan simpático era el Duque!—Y sonreía en tanto que la joven le miraba con fijeza como si quisiera adivinar su pensamiento.

El Prefecto, que no deseaba insistir demasiado, varió de conversación diciendo:

—¡Ah! ved allí un antiguo amigo vuestro que os está mirando con los gemelos.

—¡Un antiguo amigo!

Era Guy de Lissac que, de pie delante de su butaca, dirigía en efecto á la platea sus elegantes gemelos de teatro.

Mariana había visto rara vez á Lissac desde la noche de la reunión en casa de Sabina, pero adivinaba en él cierta sorda hostilidad. Guy no podía perdonarle el haber arrebatado á Adriana el cariño de su marido. Compadecía á la señora de Vaudrey, y tal vez á esa compasión se mezclaba algún otro sentimiento que hacia de la compasión algo así como cariño. Indignábase demasiado contra aquel marido ciego que no sabía apreciar en su justo valor el encanto de una criatura de alma tímida, pero apasionada. Y esa indignación que no tenía el derecho de mostrar á Vaudrey, se la había mostrado á Mariana en tono de burla. La señorita de Kayser sintióse profundamente herida. ¿Por qué se mezclaba en sus asuntos; por qué no había sabido comprenderla en otro tiempo, y ahora añadía á las ofensas pasadas las ironías presentes?

—Tal vez, después de todo, esté celoso—se decía.—¡Imbécil!

Guy no dejaba de mirarla con los gemelos.

—Parece que eso os desagrada — le dijo Jouvenet.

—No por cierto. ¿Qué me importa?

—¡Os ha amado tanto ese Lissac!

—¡Ah! señor Prefecto — contestó Mariana con viveza. — ¡Ya sé que vuestro oficio os hace un poco curioso; pero ¡cuán amable seríais si dejaseis dormir mi pasado!

Jouvenet se mordió los labios y á su vez miró á Lissac con los gemelos.

—¡Hola! ¡se empeña — dijo — en llevar la cruz de Cristo de Portugal! ¡Qué mal gusto! ¡Le creía de más talento!

—¿Está desacreditada esa cruz?

—Al contrario; pero como la cinta es del mismo color que la de la Legión de honor, está prohibido llevarla en el ojal, sin ir acompañada de una cruccecita de oro..... ¡Y no veo en el ojal de su levita más que la cinta roja!

—¡Perdonad, señor Prefecto; pero lleva una cruz pequeña!

—¡Oh! ¡mis gemelos son muy malos!..... Y además, no creo que el señor de Lissac esté autorizado en debida forma para llevar esa condecoración..... ¡Fácil es saberlo!..... De todos modos, haré

que mañana se inserte en el *Diario oficial* una circular relativa al uso ilegal de ciertas condecoraciones extranjeras.

—¿Una circular contra Lissac?

—No por cierto. Pero él me ha hecho recordar una disposición que pensaba dictar hace ya tiempo: hay que aplicar la ley.

El entreacto terminaba. Jouvenet se retiró, repitiendo á Mariana con toda suerte de indirectas, que eran verdaderas declaraciones de amor, que en caso necesario lo tendría siempre á su disposición, y que tal vez algún día se alegrara de poder contar con él.

—Muchas gracias, señor Prefecto, y aprovecharé vuestras bondades — contestó Mariana por pura cortesía.

Cierto presentimiento le decía que Guy, aunque sólo fuera por aprovechar la ocasión de embromarla un poco por la visita de Jouvenet, iría á saludarla durante el otro entreacto. Y así fué en efecto.

Se presentó, mirándola de un modo tan burlón como burlona era la expresión de su sonrisita.

—Os felicito — dijo casi bruscamente, sentándose al lado de Mariana; — os felicito, querida amiga.

—¿Y por qué?—preguntó ella con extrañeza.

—¡Toma! ¡por la gran noticia! Por vuestro casamiento.

Ella palideció ligeramente.

—¿Cómo sabéis?.....

—He visto al Duque. Ha estado en mi casa.

—¿En vuestra casa? ¿Para qué?

—¿No os lo figuráis? Vamos, ¿á que sí?

—¿Para preguntaros si había yo sido vuestra querida? Lissac, sois muy impertinente.

—¡Oh, mi querida Mariana! Id ensayando vuestro papel de Duquesa. ¡Un caballero, al cual habíais jurado que no habíais sido mi querida, no podía dudar de vuestra palabra de honor!..... José no me ha preguntado nada. Lo único que ha hecho ha sido participarme su resolución, para ver lo que yo le decía, ó adivinar, por una mirada, lo que yo pensaba.

—¿Y le habéis dicho?.....

—Lo que tenía que decirle: que le felicitaba. Mariana miró á Lissac.

—¿Felicitaciones?—dijo ella lentamente.

—Me parece que la mujer con quien se casa es bastante bonita.

—¡Ah, amiguito mío! ¡Basta de insolencias!..... ¿Qué tenéis conmigo desde hace algún tiempo?

—Nada; pero me habéis quitado algo..... ó á alguien.

—¿A Rosas?

—¡No; á Vaudrey!

—Os lo devolveré. Os interesáis extraordinariamente por Vaudrey. ¿Por Vaudrey, ó por su mujer?—dijo.

Y sonrió maliciosamente.

—Duquesa—contestó Lissac—acostumbraos á respetar á las mujeres honradas.

—¿Y para decirme todas esas cosas agradables habéis venido al palco?

—No, sino para pedir os una noticia.

—¿Cuál?

—¿Es verdad—dijo con un tono casi amistoso—es verdad que vais á casaros con Rosas?

—¿Y por qué no?—repuso ella levantando la frente.

—¡Es que—voy á ser franco;—es que os he tenido siempre por una mujer honrada! Recuerdo que un día vos misma os aplicasteis el calificativo. Loca, fantástica, á menudo; encantadora, siempre; mala, jamás. Quitarle á Rosas su amor, hasta su fortuna, sería una cosa muy natural. Pero quitarle su apellido, eso tiene algo de dudoso y de cierta habilidad, que carece de franqueza.

—Es decir que puedo arruinarle como querida y no puedo casarme como.....

—Como una joven honrada, no. Y me colocáis á mí (aprovecharé el entreacto para decíroslo) en una situación muy delicada. Si digo á Rosas la verdad, me conduzco con vos como un canalla. Si se la oculto á él, á un amigo, á un verdadero amigo, me porto casi, casi como un miserable.

—¿Os ha preguntado?

—No; pero hay dentro de mí un bichito que me hace cosquillas y que me dice que permitiendo que os caséis con el Duque me mezclo en un negocio malo..... ¿Sabéis lo que me ha pedido el Duque?..... ¡Que sea testigo de su boda!

Mariana se hubiera reído mucho, si hubiese estado de humor para reir.

—Eso es absurdo — dijo. — ¿No habréis aceptado?

—Sí por cierto; he aceptado. Porque esperaba que vos me relevaríais de una tarea tan ingrata y desagradable.

—¿Qué queréis?..... ¿qué es lo que queréis?

—Quiero..... no; quisiera, que no os casarais con el señor de Rosas.

Mariana se encogió de hombros.

Comprendía que las palabras de Guy encerraban una amenaza, pero quería fingir desde el primer momento que la despreciaba. ¿Con qué derecho, después de todo, intervenía aquel sujeto en los asuntos de su vida? ¿Porque un día le había hecho la limosna de su juventud y de su cuerpo? ¿Los deberes de la amistad! ¡Los deberes de la amistad! ¡Proteger á Vaudrey! ¡Defender á Rosas! ¡Palabras, palabras y palabras!

—¿Y si me quiero casar?..... ¿Me lo impediríais?

—Sí, si pudiese—contestó él con firmeza.—Sería tiempo de que á la masonería de las mujeres, opusiésemos la masonería de los hombres.

—Bastante cobardes sois cuando estáis solos. ¿Qué sucedería si os asociaseis?—preguntó Mariana con expresión de odio.

—En fin—continuó después de un momento—¿qué queréis? ¿Qué? ¡Concluid!..... Quizás enviarais mis cartas al Duque.

—Ese es un medio—contestó Lissac tranquilamente—ese es un medio muy propio de la mujer.

—¿Conserváis mis cartas?

—Guardadas como oro en paño.

Él no pensaba siquiera en amenazarla con ellas;

pero Mariana entrevió repentinamente un peligro grave.

—Pero si yo os las pidiese, me las devolveriais, ¿no es verdad?

—Probablemente—contestó Guy.

—¿Si os dijera que me las llevaseis á aquella casita ignorada de que os hablé cierto día?....

Y se inclinaba suavemente hacia Lissac, y sus codos tocaban dulcemente las rodillas de su antiguo amante.

—Me pondría ese día uno de aquellos adornos que tanto os gustaban y que aun no habréis olvidado.

Mariana observó que Guy se estremecía como si aun sintiese deseos de poseerla, y se tranquilizó.

—Vamos—dijo luego—que no sois tan malo como os empeñáis en fingir.

Hicieron la señal para levantar el telón, y la orquesta empezó á tocar el prelude del tercer acto.

—¡Hasta la vista, enemigo mío!—dijo Mariana alargándole la mano.

Él titubeó antes de cogerla; pero al fin, poniendo en ella la suya,

—Dejad á Rosas—dijo.

—Vamos, ambicioso, ¿no os dejo á Vaudrey? Y se echó á reir.

Lissac salió descontento del palco.

—A todo trance, recobraré mis cartas—pensó Mariana cuando Guy se hubo marchado.—Eso es lo más prudente.

Aquella noche durmió mal, y al día siguiente despertó de muy mal humor. Con las facciones fatigadas, los ojos tristes y rodeados de grandes ojeras, estaba más bonita todavía. Toda la mañana estuvo pensando lo que debía hacer, y se decidía por fin á escribir á Guy, cuando se presentó Vaudrey loco de alegría diciendo á Mariana que tenía todo el día libre.

—Esta mañana he sabido por Jouvenet que pudiste ir anoche al teatro. ¡Pícara, que me quitaste una velada! Pero hoy en cambio tengo todo el día para tí.

Y tomaba asiento como quien está en su casa. Mariana buscaba un pretexto para despedirle, cuando la doncella entró con una esquela.

—¿Qué es eso?

—Un mandadero ha traído esta carta, señora. Mariana leyó rápidamente el escrito.

Vaudrey observó que se ponía un poco colorada.

—¿Está ahí el mandadero, Justina?

—No, señora. Se ha marchado diciendo que no aguardaba respuesta.

Mariana hizo pedacitos la esquila que acababa de leer.

—¿Una contrariedad?—preguntó Vaudrey.

—Sí, precisamente.

—¿Y puedo saber?.....

—No, no te interesa. Asuntos de familia.

—¡Ah! ¿tu tío?—dijo Vaudrey sonriendo.

—Sí, mi tío. Eso es.

—Me ha pedido que se le autorice para exponer en el Trocadero los cuadros que está concluyendo: *La misión del artista, La hidroterapia civilizadora*, y qué sé yo cuántas composiciones simbólicas.

—Sí, ya lo sé—dijo Mariana.

Y se retorcía los dedos con impaciencia.

La carta era de Rosas, y el tío Kayser que la recibió, porque iba dirigida á su estudio, se la enviaba á su sobrina.

El Duque le decía que la esperaba á las cinco en la avenida de Montagne, porque necesitaba hablarle. Toda la noche la había pasado reflexionando. Y se asustó, porque recordaba las genialidades de Rosas, sus locuras y sus ansias por huir de París.

¡A las cinco! Sería exacta. Pero ¿cómo escapar de Vaudrey? No podía fingir que se hallaba indispuesta, porque ya lo había recibido. Además se instalaría á su lado y la aburriría con sus cariñosos cuidados. ¿Era posible ya inventar un pretexto para salir? Su amante tenía proyectado pasar largo rato con ella y la estaba mirando de hito en hito con apasionada expresión de deseos insaciables.

—¡Tonto!.... ¡Y es tenaz como él solo!—pensaba Mariana.—No se iría por nada del mundo.

Lo mejor era salir y perderse por el camino.

—¿Qué hora es, mi querido Ministro?

—¡La una!

—¡Entonces, aun tengo tiempo!—dijo.

Vaudrey pareció sorprendido.

Mariana le dijo que tenía que hacer una porción de encargos y compras.

—¡Qué fastidio!

—¡Sí, para mí!

—Perdona—le decía Sulpicio, excusándose por su exclamación.

Mandó á buscar un coche, y con un tiempo desagradable y húmedo se lanzó á la calle, convirtiendo el delicioso día de felicidades sin cuento con que había soñado Vaudrey, en un día de compras

y de interminables salidas y entradas en las tiendas. En el carruaje, y al lado de su amante, iba pensando cómo podriadejarlo, para tener tiempo y ocasión siquiera, de avisar á Rosas.

¡Y sobre todo, ver á Lissac! Sí, porque quería verlo á todo trance y en seguida. Cuanto más pensaba en él, más se temía que surgiera un peligro.

Sulpicio no la había dejado en libertad para escribir una esquila en su casa. Habría podido preguntarle, y la cosa hubiera sido una imprudencia.

—¡Y sin embargo, quiero decirle á Guy que me espere!..... ¿En dónde?..... ¿En la calle de Cuvier? No iría..... No, en su casa.

En el camino halló el medio de arreglarlo todo.

Evidentemente, Vandrey, que disponía de todo el día, no pensaba dejarla ni un momento. A cada instante se lo repetía. Hizo que el carruaje los condujese al Louvre.

—Tengo que hacer unas compras.

Sulpicio no podía entrar con ella, y se quedó esperándola en el carruaje, parado delante de la puerta que da al Palacio Real. Escondióse como pudo en un rincón del coche y corrió las persianas para que no lo vieses. Tenía mucho frío.

Mariana había atravesado rápidamente los al-

macenes del entresuelo, sin mirar apenas la estantería y los escaparates llenos de objetos del Japón, de guantes, de flores artificiales. Subió una escalera alfombrada de moqueta, con barandilla de hierro, que daba vuelta como la de una escalera de caracol, y penetró en un salón donde reinaba mucha tranquilidad y donde hombres y mujeres, sentados y en silencio, leían ó escribían delante de tres mesas grandes como las del gabinete de lectura de un Casino.

Delante de otra mesa redonda y muy grande, algunas señoras de edad y algunas muchachas, miraban los grabados de *La Ilustración*, las caricaturas del *Journal Amusant* y los croquis de la *Vie parisienne*. Otros leían los periódicos diarios, casi todos arrollados á unas tabletas sujetas con una barrita de hierro cerrada con candado. Un poco más allá, en una mesa forrada con un tapete encarnado, con carpetas de escribir y tinteros de cristal y bronce, algunas personas estaban escribiendo, sentadas en sillas de terciopelo granate con espaldar de roble. Algunas plantas de salón, de hojas verdes y muy grandes, colocadas en grandes macetones, animaban un poco aquella habitación triste y sombría, alumbrada gracias á una claraboya de cristales cuajados que había en el techo.

Mariana creyóse de pronto transportada á gran distancia de los almacenes por donde acababa de pasar. Encaminóse sin titubear á la mesa, donde se veía papel de cartas simétricamente colocado en una papelera, y se sentó, soltando el manguito antes de ponerse á escribir, levantándose un poco el velillo del sombrero y tocando con los dedos de la mano izquierda, sobre la cartera de cuero que tenía delante, un paso doble muy en boga por aquellos días. Luego se quitó los guantes y cogió un cuadernillo de papel y sobres de los que llevaban el membrete del establecimiento. Mariana sonreía mientras buscaba una pluma, y pensaba en el pobre Sulpicio, que se había quedado abajo en el coche y que tiritaba tal vez bajo la influencia del helado viento que penetraría por las mal encajadas ventanillas del carruaje. ¡Un Ministro!

— ¡Ese es el adulterio en París! — decía ella para sus adentros y satisfecha de hacerle padecer.

Mariana no tenía prisa. Entretúvose un rato en contemplar lo que veía á su alrededor. Un hombre condecorado se paseaba por el salón, teniendo cuidado del papel de escribir y reemplazándolo por otro cuando alguien lo gastaba. Si era menester vendía sellos á cualquiera de los que estaban allí y los necesitaban. Un buzón para cartas se veía

clavado en la pared, al lado de la magnífica chimenea de mármol, con un cartelillo en el que se señalaban las horas de recoger el correo.

Al lado de Mariana, tocando con ella y enfrente, había algunas mujeres escribiendo cartas, febrilmente; otras dos muchachas que estaban sentadas enfrente de Mariana, se daban una á otra las cartas que acababan de concluir, riendo, bromeando en voz baja, y decían mientras mordisqueaban con sus blanquísimos dientes las puntas del mango de las plumas con que había escrito:

— *¿Está un poco frío, eh? Va á decir de seguro: Carambita con la niña. Pues entonces, ¿para qué.....?*

Un poco más allá, en otra sala, Mariana veía un pedazo de un mostrador de fonda, donde un mozo, vestido de frac y con corbata blanca, servía á una porción de gente jarabes, refrescos y licores, por encima de una doble fila de botes y botellas de formas raras y caprichosas. Por encima del grupo numeroso y apiñado de parroquianos veíanse flotar las largas cintas encarnadas ó azules de la cofia de una nodriza, ó el globo color de rosa que llevaba un niño sujeto por una goma, balanceándose más arriba de los sombreros de las señoras. Cuadros con antiguas etiquetas-anuncios ador-

naban la pared. A los gritos de los chiquillos se mezclaba el ruido de las botellas ó de los platillos chocando entre sí ó contra la tabla de mármol del mostrador. Una doble luz extraña: la luz rojiza del gas y la blanquecina claridad del gas oxidrico, daban á aquel enjambre de personas cierto aspecto vagamente fantástico. Parecíale á Mariana que ya no estaba en París, que la habían transportado por arte de encantamiento á algún muelle de América, ó que iba de viaje por mar, á bordo de un vapor transatlántico.

Al lado suyo, detrás de una especie de parapeto de cristal formado por unas vidrieras altas, oía ruido de pasos, de voces, choques de cristal y vajilla, de cucharas y tenedores.

Al mirar al techo recordó que allí estaba el comedor del gran Hotel del Louvre, y el olor á cocina y á repostería que llegaba hasta ella á través de los cristales, hizo más completa aún la ilusión de un viaje por mar á bordo de un buen vapor.

El desfile de chiquillos y mamás le interesaba. Miraba las modas nuevas, los *peluches*, los terciopelos y los encajes, con la misma curiosidad que si estuviese asistiendo á un espectáculo completamente nuevo para ella. Las dos muchachas boni-

tas que estaban sentadas enfrente de ella, alegres como unas castañuelas, se entretenían en emborronar papel, la una escribiendo, la otra leyendo lo que su amiga escribía, por encima del hombro, y apoyándose graciosamente en su compañera. El sombrerito elegante de la que estaba en pie hizo que Mariana pensase en Guy. En sus ojos de gata vióse brillar una llamarada de malicia.

Cogió un papel de cartas, y buscó para aquel hombre amabilidades de expresión verdaderamente tentadoras, algo de perturbador y de poético que no le era dado encontrar.

—¡ Lo que yo quisiera escribirle sería que es un miserable y que le aborrezco! — pensaba Mariana.

Y no se decidía á empezar la escritura de unos renglones que tenían para ella capitalísimo interés; y olvidando por completo á Vaudrey, volvía á contemplar lo que la rodeaba.

El contraste de aquel silencioso gabinete de lectura, con el colosal murmullo producido por la muchedumbre multicolor que inundaba los demás departamentos de aquel bazar de Oriente, cuyo run-rún llegaba hasta ella como el bramido lejano y confuso de la mar, entretenía á Mariana, quien con la sonrisa en los labios hallaba placer en tener

abajo, esperándola como si fuera un criado, nada menos que á un Presidente del Consejo de Ministros.

—¡ Así me vengo de las cobardías que me hace cometer *el otro!*

Unas sombras oscuras aparecían de vez en cuando, como siluetas, en medio de todos aquellos colorines: dependientes á quienes se les veía de medio cuerpo arriba entre un montón de piezas de tela. Y otra vez el olor á repostería, mezclado á los perfumes del opoponax que llevaban encima sus vecinas, el lujo de las telas de raso, de los cortinajes bordados de oro, de los tapices de Persia y las grandes ventanas del almacén; y la claraboya de cristal cuajado, por donde penetraba la luz en el gabinete de lectura, le hacían creer en un Versalles *americanizado*.

Aquella confusión de ruidos, el de los platos y el de las conversaciones; aquella mezcla de bazar turco y de gran hotel norteamericano, de tienda del Cairo y de casa de bebidas yankee: aquel conjunto colosal y estruendoso, las corrientes de aire de las grandes galerías, los colores, la gente paseando por delante de aquellos anaqueles, donde había de todo cuanto Dios crió, y para todos los gustos; aquel bullicio, aquel amontonamiento de

personas y de objetos, le parecía cómico, raro, extraordinario, no parisiense ciertamente, pero muy moderno y muy hermoso.

—¡ Y tan cómodo! —añadía, oyendo reír á las dos muchachas que acababan de escribir sus cartas de amor.

Ella también se puso á escribir. Enviaría á Rosas una esquela excusándose, y diciéndole que al día siguiente, á la misma hora, iría ella á su casa.

Decíale que su tío la tenía ocupada obligándola á ir á ver sus cuadros y á entrar en el Louvre á fin de comprar unas cosas que le hacían falta para hacer un cuadro sobre un asunto de Oriente. ¡Si Rosas no recibía la carta á tiempo, no importaba!

A Lissac—y éste era el punto principal—le anunciaba que iría á verlo á su casa, al día siguiente, á las diez de la mañana.

—¡ El buzón de las citas! —se dijo echando las dos cartas en el buzón del establecimiento. ¡Esto es muy cómodo, el colmo de la comodidad!

Y sonrió pensando cuán difícil sería contar el número de manitas femeninas, unas tímidas, otras atrevidas, que habrían echado por la abertura rectilínea de aquel buzón alguna esquela, prefacio unas veces, epílogo otras, de un adulterio.

Luego bajó á la calle y encontró á Vaudrey impaciente y aburrido, acurrucado en un rincón del carruaje.

—Perdona por el mucho tiempo que he tardado en venir—le dijo Mariana.

—¿Pero has comprado algo que te guste?—preguntó Vaudrey.

—Nada absolutamente. Es un fastidio el dichoso almacén éste. Nunca se encuentra lo que una busca.

Vaudrey se asustó, temeroso de que se le ocurriese visitar otras tiendas.

Mariana se compadeció de él.

—¿Quieres que nos volvamos á casa?—le preguntó.

Y dió al cochero las señas del hotelito de la calle de Prony, en tanto que Sulpicio, sin advertir la expresión de hastío que se retrataba en el semblante de su querida, le cogía la mano y le decía:

—¡Qué buena eres!

Al otro día, Mariana llamaba á la puerta de Lissac un poco antes de la hora convenida.

—¡Exacta como un *inglés*!—pensaba la joven.

Llegó á casa de Guy muy pálida, resuelta á todo, guapísima con su vestido claro, y penetró en las

habitaciones de su antiguo amante, con la cabeza erguida como quien entra al asalto en una fortaleza. De allí no saldría sin reconquistar sus cartas.

Solamente aquellos pedacillos de papel la tenían como encerrada y empaquetada en su pasado; quería librarse de ellos desgarrándolos con los dientes. ¿Y si Guy se negaba á devolvérselos? Imposible, aunque realmente fuese muy amigo de Rosas. Porque entre la gratitud hacia una mujer y los deberes de la amistad para con un hombre, no se puede vacilar cuando se trata de un parisiense corrompido como Lissac.

—¡Su afecto á José no llegará hasta el desprecio de todo lo que yo le dé!—pensaba Mariana.

Luego, encogiéndose de hombros:

—La verdad es que estos hombres tienen entre sí una masonería, como decía él la otra noche.... ¡Y luego hablaba de la fraternidad que reina entre nosotras, entre las mujeres!.... ¡Pues no es nada, comparada con la de ellos!

Guy no pareció descontento cuando el criado le anunció á la señorita de Kayser. La estaba esperando. Porque mientras él tuviese en sus manos una prueba fehaciente de las pasadas locuras de Mariana, era imposible que ella no fuera á pedirselas cualquier día, amenazándole ó suplicándole.

La carta que recibiera la noche antes le dijo que esto sucedería aquella mañana.

Cuando ella entró, Lissac estaba acabando de vestirse. Sus guantes de piel de Suecia se hallaban encima de un veladorcito al lado de su sombrero, de su bastón y de una bandejita de bronce y cristal donde se veían botones y rosetas de condecoraciones extranjeras, y sobre todo, unas rojas con una crucecita de oro en el centro.

—¡Apuesto á que os ibais!..... ¿No habéis recibido mi carta?

—Mi querida Mariana—contestó Guy arreglándose tranquilamente la corbata—precisamente es esa la misma pregunta que tuvisteis á bien dirigirme el día que os presentasteis en mi casa después de muchos años de ausencia. Tenéis una manera de anunciaros que es demasiado modesta; por mi parte os aseguro que os espero siempre, y siempre con impaciencia. Pero mucho más hoy, á causa de vuestra deliciosa esquelita de ayer.

Conocía á Guy lo suficiente para no dejar de saber que bajo aquella exquisita galantería se ocultaba una amenaza de guerra. No contestó, sonrió, y de pie delante de la chimenea se calentó un momento acercándose á la llama que jugueteaba caprichosamente entre los troncos de encina.

—Sois muy bueno y muy fino—dijo por fin. Por eso os quiero tanto..... ¿Os reis?..... Pues sí señor, os quiero mucho..... Sí, á pesar de..... ¡De todos modos me parece que no tenéis motivos para quejaros de mí!

Y se volvía graciosamente, apoyando la mano izquierda en el elegante lambrequin de la chimenea y dirigiendo á Guy una mirada dulce, llena de recuerdos amorosos.

—Jamás me he quejado—dijo el joven—y por el contrario, muchas veces os he dado las gracias.

Mariana se echó á reir al ver el aire discreto y ceremonioso que adoptaba Lissac.

—¡Qué tonto eres!..... Nos hemos querido muchísimo, y en nombre del amor que nos tuvimos vengo á pedirte un favor.

—Pues hablad, mi querida Mariana—respondió Lissac como si no hubiese advertido que lo tuteaba.

A la fría y ceremoniosa actitud de Guy contestó Mariana con una expresión de cariño y de ternura extraordinaria. Le miraba apasionadamente, como si titubease, intimidada, buscando la mirada de Guy y suplicándole con los ojos.

—¡Es muy largo lo que tengo que deciros! Temo.....

—¿El qué?

—No sé. ¿Tenéis prisa? Acaso os molestaré.

—No por cierto. Voy á almorzar al Círculo, daré una vuelta por el Bosque de Bolonia, y de allí me iré á los *Mirlitons* (1) á ver la inauguración. Ya véis que no tiene mérito ninguno dedicaros un día en que nada tengo que hacer.

—¿Qué se dice este año de la Exposición de los *Mirlitons*?—preguntó Mariana con afectada indiferencia.

—Se asegura que será muy buena. Se trata de una colección de cosas que se va á vender á beneficio de la familia de un artista. ¿Queréis venir conmigo? Empieza á las cuatro.

—¡No, muchas gracias! Y os repito que no quisiera molestaros, mi querido Guy. Bien sabéis todo lo indiscreta que soy dándoos citas.

Mientras hablaba, jugueteaba casi maquinalmente con los botoncillos de las condecoraciones que había en el sortijero, cogiéndolos y dejándolos caer otra vez por entre los dedos.

—¿Es esto vuestro?—dijo.—Acercaos, os condecoraré yo misma.

(1) Nombre de una sociedad de escritores y artistas, establecida en París, y famosa por sus exposiciones y fiestas anuales.—Nota del traductor.

Y se aproximó sonriente á Guy. Y con el cuerpo pegado al suyo lo retuvo un momento, cogido por la solapa de la levita y lanzándole miradas cargadas de efluvios que le hicieron palidecer densamente.

—¡Qué ocurrencia Mariana! ¡No siempre me pongo esas cintas!

—Una niñada. Me acuerdo que fui la primera que os puso en el ojal una condecoración extranjera que os había conseguido Rosas y que os trajo él mismo al volver de uno de sus viajes.....

Mariana pronunció aquel nombre con osadía, como si proyectase dar en seguida la batalla.

—¡Os sentaba muy bien!—siguió diciendo. Estas cintas son para vosotros lo que para nosotras las joyas..... no sirven de nada, pero adornan.

Había colocado en el ojal una roseta roja, y al bajar la cabeza, Guy vió aquella frente, aquellos cabellos rubios al alcance de sus labios!

De Mariana salía un perfume, el perfume á heno que tanto le gustaba, y los dedos de aquella mujer puestos sobre su pecho, de aquella mujer á quien dos noches antes había estado haciendo rabiar en el teatro, le causaban una sensación irritante. Separóse suavemente, en tanto que Mariana le repetía que la condecoración le sentaba muy

bien, y entonces ella dejó caer sus manos en las manos de aquel hombre, que se las sintió estrechadas por ella dulcemente.

Luego, inclinándose hacia él y bajando la voz,

—¿Sabes por qué he venido?—le dijo.—Ya sabes que tengo mucho de loca. Pues bien, la otra noche en el teatro, picarón, todo mi amor hacia tí renacía en mí cuando me abofeteabas con tus palabras irónicas, en el palco..... ¡Ah! ¡qué tontas somos las mujeres!..... ¿Te acuerdas los felicísimos días que hemos pasado juntos? ¿Dí, Guy? ¡Esos recuerdos no se van nunca! ¿No te se ha ocurrido jamás el deseo de reproducir aquellas escenas de amor? ¡Eran tan deliciosas!

Lissac sonrió nerviosamente y se estremeció sin poderlo remediar, procurando echarlo á broma, pero sintiendo que perdía la fortaleza de repente ante aquella mujer, á la cual preferiría ver enfadada y furiosa con él.

Ahora hallaba en ella perfumes casi olvidados, sensaciones de goces inexplicables que se habían ido con los años juveniles. Aquel apretón de manos traía á su memoria el recuerdo de noches deliciosas. Lissac entornaba los ojos, un calor inexplicable se le subía á la cabeza, y sin embargo, aun le quedaba bastante sangre fría para decirse

que aquella mujer llevaba algún fin, al acercarse á él, hablándole enamorada, sin sentir amor, despertando recuerdos de goces frenéticos, sin que sus sentidos los hubiesen menester, ofreciéndose á él, apasionada, sin experimentar seguramente pasión de ningún género.

—Tú fuiste quien me dejaste, harto, habiendo tomado todo lo que yo podía darte—decía ella.— Y ¿sabes una cosa, Guy? ¡Pues, dentro de cada mujer hay otra mujer, y por eso existe gran diferencia entre la Mariana de hoy y la Mariana que fué tu querida! Te aseguro que si fueses mi amante otra vez, no me abandonarías como entonces.

Tentaba por la curiosidad á aquel hombre acostumbrado á las conquistas amorosas fáciles y de ocasión. Lissac preveía un peligro, pero encontraba allí, al alcance de sus labios, besos apasionados, un ardimiento que suplicaba, una voluptuosidad que se le ofrecía ardiente de promesas. Cogió con cierta especie de rabia á aquella mujer que le recordaba todas sus alegrías, todos sus goces pasados, y que bruscamente, como presa del febril delirio del deseo, se desabrochaba el vestido, se arrancaba el corsé, poniendo al descubierto, con la insolencia de la belleza que sabe que es irresistible, las blancuras de sus brazos, el brillo

de sus ebúrneos senos, el esplendor luminoso de su carne, envuelta en las deshechas trenzas de sus cabellos, apareciéndosele lo mismo que en otro tiempo, con la cabeza echada en aquella almohada de seda azul y mezclando con sus besos, duros como mordiscos, sus exclamaciones de amor. La mujer guapa, imperiosa y altanera convertíase bruscamente, casi sin que hubiesen hablado, en la mujer sumisa, arrastrada, como por un lascivo frenesí; y Guy, con la cabeza perdida, sin poder razonar, silencioso, ignoraba si era Mariana la que le pertenecía ó si era él el que pertenecía á su antigua querida, convertida en su querida actual.

La estrechaba contra su pecho y la contemplaba, y le parecía que acababa de sufrir el enloquecedor contacto de una cortesana en su lujoso burdel.

Aquel fué un despertar inmediato y furioso. Ella se había entregado bruscamente. Él se reaccionaba lo mismo. Contacto rápido de dos carnes y repugnancia inmediata de dos seres.

Jamás Guy, al despertar una mañana después de una noche de crápula en los brazos de una mujerzuela, jamás había sentido más repugnancia.

¡Qué cobardía la suya! ¿Era la querida de Vaudrey, ó la prometida esposa de Rosas, la mujer que se le había entregado?

Sentía un profundo disgusto de sí mismo, y sin embargo, era como siempre adorable y estaba hermosa y joven como si no hubiese pasado día por ella.

Pero, con una claridad atroz, adivinaba Lissac que le sería necesario cometer alguna infame cobardía para pagar aquella debilidad pasajera, y avergonzado de sí propio se arrancó de los brazos de Mariana, en tanto que ella, sentada en la cama y echándose atrás sus destrenzados cabellos que se le venían á los ojos, lo miraba con expresión extraña y le preguntaba:

—¿Qué es eso?..... ¿qué te sucede?.....

Levantóse lentamente, poniendo los pies en la alfombra en tanto que él se acercaba al balcón y se ponía á mirar al patio distraidamente. Entre aquellos dos seres, un momento antes abrazados y confundidos en un espasmo de placer, surgía de repente una frialdad espantosa, como si uno y otro adivinasen que iba á sonar el momento brutal del saldo de cuentas. ¡Los besos y el placer se pagan!

Mariana, medio desnuda y de pie delante de un armario de luna, se arreglaba el cabello. Sus hombros blanquísimos, su seno aun palpitante y como oprimido, aparecían por el escote del finísimo canesú bordado de su camisa. Instintivamente se

miraba la muñeca, y echando de menos una de sus pulseras, se dirigió á la cama á ver si se le había caído.

—¡Guy!—dijo de pronto con cierta brusquedad que procuraba hacer acariciadora;—jurad que no me negaréis lo que voy á pedir.

—Os lo juro.

Y ya ni el uno ni el otro se hablaban de tú, con la mayor naturalidad, como si tuviesen el presentimiento de que después de la conjunción de los dos seres, sus individualidades reales, independientes de las sorpresas y del brutal deseo de los sentidos, chocarían otra vez, dejando ver el odio y el desprecio que se profesaban.

—Quisiera que nuestro cariño, que es muy grande, ¿no es verdad, Guy? datase solamente del minuto de placer que acabamos de pasar.

—¡Yo no lamento el pasado!—dijo él.

—Ni yo. Y sin embargo quisiera borrarlo por completo.

Entre sus blanquísimos dedos había cogido algunos pelillos caídos de su abundante cabellera, y los retorcía para tirarlos á la lumbre de la chimenea.

—¡Y quemarlo como quemo estos pelos!

—¿Quemarlo?—repitió Lissac.

Se había separado de la ventana, y acercándose á Mariana sonreía también.

—¿Por qué quemarlo?..... ¿Porque hay en él un peligro ó un fastidio?

—Las dos cosas—respondió ella.

Permaneció un momento silenciosa, subiéndose con la punta de los dedos el bordado de la camisa, y luego, mirando á Guy con ternura como una acreedora de amor.

—¿Guardáis mis cartas, amigo mío?—preguntó.

—¿Qué cartas vuestras?

—Las de aquellos tiempos.

—¡Ah! sí—dijo él.—¡El pasado!

Entonces lo comprendió todo.

—¿Veníais á pedírmelas?

—Y confesaréis que he sido muy amable no pidiéndoslas..... por adelantado.

—¡Habéis sido..... generosa!—contestó Lissac con amable sonrisa.

Abrió un cajón de su escritorio, en el cual dormían el triste sueño de las cosas olvidadas, unos paquetitos de cartas atados con cintas de seda.

—¡Aquí tenéis vuestras cartas, mi querida Mariana! Pero os aseguro que no debíais temer nada, porque jamás hubieran salido de aquí.

En los ojos de la joven brilló un relámpago de

alegría. Se acercó lentamente como si temiera que Guy no se las fuese á dar, y alargando el desnudo y torneado brazo cogió los paquetes con viveza.

—¡Mis cartas!

—Toda una novela —dijo Lissac.

—¡Pero sin epílogo! —contestó ella dirigiéndole otra mirada amorosa.

Colocó las cartas sobre el lambrequín de terciopelo de la chimenea, y acabó de vestirse apresuradamente. Luego, cogiendo entre sus dedos aquellas esquelas encerradas en pequeños sobres con sus iniciales, y de las cuales se escapaba aún cierto vago perfume de mujer, las contempló un momento y dijo á Lissac.

—¿Las habéis leído algunas veces después?

—Me las sé de memoria.

—¡Pobres cartas mías!..... ¿Sabéis que era muy sincera cuando las escribía? ¡Deben ser muy candidas y muy apasionadas! Las vuestras, que quemé hace tiempo, eran demasiado espirituales é ingeniosas. Recuerdo que un día me escribais desde Holanda: «Me paso la vida entre las obras maestras de arte, pero mi pensamiento está muy lejos de ellas»; y otra porción de galanterías muy bonitas, pero demasiado rebuscadas. Todo esto os lo

digo para que sepáis que la literatura no perderá gran cosa con la desaparición de mis patitas de mosca.

Tiró bruscamente las cartas á la lumbre de la chimenea, y contempló aquellos papeles, que se retorcieron un poco, manchados al principio de lunares rubios y tostados, envueltos en un ligero humo, y que luego ardieron, formando llama, la cual al reflejarse en el lindo rostro de Mariana le daba un encanto singular.

Poco á poco no fué quedando sobre los troncos de leña que ardían en la chimenea más que un polvillo negruzco, que revoloteó un instante como un velo mortuario agitado por el viento, y que se escapó en seguida por el cañón de la chimenea; polvo de amores muertos, ceniza de juramentos, negra como un crespón de luto.

Mariana contemplaba cómo ardían sus cartas, con la frente inclinada, con una sonrisa extraña en los labios, y algo así como una expresión de triunfo en la mirada.

Cuando todo hubo concluido, levantó la cabeza, se volvió hacia Guy y con voz vibrante, altanera é insolente le dijo:

—*Requiescat!* ¡Así concluye todo! Hace tiempo que los enamorados, cuando dejan de estarlo, in-

ventaron la cremación. ¡En este mundo no hay nada nuevo!

Ya no era la misma mujer. La especie de humildad acariciadora con que hablaba un momento antes, trocóse en un tono de irónico desafío y en una mirada insultante para Lissac, como la de quien ha conseguido una victoria contra alguien á quien trataba de engañar. Él se mordió los labios ligeramente, se frotó las manos una contra otra y empezó á examinarla de soslayo y sin afectación.

La expresión irónica de la mirada de Mariana le anunciaba por anticipado todo lo que le iba á decir ahora.

No era la primera vez que veía aquel cambio de fisonomía en una mujer, antes y después de la devolución de una carta. A Guy hacía ya mucho tiempo que no le asombraba nada, tratándose de las mujeres.

— Ahora, querido — dijo Mariana — espero que me hagáis el favor de dejarme perseguir en paz mi objetivo, y que no volveré á tener el disgusto de encontraros en mi camino.

— Confieso — contestó Lissac — que sería el más ingrato de todos los hombres si no olvidase muchas cosas en recuerdo de lo que os debo, así en el presente como en el pasado. Vuestras cartas, que-

madas y todo, perfuman todavía esta habitación.

Mariana dió un golpe con la punta del pie á los troncos de leña á medio arder, y los restos de papel revolotearon alrededor de su botina como pequeñas mariposillas negras.

— ¡Hubiese querido destruir el pasado como he destruído esas cartas! ¡ Me pesaba! ¡ Me ahogaba! Porque supongo que no habréis creído que os perdoné jamás el haberme abandonado y las consecuencias que eso tuvo para mí.... Estuve en peligro de revolearme en el fango, y la culpa era vuestra, porque os había amado y vos me abandonasteis, como se abandona á una mujer de vida airada.... Esas cosas, querido, no las olvida jamás una mujer, y os lo hubiese echado en cara muchas veces como lo hago ahora, si me hubiera sentido libre, libre como me siento ahora que ya se han quemado esas cartas: mis pobres cartas de querida estúpida que se fía de su amante harto ya y cansado, sin pensar más que en huir, cuando ella aun sentía deseos vehementísimos, verdadera embriaguez de entregársele. Y porque yo os había amado, ¡ sí, eso es! porque yo había sido vuestra querida, os habéis creído con derecho á impedir que me casase con quien yo quiero y que saliese de la abyección en que he vivido, tal vez por vues-

tro egoísmo. Pues, amigo mío, eso no puede ser, y no será. No os decía nada, porque existían esos pedacillos de papel que hubieseis tenido la cobardía de entregar á Rosas, y en los cuales cada renglón demostraba hasta la evidencia que había sido bastante tonta para amarnos con locura, con frenesí.

—¡Jamás los hubiera visto el señor de Rosas! contestó Lissac con frialdad.

Ella parecía no oírlo.

—Pero ahora, ¿qué? Gracias á Dios—continuó Mariana—ya no existe nada; me habéis entregado esas cartas de que no debíais haberos deshecho nunca. Y os las he pagado con nuevas caricias, con una última prostitución! Conque está todo dicho, ¿no es verdad? Y espero que estos dos seres que han cambiado hoy besos sin amor, besos de cortesana asalariada, no se volverán á ver, ó si se ven, harán como que no se conocen. Ya no hay nada común entre ellos, nada, absolutamente nada. ¿Lo oís? ¿lo entendéis bien?

Guy no contestaba.

Se retorció el bigote y seguía mirando á Mariana sin responder y sin alterarse.

Esta flema, sin duda alguna ficticia, irritaba á la joven.

—Id á ver al señor de Rosas ahora—dijo.—Decidle que he sido vuestra querida, y no os creerá.

—Estoy persuadido de ello—respondió Lissac con entera frialdad.

Ella comprendió que aquella calma envolvía una amenaza. Pero ¿qué tenía que temer ahora?

Su mirada irónica buscó la de Guy para desafiarlo frente á frente y gozar de su derrota.

—¡Conque adiós!—dijo de pronto.—Espero que ni siquiera nos volveremos á ver jamás.

—¿Cómo ha de ser eso—contestó Lissac riendo—estando en París los dos?

Y cogiendo una silla se sentó, entretanto que Mariana de pie se ponía los guantes.

—Mi querida Mariana, os doy mi palabra de que, para ser una mujer tan enérgica y tan fuerte, sois demasiado confiada.

—¿Yo?

—¡Y crédula! Por lo visto me habéis supuesto de una sencillez digna de la edad de oro. ¿Es posible?..... ¿Un parisiense agangrenado como yo había de dejarse burlar como un colegial por una mujer, siquiera sea tan seductora como vos? Pero, querida amiga, la primera regla en asuntos de esta clase es no abandonar todas las armas hasta

que está uno seguro de que la paz está firmada y que no hay que temer nuevos ataques. Vos habéis enseñado demasiado pronto vuestras afiladas uñas. ¡Demasiado pronto, hija mía! Hay aquí en un cajoncito una ó dos cartas todavía; exquisitas, perfumadas, elocuentes, y esas cartas sólo os las hubiera entregado si hubiéseis seguido siendo amable. Era mi reserva. Esto es elemental: no se moja toda la pólvora de una vez, y tampoco se queman de una vez todos esos preciosos autógrafos. ¡Demasiado preciosos! ¿Os dignaréis saludarme cuando me encontréis por ahí, señorita Mariana? Decídmelo ahora.

Ella había quedado inmóvil, como helada, pálida hasta la lividez.

—¿De modo que os habéis reservado?.....

—Sí, una posdata.

—¿Mentís ahora, ó habéis mentido al entregarme las cartas?

—Ni antes ni ahora, puesto que no os dije que las cartas estuvieran completas. Lo siento, pero me habéis obligado á conservar mis baterías, descubriendo las vuestras con demasiada precipitación.

Mariana, encolerizada, se quitó los guantes.

—Si no me dais en seguida todo lo que tengáis

mío, sois un cobarde, señor de Lissac, ¿lo oís? un cobarde.

—¡Oh! vuestras injurias no tienen más importancia para mí, que vuestras caricias; pero á la verdad, son menos agradables.

Mariana comprendía que se había quitado la máscara demasiado pronto, y que Lissac no se dejaría seducir nuevamente por sus caricias ni desarmar con sus amenazas. Era una batalla perdida.

¿Perdida, ó comprometida nada más?

Miraba en torno suyo con impotente rabia, como una fiera encerrada en una jaula. ¡Sus cartas, las últimas cartas suyas que quedaban debían estar allí en alguno de aquellos muebles, cuyos cajones hubiese de buena gana descerrajado con sus uñas!

Había tirado los guantes al suelo y maquinalmente desgarraba con los dientes su finísimo pañuelo de batista, que ya estaba hecho trizas.

—Tened cuidado con lo que hacéis, Guy—dijo por fin, lanzando á Lissac una mirada de odio.—Esas cartas os las he comprado, porque os repito que os odio y me he entregado á vos; me debéis esas cartas como deberíais unos cuantos duros á cualquier mujer de por ahí, que hubieseis tenido un rato en vuestra cama. ¡Si no me las dais, os las quitaré!

—¿De veras?

—Os lo prometo.

—¿Y si las hubiese quemado?

—Mentís; las tenéis aquí; las habéis guardado. Os habéis conducido conmigo como un ladrón.

—Vamos, Mariana—dijo Lissac con frialdad—veo que he hecho muy bien conservando algún arma contra vos. ¡Decididamente sois peligrosa!

—¡Más de lo que creéis!—dijo ella.

Él se apartó para dejarla pasar, al ver que se dirigía hacia la puerta.

—¿No queréis devolverme mis cartas?—dijo ella en el dintel de la puerta con la voz seca y amenazadora.

Guy se agachó; recogió los guantes que la joven había tirado al suelo, y entregándoselos, dijo:

—Creo que esto es vuestro.

El tono era de una cortesía insolentemente exquisita.

Mariana cogió los guantes, y como una última injuria, como una bofetada en la mejilla, los tiró á la cara de Guy, que se apartó, haciendo así que los guantes fuesen á parar á la cama, donde poco antes se habían confundido en un beso de amor, aquellos dos odios á muerte.

—¡Miserable, cobarde!—dijo Mariana, envol-

viendo en una mirada de desprecio toda la persona de Lissac, que permanecía de pie, pálido, pero bur-lón, con el monóculo pendiente de un cordoncito de seda que caía sobre la cinta de la condecoración que llevaba en el ojal de la levita.

Y aquella roseta roja, que parecía una pincelada de bermellón sobre un fondo negro, penetró como un punto luminoso en los ojos de Mariana, quien lívida, con los labios temblorosos, pasó con la cabeza alta por delante del criado que se precipitaba á abrir la puerta, y bajó la escalera diciéndose para sus adentros con cólera reconcentrada:

—¡Vengarme! ¡vengarme! ¡Ah! ¡vengarme!

Tomó un coche.

—¿A dónde?—preguntó el cochero mirando con expresión picaresca á aquella mujer pálida y como asustada.

Ella no contestaba, como si buscase una idea.

—¿A dónde?—repitió el cochero.

El semblante de Mariana se estremeció y vióse repentinamente animado por una expresión de alegría inmensa. Bruscamente gritó al cochero:

—¡A la Prefectura de policía!

VI.

Había una muchedumbre inmensa en la Exposición de los *Mirlitons*.

Una larga fila de carruajes particulares esperaba á lo largo de la acera de la plaza Vendome. En el vestibulo se codeaban numerosos grupos de elegantes, que entraban ó salían, cambiando saludos corteses, las mujeres mirando los sombreros de sus amigas, capotitas de terciopelo ó grandes fieltros á la mosquetera, donde las caritas parisienses parecían metidas, allá debajo de la capota de un carruaje. Unos porteros de la Asociación, vestidos de gran librea, echaban una ojeada de pura fórmula á las papeletas de entrada que enseñaban los concurrentes. Otro, sentado al lado de una mesa, distribuía maquinalmente catálogos de la Exposición. Veíase por la entreabierta puerta del salón del teatrillo del Círculo, tapices bordados de oro colgados en las paredes, mármoles y broncees artísticamente colocados sobre sus pedestales, y contemplando los cuadros y las esculturas un gentío inmenso, multitud de sombreros de copa alta, inclinados hacia los objetos expuestos, al lado de

preciosos rostros femeninos cubiertos de sombreritos adornados con plumas y flores. Imposible era ver desde muy cerca los objetos allí colocados para la venta, que eran aquel día el asunto de las conversaciones en *todo París*.

—¡Un verdadero *Salón* (1) en miniatura!—decía en voz alta Guy de Lissac á un crítico que se hallaba tomando notas.—Pero sería necesario estar solo para poder verlo todo. Hace una hora que estoy procurando ver el cuadro de Meissonier, sin poder conseguirlo. Se ahoga uno. Vendré otro día.

Y estrechó la enguantada mano provista de un lápiz que le alargaba su amigo, y á través de la muchedumbre que iba en aumento procuró abrirse paso hacia la puerta. Empujado ó empujando á los demás, sonreía, excusándose de no poder alargar los brazos para dar la mano á los numerosos amigos que encontraba entre los concurrentes.

Al fin llegó, dando un suspiro de satisfacción, hasta la antesala, donde, sentadas en los divanes, algunas personas, menos impacientes que las demás, descansaban y conversaban. Guy miró instintivamente en un espejo el lazo de su corbata, y no

(1) Exposición de pinturas que se verifica en París anualmente.—(Nota del traductor.)

observó que al verlo, un caballero que llevaba la levita abrochada de arriba abajo se levantó lentamente del asiento que ocupaba, y se acercó á él, estirándose maquinalmente los faldones de su levita para arreglarse los pliegues.

Con la mayor sencillez tocó con la punta de los dedos el hombro del señor de Lissac.

Guy volvió la cabeza, creyendo que se las había con algún amigo.

—¿Sois el señor de Lissac?—le dijo entonces el hombre de la levita con la cortesía propia de un cumplido caballero.

—Sí, señor—contestó Guy con cierta extrañeza.

—Tened la bondad de seguirme, caballero; soy comisario de la policía judicial.

Lissac creyó haber oído mal.

—Os confieso que no comprendo bien—comenzó á decir sonriendo burlescamente.

—Soy comisario de policía—le dijo el otro—y tengo orden de deteneros.

Y rápidamente dejó ver el puño de su bastón, mientras que con ademán cortés señalaba á la puerta de entrada.

—Tengo ahí dos agentes, caballero; pero supongo que no me pondréis en el caso.....

—¿Qué quiere decir esto, señor mío?—exclamó

Lissac.—Os confieso francamente que no entiendo una palabra de lo que decís, y espero que me lo expliquéis.

Todo esto era dicho por ambas partes, en el tono de una conversación familiar. Nadie hubiera podido adivinar lo que se decían aquellos dos hombres. Pero Guy estaba muy pálido, y su mirada algo altanera parecía buscar en torno suyo á alguna persona conocida.

Hizo una ligera exclamación de gozo al ver cerca de ellos al periodista con quien poco antes había estado hablando del cuadro de Meissonier.

—Mi querido Brevaus—dijo en voz alta—una noticia estupenda para vuestro periódico. El señor me echa el guante y me lleva preso.

Y señalaba con aire de sorna al comisario de policía, que permanecía impassible.

—¿Cómo es eso, amigo mío?

—Pues nada; que me llevan preso; así como suena—contestó Lissac.

—Caballero—interrumpió el comisario en voz baja—os suplico que no deis un escándalo. Por mí..... y por vos mismo.

Y con la punta de la uña tocó á la roseta que Guy llevaba en el ojal, como para indicar que aquella era la causa de la detención; Guy de

repente se puso colorado y golpeó el suelo con el pie.

—¡Qué imbécil! ¡Estoy á vuestras órdenes, señor mío!—dijo al comisario, haciéndole seña para que pasase delante.

Volvió á saludar al periodista, que estaba estupefacto, y el comisario, inclinándose delante de Guy ó por cortesía ó por prudencia, echó á andar, retorciéndose el bigote con furia.

Nadie, á excepción de Brevaus, pudo advertir que acababan de prender á un hombre en plena Exposición de los *Mirlitons*.

Lissac encontró un coche de alquiler que arriñó cuando el cochero vió al comisario. Dos agentes de policía secreta, vestidos de paisano, se paseaban por la acera como si estuvieran de centinela. El comisario dijo á uno de ellos:

—Ya no os necesito. Basta con Crabot.

Crabot, un hombrecillo colorado y chiquitín, montó rápidamente en el pescante al lado del cochero, y el comisario de policía se sentó junto á Lissac, que se había arrancado nerviosamente del ojal la roseta de la cruz de Cristo de Portugal.

—¡Cómo! ¿Y en verdad es por esto por lo que se me prende? ¿Porque uso esta cinta sin haber pagado cinco ó seis luses de derechos á la Cancille-

ría?..... Mil veces he pensado hacerlo, y palabra de honor, que siempre me ha faltado el tiempo. Pero una cuestión de ochavos no debe ser nunca motivo para que se insulte públicamente.....

—No sé si es por eso—interrumpió el comisario;—pero es evidente que una circular recién publicada en el *Diario oficial* trata del uso ilegal de condecoraciones extranjeras.—Se conoce que no leáis el *Diario oficial*, señor de Lissac.

Guy se encogió de hombros, como si todo aquello le pareciese perfectamente ridículo. Antojósele que detrás de aquel pretexto había una causa secreta, algo así como producto de una imaginación femenina. Entonces recordó vagamente haber visto á Mariana Kayser sonreír en casa de la de Marsy al prefecto de policía, á Jouvenet, que indudablemente le hacía la corte.

La idea de que Mariana tenía algo que ver en todo aquello se le vino bruscamente á las mientes desde el primer momento. Le parecía estarla viendo de pie delante de él apoyando su manita nerviosa en su pecho, en el sitio mismo donde llevaba la cruz, sonriendo enigmáticamente, y haciéndole una caricia que parecía querer convertirse en arañazo.

—¿Sería verdaderamente Mariana bastante au-

daz y bastante influyente para haber combinado aquel golpe teatral? No; indudablemente había algún error. El celo excesivo ó la torpeza de algún polizonte se traducía en aquella brutalidad. Tal vez en la Prefectura se había presentado alguna cobarde delación contra él. ¡Cualquiera tiene enemigos! ¡Hay tantos odios anónimos en París! Un día se siente uno herido por la espalda. No es nada: es una bala anónima; es un enemigo desconocido, que se venga.

En la Prefectura le dirían indudablemente de dónde partía el golpe. Le interrogarían y le permitirían también que él á su vez hiciese algunas preguntas. Quedóse estupefacto al ver que cuando entró, inscribieron su nombre en el registro, como el de un criminal cualquiera. Quiso protestar. Se enfureció luego, reflexionó que no había más remedio que sufrir la mordedura de los dientes de hierro de esos engranajes de la policía, entre los cuales se veía cogido sin saber por qué. Registraron sus bolsillos y sintió que aquellas manos groseras tocaban á sus carnes; experimentó una violenta sensación de rabia, y á pesar de la cólera que se había propuesto conservar, no dejaba de pedir que le dejasen ver al Prefecto de policía, al jefe de la policía municipal, á un juez de instrucción,

á cualquiera que tuviese responsabilidad y que fuese una persona con quien pudiese tratar.

—Puesto que habéis cogido mis tarjetas pasadle una al señor Jouvenet. ¡Es amigo mío!

No le contestaron.

El comisario que lo había detenido no estaba allí ya. Guy se encontraba delante de una especie de máquinas humanas, que funcionaban en silencio y sin hacer más caso de sus protestas que del viento que silbaba por aquellos corredores.

—Vamos á ver, ¿soy yo un canalla?—decía.—¿Qué es lo que he hecho? Ponerme en el ojal un cintajo. Pues bien, eso en todo caso es un delito, pero de ninguna manera un crimen. No se prende así á las gentes sin más ni más. ¡Pagaré la multa si he incurrido en ella! ¿Me váis á tener aquí entre los ladrones y los vagabundos?

Procuraba continuar siendo en aquellas lóbregas habitaciones el hombre á la moda que era siempre, tratando con cierta irónica amargura la desagradable aventura de que era héroe; pero sus nervios excitados lo llevaban á una furia tal, que se le pasaban muy buenas ganas de defenderse á viva fuerza, como si se tratara de un duelo contra muchos adversarios.

—Os recomiendo la calma—le decía de cuando

TOMO II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1526 MONTERREY, MEXICO

en cuando uno de aquellos hombres, con la mayor frialdad.

—Sí; eso se dice fácilmente—exclamó Lissac—
¿Dónde está el señor Jouvenet?.... ¡Quiero ver al
señor Jouvenet!

—No se ve así como así al señor Prefecto—le
contestaron.—Además, no tenéis que ver á nadie.
No tenéis más que esperar.

—¿Esperar el qué?

Se llevaron á Guy de Lissac á través de unos
cerreadores hasta la puerta de una celda nueva, que
abrieron delante de él.

—¿De modo—dijo tratando de sonreír—que es-
toy preso? ¿De verdad, como en los melodramas?
La cosa tiene gracia.

Preguntó si al menos le tomarían pronto decla-
ración. Nadie lo sabía. Apenas le contestaban.
¿Pero al menos podría escribir? ¿Avisar á alguien?
¿protestar? ¿qué hacer? Oyó de labios de su carce-
lero, que parecía un buen hombre, esta noticia
abrumadora como una sentencia: «Estáis incomu-
nicado.»

¡Incomunicado! ¿Se estarían burlando de él? ¡In-
comunicado! Evidentemente era una broma, un
absurdo, un imposible, una cosa que no puede su-
ceder más que en las operetas. Mucho se iba á reír

de la aventura cuando dentro de un rato fuese á
comer al café de Riche. ¡Incomunicado! Tan fuer-
te era la broma, que ya ni se enfadaba siquiera.
Para un parisiense hasta la médula de los huesos,
como era él, el asunto acababa por ser divertido.

—¡Un colmo!

Pasó la tarde y llegó la noche. Llevaron la co-
mida á Lissac, y *la broma*, como él decía, no aca-
baba. No cerró los ojos en toda la noche. Se aho-
gaba y se exasperaba, en la estrecha celda donde
lo habían encerrado. Pasábale por el magín toda
clase de proyectos de venganza. Enviaría sus pa-
drinos al señor Jouvenet, protestaría en los periód-
icos y tendría de su parte á la opinión pública.

Luego su escepticismo le devolvía la tranquili-
dad, y encogiéndose de hombros exclamaba:

—¡Bah! ¡la opinión! Lo que hará será burlarse
de mí y nada más. Se me echará en cara que quie-
ro hacer ruido, exhibirme.

Esperó la mañana del día siguiente, con la febril
ansiedad de los insomnios. Evidentemente le to-
marían declaración á primera hora. Eso se hacía
hasta con los vagabundos cogidos por las calles
durante la noche. Y sin embargo, transcurrió todo
el día sin que Lissac viese otras caras que las de
sus carceleros, que continuaban silenciosos. Volvió

á irritarse al ver que no podía insultar á nadie más que á las cuatro paredes del calabozo.

Llegó la noche, y á pesar suyo durmió un poco sobre el camastro de su prisión. Empezaba á pensar que la broma duraba demasiado y se iba haciendo pesada. Afortunadamente, al otro día lo condujeron ante una especie de juez municipal ó de comisario de policía, quien, después de recordarle que la ley estaba terminante respecto al uso ilegal de condecoraciones extranjeras, le dijo que, sin embargo, la cuestión terminaba con su sobreseimiento.

—¿Es decir—exclamó Lissac irritado—que se considera bastante castigo las dos noches que he pasado preso é incomunicado? Si soy culpable de algo, merezco mayor castigo. Pero si se trata sólo de un pecadillo, os aseguro que me parece demasiado, y os juro que llevaré ante los tribunales á la autoridad por detención arbitraria.

—Tened la bondad de callar—le dijo gravemente el magistrado—porque es lo mejor que podéis hacer.

Lissac experimentaba, al salir de aquellos corredores fríos, de aquella mansión de piedra, una impresión de placer físico. El viento frío de un día nublado de Noviembre se le antojó suave como el

de primavera. Parecióle que había vivido semanas enteras en aquel antro. Tomó un coche é hizo que lo llevasen á su casa, donde encontró al portero estupefacto.

—¡Vos, señorito!—dijo—¿ya?

Este *ya*, lleno de reticencias, puso á Lissac en curiosidad. Por el barrio había circulado el rumor, que tal vez el portero había contribuido á esparcir, de que Guy estaba preso por hallarse complicado en una conspiración política. Lo cierto era que el día antes algunos agentes de policía habían visitado sus habitaciones de la calle de Aumale y lo habían registrado todo, examinándolo detenidamente, revolviéndolo sin consideración. Evidentemente buscaban papeles de interés.

—¿Papeles?—exclamó Lissac.—¡Toma, su carta!

Ya no dudaba. La mano terrible de Mariana había dirigido todo aquello. Indudablemente se habría vendido al señor Jouvenet. El Prefecto de policía habría disfrutado de sus caricias á bien poca costa.

—¡Miserable, infame!—repetía Lissac para sus adentros al subir la escalera.

Llamó, y salió á abrir su ayuda de cámara, que estaba tan asombrado como el portero.

La casa se hallaba todavía en desorden. El

ayuda de cámara no se había atrevido á tocar á nada, como si en la confusión de aquellos papeles revueltos y en el desorden de los cajones descerrajados hubiese la misma solemnidad que en cosas precintadas por la policía.

Todo lo habían puesto manga por hombro. Las cerraduras estaban violentadas, y algunos papeles y cartas habían desaparecido.

El mueblecito antiguo donde se hallaba la carta de Mariana tenía los cajones puestos en el suelo boca abajo, como si fuesen bolsillos vueltos del revés. La esquila de Mariana á Lissac, aquel pedacillo de papel que algunos polizontes, ignorando á quién obedecían, habían cazado, aquella confesión de una querida apasionada hecha á un amante loco, no estaba allí ya.

—¡Ah! ¡He de ver á Vaudrey! ¡Lo veré y le hablaré!— dijo Lissac en voz alta.

—¿Va á almorzar el señorito?

—Sí; pronto, un par de huevos y una taza de té; tengo prisa.

Y, en efecto, estaba impaciente por dirigirse al Ministerio. ¿Había sesión en la Cámara? No. Pues entonces, tal vez encontraría á Sulpicio en seguida. Los porteros lo conocían.

Precipitóse hacia la Plaza de Breda en busca de

un carruaje. En el camino tropezó con un hombre que venía en sentido opuesto, fumando tranquilamente un cigarro.

—¡Oh, señor de Lissac!

Guy instintivamente dió un paso atrás y reconoció al tío Kayser.

De pronto, su cólera, concentrada hasta convertirse en verdadero sufrimiento, estalló bruscamente y relató en pocas palabras, enérgicas y rápidas, á Simón que le escuchaba estupefacto y un poco pálido, como si creyese que le buscaba una cuestión personal, todo lo que pensaba de la infamia de Mariana.

El tío no decía palabra; lamentaba haber encontrado á Lissac y contentábase con balbucear de cuando en cuando:

—¿Ha hecho eso?..... ¿Cómo se ha atrevido?..... ¡Ah bribona!.....

—¿Qué decís de ello vos, Simón Kayser?

—¿Yo?..... ¿que qué digo?..... Pues.....

Poco á poco iba recobrando su sangre fría y juzgando las cosas desde las alturas de su filosofía artística.

—¡Caramba con la niña!..... ¡La cosa es inmoral..... pero característica! ¡Y en cuestiones de arte, después de la moralidad, el carácter! ¡Qué

diablos, el carácter es algo!..... ¡Claro está que desapruebo su conducta, porque es brutal, es vulgar, carece de ideales! ¡Cualquiera simboliza eso! ¡El Amor vengándose del Amor!..... ¡Los Celos llamando en su auxilio á la Policía para vencer al Amor muerto! ¡Todo eso es viejo y cursi, digno de Proudhon, de Corregio el de los escotes!..... ¡Digno de ese mamarracho de Tassaert!..... Lo que yo digo es que jamás pintaría yo eso.

Guy no tenía nada que contestar al imperturbable moralista, y sintió haber perdido el tiempo dirigiéndole la palabra. Pero la rabia lo ahogaba. Aun le quedaba suficiente para mostrársela á Vaudrey.

El Ministro no estaba en su despacho. Un portero le preguntó á Lissac si quería ver al señor Warcolier, el Subsecretario.

—Yo, yo sí que hablaría de buena gana al señor Warcolier—dijo entonces un hombre que estaba sentado en una butaca de la antesala..... — ¡Ya sabéis, Eugenio, el señor Eugenio!

—Está bien, señor Eugenio; voy á anunciaros.

Lissac dijo que no se trataba de una audiencia, sino de asuntos particulares.

—¿Está el Ministro en sus habitaciones?

—Sí, señor; pero ya sabéis que hoy.....

—¿Qué sucede hoy?—Lissac no había echado de ver que estaban alfombrando la entrada del palacio y que los tapiceros se hallaban descargando un carro lleno de banquetas de terciopelo granate, que colocaban en el vestíbulo. Había recepción en el Ministerio aquella noche.

—¡Eso no ha de impedir que el señor Vaudrey me reciba!

Uno de los porteros lo acompañó, abriendo las puertas delante de él hasta el piso principal, donde el señor Ministro se hallaba precisamente descansando un rato, al amor de la lumbre mientras hojeaba los periódicos, después de almorzar.

Pareció ponerse muy alegre y algo asombrado al ver á Lissac.

—¿Qué te trae por aquí, mi querido Guy? ¡Cuánto me alegro de tu visita!..... ¿Vienes ya para estarte con nosotros hasta la hora de la recepción? ¿Has recibido papeleta?

—No—dijo Lissac—no he recibido nada; y si la papeleta ha ido á mi casa, se la habrán llevado con otras muchas cosas, los agentes de Jouvenet.

—¡Los agentes! ¿qué agentes?—preguntó el Ministro.

Habiase levantado para recibir á Guy, y estaba delante de la chimenea, de pie, mirando á su amigo

que le interrogaba con la vista como si quisiera averiguar si en efecto él, Vaudrey, el Ministro, podía ignorar todo aquello.

—¡Ah! ¿de modo—continuó Lissac—con la voz vibrante de rabia y con un tono de extraña amargura—de modo que tú no sabes lo que pasa en París?

—¿Y qué pasa?—preguntó Sulpicio que había palidecido ligeramente.

—Se prende á los hombres sin motivo y se les deja incomunicados durante dos días, para tener tiempo de buscar entre sus papeles tal ó cual cosa que compromete á ciertas personas. Esto es muy cómodo sin duda alguna; pero te suplico que no emplees por mucho tiempo semejantes resortes de Gobierno.

—¡Estás loco! Vamos á ver: ¿qué significa todo eso?—dijo el Ministro estupefacto.

Y efectivamente, parecía no comprender una palabra. Con toda evidencia ignoraba lo que Guy quería decir.

—¿De modo que no lees los periódicos?—le preguntó Lissac.

—Leo los extractos del Negociado de la prensa.

—Pues hijo, ¡si esos extractos no te han dicho que fuí preso yo, yo mismo, el miércoles en plena

Exposición de los *Mirlitons*, no te han dicho nada.....

—¡Preso! ¡tú!

—Por los polizontes de Jouvenet, tu dichoso Prefecto de policía, que deseaba complacer á la señorita de Kayser, tu querida!

—¡Ah mi querido Guy!—dijo el Ministro, cuyas mejillas se colorearon;—te agradecería.....

Buscaba una frase contundente y enérgica que impusiera silencio á Lissac, y no la encontraba. Aquello era para él como un golpe rudo y brusco que recibiese en mitad de la cabeza. Evidentemente no sabía una palabra de lo que le estaba diciendo Guy. ¡Y por lo visto era un rumor que circulaba por París desde hacía dos días! Unos nombrando á Guy, otros imprimiendo sólo sus iniciales, todos los periódicos habían relatado su aventura en la primera plana. También había sido comentado el artículo de un diario que pasaba por estar inspirado por Luciano Granet, escrito muy ingeniosamente y con gran perfidia. Tratábase en él de un tal Alcibiades (Lissac había adivinado que lo designarían así) preso de orden del poderoso Sulpicius, á quien se lo había pedido una tal Basileia, una de las cortesanas más bellas de la República de Pericles. Y tras aquella mascarada

greco-parisiense, era para todo el mundo cosa fácil de adivinar los nombres, y ver las caras detrás de las transparentes caretas.

En el momento en que Lissac iba á pedir cuentas al Ministro de los actos del señor Jouvenet, la señora de Vaudrey desdoblaba casualmente un número del periódico que había publicado el artículo aludido, en el cual algún pícaro desocupado había subrayado todos los nombres con lápiz rojo. El artículo, titulado *La querida de un poderoso*, le había sido enviado directamente bajo faja, en la cual su nombre iba escrito con letra de mujer, probablemente la señora de Marsy ó la de Gerson. Alguna amiga. Nunca faltan.

Precisamente Vaudrey pensaba en Adriana al oír las brutales quejas de Lissac. Era una locura de Guy hablar en voz tan alta de Mariana, en una habitación contigua á la de su mujer, quien lo podía oír todo. Evidentemente Lissac estaba exaltado, furioso, como loco, y no bajaba la voz á pesar del miedo de Vaudrey, que cogiéndole la mano le dijo rápidamente:

—¡Quieres callar, hombre! ¡No ves que pueden oírnos!

También él experimentaba cierta rabia sorda, porque si todo lo que decía Lissac era cierto, Ma-

riana se había servido de un secreto que á nadie debía confiar, para exigir á Jouvenet una infamia y un atropello.

—¡Vamos!—dijo Lissac en tono zumbón.—¿Te has llegado á figurar que ha seducido á tu Prefecto de policía diciéndole que era tu querida? ¡Tonto! Lo ha hecho haciéndose la suya, por una vez á lo menos.

Sulpicio se puso lívido y miró á Lissac con expresión de odio, como si aquel hombre hubiese sido su enemigo. Guy le asestaba un golpe tremendo á su vanidad y á su amor propio; y á su pasión también.

—¡Ah! sí—continuó Lissac;—ya sé que esto te duele; pero es tal y como te lo digo. Conozco más que tú á esa mujer. Que haga lo que ha hecho conmigo estos días, burlándose de mí como de un chiquillo, y que lo haga con cualquiera otro siempre que se le antoje, no tiene nada de particular. Ese es su oficio. No soy más que un imbécil, un estúpido y me veo castigado por mi imbecilidad; no debería quejarme, porque me está muy bien empleado. Pero que por hacerme á mí daño, por quitarme ese pedazo de papel, con el cual podía yo desbaratar sus planes tan luego como me conviniese, haga que tú—que al fin y al cabo eres el respon-

sable de los actos de tus subordinados—cometas atropellos brutales que te traerán en lenguas de todo París, no puede serle perdonado. Por lo visto, creía que haría yo uso de su carta contra sus planes, ¡me toma por un canalla! Pues ahora mismo, si yo quisiera cometer una cobardía, ¿no podía acaso ir á ver á Rosas sin necesidad de la carta esa, que me han robado los agentes de Jouvenet?

—¿A Rosas?—preguntó Sulpicio, cuyo semblante se había puesto rojo, en tanto que sus crispados dedos retorcan nerviosamente las puntas de su bigote.

—¡Sí, hombre, á Rosas! Parece que eres Ministro de la Gobernación de la luna. Sí, á Rosas, que tal vez sea su amante y que de seguro será su marido, como ella quiera. Y querrá.

El pobre Sulpicio miraba á Lissac con un semblante tan asustado, que hubiese sido cómico, si en el fondo de sus emociones no hubiera habido un dolor verdadero y profundo. En aquel momento lo olvidaba todo, el sitio donde se hallaban, el tono alto en que Guy estaba hablando, y hasta que Adriana podía oírles. En él ya no había más que una espantosa tensión de espíritu hacia aquella brusca revelación, que para él había sido como un tiro en mitad del corazón. Quería saberlo todo.

Preguntó á Lissac, lo acorraló persiguiéndolo á preguntas, á pesar de las vacilaciones de su amigo, que, ahora ya tenía miedo de decir demasiado, y no insistía sino en pedir el castigo inmediato de Jouvenet.

—¡Luego ya veremos lo que se hace con Mariana!—decía.

¡Ah! ¡Sí, ciertamente Jouvenet sería castigado! ¿Cómo no sabía Vaudrey una palabra? El Prefecto quedó condenado á la cesantía en aquel mismo instante.

La detención de Guy, ilegal y brutal, equivalía á esa cesantía firmada por el Prefecto mismo. Pero ¿y Mariana? Según las pruebas, se burlaba de Sulpicio tomándolo por un chiquillo ó por un tonto.

—No por cierto. Sino por un hombre enamorado, y eso basta.

Vaudrey se había sentado en una butaca y golpeaba furiosamente el veladorcillo donde se hallaban los periódicos, pronunciando amenazas terribles, como hacen siempre todos los seres débiles.

—¿Quieres saber mi opinión, hijo mío?—le dijo bruscamente Lissac.—Lo que te sucede te lo tienes muy merecido. Te digo toda la verdad. No se abandona á una mujer como la que tú tienes por una perdida como Mariana.

—¡Amo profundamente á mi Adriana!—respondió Vaudrey con vivacidad.

—Y la engañas como á un chino. Eso es estúpido. ¡Merecías que la de Kayser te hubiese puesto en ridículo para siempre, te hubiese engañado, arruinado, y que ya nadie volviera á acordarse del santo de tu nombre! Cuando se tiene la suerte de estar unido á una esposa como la tuya, se la adora de rodillas ¿oyes? y no se mata su felicidad, para buscar en otra parte un placer.... ¡Y qué placer! El mismo ha gozado Jouvenet, costándole mucho más barato.

—Me parece que abusas un poco de nuestra amistad—dijo Sulpicio levantándose de repente.—Hago lo que me parece y como me parece, y supongo que no tengo necesidad de dar á nadie cuenta de mi conducta.

Detúvose bruscamente como si le hubiesen clavado los pies al suelo y con la boca abierta. Su mano cogió la de Guy, y sintió un estremecimiento extraño al ver á Adriana, quien pálida como la muerte se apoyaba, para no caer, en el marco de la puerta.

Seguramente, sin género alguno de duda, acababa de oírlo todo.

¡Estaba allí y escuchaba!

No dijo una palabra, pero tras un momento de vacilación, acercóse con paso majestuoso, haciendo para conseguirlo un esfuerzo supremo.

Su mirada de niño castigado, de pobre mujer desesperada, decía que en ella no había estallado la cólera, sino que se había producido una conmoción terrible, espantosa. Estaba tan pálida, tenía tal expresión de tristeza y sufrimiento, que ni Lissac ni Vaudrey se atrevieron á decir una palabra.

Un silencio sepulcral reinó en la habitación.

Guy fué el primero que intentó sonreír mientras Adriana se dirigía al velador donde estaban los periódicos; ella lo detuvo con un gesto, como si quisiera decirle que era imposible engañarla ó que engañarla de nuevo, sería una nueva cobardía. Cogió de entre los periódicos el que acababa de leer sin comprenderlo del todo, el que le habían enviado con las notas de lápiz rojo, y enseñando á Vaudrey el artículo en que se hablaba de Sulpicio y Basileia, dijo lentamente, con la voz entrecortada por el pesar profundo que le embargaba el alma:

—¡Conque se sabían estas cosas!

Luego, como si ya no le quedasen fuerzas para más, dejóse caer en la butaca que poco antes ocupaba Vaudrey, y un sollozo agudo y prolongado le desgarró el pecho.

Sulpicio miró á Lissac, el cual estaba de pie, inclinado, abatido como quien asiste al desarrollo de una catástrofe.

Guy cogió instintivamente al Ministro por un hombro, y empujándole hacia su esposa le dijo en voz baja y entrecortada también:

—¡Dáale un beso! ¡Cuando se ama como ella ama, se suele perdonar!

Sulpicio lanzó un grito de súplica y se echó á los pies de Adriana, en tanto que Guy abría la puerta apresuradamente y se alejaba, comprendiendo que no tenía nada que decir y que sólo Vaudrey podía obtener su propio perdón.

—Yo con mi rabia—decía para sus adentros— y él con sus malditos celos, los dos nos hemos arrebatado, olvidándolo todo. ¡Qué estúpidos somos! ¡Como si no se pudiese hablar más bajo!

Y se fué muy descontento de sí mismo y muy descontento de Vaudrey. Cada vez le parecía más estúpido aquel hombre, amado por una mujer como Adriana y engañándola de tal manera. No estaba seguro de no sentir allá en el fondo de su corazón algo de amor hacia la mujer de su amigo. ¡Ah! ¡si él se viese amado de semejante criatura sin igual, sentiríase capaz de grandes empresas!.... ¡En vez de gastarla inútilmente, hubiera sabido

organizar y utilizar su vida! ¡En vez de amores triviales, habríase dedicado al amor único de aquella mujer inimitable, á quien hubiese hecho ciertamente su esposa!

Al verla pálida, abatida, desfalleciente, convertida en una niña por la fuerza misma del dolor que experimentaba, Guy casi sintió celos de Sulpicio; y por eso, para dominar en lo posible aquella emoción extraña y malsana, había empujado él mismo á Vaudrey hacia su esposa y había desaparecido rápidamente, como si le fuese necesario huir de su presencia para no cometer un desatino y como si quisiera dejar de verlos.

Y, por el contrario, al alejarse la volvía á ver con los ojos de la imaginación, y le parecía estar contemplando la triste mirada de sufrimiento y la voz doliente de aquella infeliz mujer que decía:

—¡Conque nadie lo ignoraba!

—¡Ah! ¡pobre Vaudrey!—pensaba Guy.

Al salir tuvo que detenerse un momento en la antesala para dejar paso á los mozos y á los criados, cargados con grandes jarrones de flores y macetas llenas de verdura, destinadas al adorno de los salones en la fiesta de aquella noche. ¡Una fiesta.... y en semejante noche! Había en el descubrimiento de aquel secreto, acaso por malas ar-

tes de un enemigo desconocido, y la antítesis de aquellas flores que iban á adornar la casa, una ironía tan grande, que Guy no pudo menos de contemplarlas un momento y hallarlas casi insultantes, á pesar de su belleza, ó acaso por su misma belleza.

¿Tendría Adriana el valor ó la fuerza necesarios para hacer los honores de su casa en aquella recepción, algunas horas más tarde?

Guy lamentaba profundamente el haber ido al palacio de la plaza de Beauvau.

—¡Bien podía haber esperado un poco, ó haber guardado para mí estas rabieta mías! La pobrecilla acaso entonces no hubiese sabido nada.

—¡Bah! —añadía luego; — ella es muy buena, adora á Sulpicio, y todo será una nube de verano. ¡Sí, le perdonará de seguro!

Además formó el propósito de volver á la noche con objeto de presentar sus excusas á Adriana y de consolarla, si podía.

—No deja de tener esto cierto mérito en mí, porque, á fe de caballero, me parece que la amo. ¡Y sin embargo, tengo rabia á ese tonto de Vaudrey, porque no la quiere bastante!

¿Perdonará?

Lissac, que conocía tanto á las mujeres de cierto

género, desconocía por completo á Adriana, enérgica á pesar de su aspecto endeble, una niña, una provincianita desorientada en medio de la vida de París, perdida y como atontada por el estruendo y agitación continuos de la vida de la política; loca de amor por su marido, el cual personificaba á sus ojos todas las superioridades y todas las seducciones; que se le había entregado toda entera, pero que quería que fuese todo entero para ella el hombre á quien amaba, á quien todo lo fiaba, á quien daba sin reservas todas sus confidencias, sus ignorancias, sus candideces y su pudor. No sabía Lissac todo lo que era capaz de experimentar aquella naturaleza de sensitiva, llena de pasión bajo sus apariencias de frialdad, capaz de la más enérgica resolución á pesar de sus timideces de carácter, y en quien era posible la locura, á despecho de su razonable calma habitual. Capaz de todo eso, por lo mismo que su candor de pensamiento, de educación y de recuerdos, hacían de ella la mujer honrada de mayor encanto, que Guy había conocido en su vida.

Adriana había leído el periódico que le enviaran anónimamente, sin darse cuenta al principio de lo que quería decir aquel papel. ¿Qué le importaban á ella Alcibiades, Basileña, la *querida del poderoso*?

¿Qué significaba todo aquello? Luego, de pronto, su pensamiento se detuvo ante el nombre de Sulpicio, transformado en griego de parodia; en Sulpicius, ¿querrían aludir á su marido? Al pensarlo, su corazón experimentó terrible angustia. Pero ¡bah! ¿iba á dejarse impresionar por una broma de un periódico, tan despreciable como una carta anónima? No por cierto. Necesitaba pensar en la recepción que daban aquella noche como complemento á un banquete oficial, en el cual tenía que hacer los honores á los numerosos invitados del Ministro de la Gobernación. De la comida no tenía para qué ocuparse, porque se la habían encargado á Chevet, á tanto el cubierto, como en los fondas; pero Adriana quería ocuparse en la velada musical, en los programas que le habían presentado para su aprobación, con los nombres de los cómicos y cantantes impresos en elegante cartulina, y además, de las flores con que pensaba adornar profusamente sus salones. Pero á despecho de todas aquellas ocupaciones, su imaginación volvía con insistencia pertinaz al recuerdo de aquel artículo de periódico; pícaro artículo, cada uno de cuyos renglones bailoteaba delante de sus ojos como cuando se ha estado mirando largo rato y con fijeza á un sol muy fuerte.

Entonces se le ocurrió ir á preguntar francamente á Sulpicio el significado de todas aquellas reticencias.

—Supongo—se decía con el desprecio profundo que sentía hacia todo lo que era mentir— que no me acusará de haber sospechado de él. Porque no sospecho, ciertamente.

Dirigióse al gabinetito donde Sulpicio se había puesto á leer los periódicos después de almorzar, y allí, como si ella misma se hubiese arrojado contra la punta de una espada desnuda, oyó las palabras de Vaudrey y de su amigo, que le penetraron en el alma como las agudas hojas de otros tantos puñales.

Hablaban de otra mujer. Lissac decía en voz alta «¡Tu querida!», y Vaudrey no se indignaba.

¡Una querida! ¿Qué querida? ¡Mariana Kayser! ¡Oh! ¡Aquella mujer de quien Sulpicio hablaba tan á menudo con aire indiferente! ¡Aquella mujer que ella había entrevisto tantas veces, seductora, admirablemente hermosa, de una belleza terrible! ¡Era ella! ¡Su querida! ¡Conque Sulpicio tenía una querida! ¡Mentía, la engañaba! ¿Él? ¿Era posible? ¡No sólo posible, sino también verdad! Sí, sí, y por eso le habían mandado directamente aquel periódico, llamándole la atención sobre el

artículo en que se relataba toda aquella repugnante historia. ¡Ahora lo comprendía todo!

Tuvo tentaciones de entrar bruscamente en la habitación, de lanzarse entre aquellos dos hombres y de interrumpir su conversación. Pero careció de fuerzas para ello. ¡Además, lo que decía Lissac le servía de consuelo!..... Los reproches de Guy á Sulpicio eran los mismos que ella hubiese formulado si hubiese podido hablar. Pero ni una sola palabra se le venía á los labios. Habíase quedado muda y anonadada. Lo único que sabía era que sufría horriblemente y como no había sufrido jamás.

Al principio dejó que Vaudrey se arrodillase á sus pies, obedeciendo á Guy, y que cogiese su mano. Luego la retiró con suavidad como si se sintiera reaccionada por un movimiento instintivo de su pudor insultado.

Vaudrey intentaba hablar, y en los primeros instantes palabras confusas, excusas tontas, torpes mentiras, vocablos absurdos y crueles—*capricho, nada grave, fantasía, locura*—otras tantas confesiones y otras tantas injurias, acudieron á sus labios. Luego, al ver el mutismo de Adriana, ya no supo qué decir; guardó silencio, quedóse abatido y buscó una mano que su mujer retiró en seguida.

—¿No me perdonarás nunca?—preguntó al fin sin darse cuenta de lo que decía.

—¡Jamás!—contestó ella friamente.

Y levantándose tan enérgica de pronto, como débil y anonadada aparecía un momento antes, cruzó la habitación.

—¿Te vas?—balbuceó Sulpicio.

—Sí, necesito estar sola..... ¡Ah! completamente sola—añadió con cierto movimiento de disgusto, al ver que su marido se dirigía á ella.

Él se detuvo, y dijo sin saber lo que decía:

—Sabes que..... esta noche.....

—Sí, sí—contestó Adriana—no paséis cuidado! ¡Aunque ya no sea la señora de Vaudrey, aun soy la esposa del Ministro!

Él buscó una respuesta sin hallarla.

Adriana había desaparecido.

—¡Se acabó mi felicidad!—balbuceó Sulpicio al encontrarse bruscamente ante una situación desconocida y negra como un abismo profundo. ¡Ah! ¡qué desgraciado soy! ¡Muy desgraciado! ¿Por culpa de quién, miserable?

Y se abismó en los expedientes, en los informes y partes de los Gobernadores de provincia, repasándolos febrilmente para ensordecerse y cegarse, pero sintiéndose cada vez más deseoso de ir á su-

plicar á Adriana ó á insultar á Mariana. ¡Oh! sobre todo, decir á Mariana, que le había hecho traición, que era una miserable, que era la querida de Rosas, la querida de Jouvenet, una mujerzuela como otra cualquiera, sí, una mujerzuela, sí, una mujerzuela!

Y en el desbarajuste de aquel día de infortunios, acaso pensaba más en que había perdido á Mariana que en que había ultrajado á su esposa. Entretanto Adriana, automáticamente, preguntándose á sí misma si era ella en verdad la que iba y venía de una parte á otra, se probaba el traje de baile, abandonaba su cabeza á un peluquero, se condenaba dos horas después á sonreír á los invitados del Ministro, á los senadores, diputados y diplomáticos, y se hacía á sí misma el efecto de un espectro que se agitase en sueños; y sintiendo las angustias de una pesadilla horrible con sus ahogos, su deseo de gritar y pedir socorro, con la tensión de nervios, enferma, dominada por una fuerza de voluntad extraordinaria, imponiase el sacrificio cruel del disimulo y el de esperar á que toda aquella fiesta, aun no comenzada, concluyese, para poder llorar á sus anchas.

Aquella noche la fachada del Ministerio estaba resplandeciente. Las luces de gas que la ilumina-

ban daban al palacio de la plaza Beauvau el aspecto de fiesta pública. Unas letras muy grandes, formadas con diminutos mecheros de gas, se destacaban en el fondo obscuro del cielo, presentando una R y una F colosales. Los tres colores de la bandera nacional se veían, merced á la claridad del gas. Sobre la finísima arena del patio rodaba una multitud de carruajes, los cuales iban dejando al pie de la alfombrada escalera á multitud de invitados en traje de etiqueta, mujeres envueltas en magníficos abrigos adornados con bordados de oro ó forrados con pieles. Toda aquella gente desaparecía en la antesala, pasando por entre una doble fila de Guardias de París, vestidos de gran uniforme y con el arma al brazo, los cuales se destacaban como cariátides, sobre el fondo de flores y de hojas verdes que adornaban la escalera, y cuyos plateados cascos brillaban resplandecientes á la luz del gas.

En el guardarropa se amontonaban los abrigos; rápidamente atravesaban la antesala las mujeres, dirigiendo al pasar una furtiva mirada á los espejos; un lacayo preguntaba á cada convidado su nombre, lo repetía á un ujier que anunciándolo con voz de trueno los lanzaba á los salones aquellos donde tantos nombres diversos habían resonado,

nombres de personas pertenecientes á todos los partidos. Entonces, á la puerta del salón lleno de gente é iluminado *à giorno*, veíase al Ministro, de pie, recibiendo, saludando, inclinándose sin cesar, desde el momento en que empezó la recepción, ante cada uno de sus convidados, á muchos de los cuales ni siquiera de vista conocía. Detrás de él, vestidos de rigurosa etiqueta, se hallaban sus secretarios, los empleados de su gabinete particular, tomando su parte correspondiente en los saludos que dirigían á su excelencia; y al lado, pálida y sonriente, como si sonriera á visiones del otro mundo, la señora de Vaudrey, que se inclinaba también alargando á derecha é izquierda maquinalmente su enguantada mano, y más bella aún que de costumbre, con su elegante traje de seda blanco, escotado, sujeto el escote á los hombros por dos broches de perlas, con un ramo de flores naturales en el pecho, semejaba allí, de pie, la estatua de la melancolía, guardando la entrada de aquellos salones llenos de ruido, de lujo y de fiesta.

Cuando vió entrar á Guy, tuvo para él una sonrisa triste, y Vaudrey estrechó la mano de su amigo con verdadera efusión, como si contase con su auxilio para arreglar muchas cosas.

El dolor concentrado de Adriana dió pena á Lissac. Donde los demás invitados no podían ver más que, si acaso, un poco de cansancio, él notaba la herida abierta y el dolor profundo. Internóse en los salones. Al brillo de las luces los diamantes resplandecían en los hombros y en la cabeza de las mujeres, como las arandelas y los colgantes en las arañas de cristal.

En una especie de cuartito formado con tapices riquísimos habíase improvisado un escenario, que parecía un nido hecho con camelias y gardenias hermosísimas. Los trajes claros de las señoras, sentadas en aquel teatrillo formaban un montón delicioso de telas de seda azul pálido, blanco, color de té, verde mar, mezcladas á la blancura de los hombros y de los brazos, al brillo de los diamantes y á los tonos variados de las flores y plumas que adornaban sus peinados. Guy vió en primera fila á la señora de Marsy con un traje de seda verde mar, muy escotado, mirando con altanería impertinente, mientras se abanicaba con des-coco, á su antigua amiga la señora de Gerson.

Multitud de hombres de todas edades rodeaban á la señora de Evant, la más encantadora de todas las mujeres á la moda, y á quien todas las damas se esforzaban por imitar.

Detrás de las señoras se apiñaban los fracs negros, y en medio de ellos, de cuando en cuando, se destacaba la nota chillona del uniforme de algún oficial francés ó de algún agregado militar á una embajada extranjera.

Vefase multitud de hombres que lucían condecoraciones nacionales ó extranjeras, senadores, diputados, diplomáticos y una porción de jóvenes agregados á los Ministerios ó á las embajadas, correctamente vestidos, con su clac debajo del brazo y en la mano el satinado programa de la función, en el que constaban los trozos de los obras que iban á ser recitados. Bajo los techos pintados al fresco, en aquel cuadro de luz y entre aquella profusión de flores, la multitud elegante que se agitaba en todas direcciones tenía á la vez algo de lujoso y algo de cómico.

Oíase, mezclado á los acordes de la música, el runrún de los murmullos y el ruido confuso de las conversaciones en voz alta.

Guy miraba curiosamente el personal de los convidados, como hombre que ha visto mucho, y que es aficionado á comparar. De cuando en cuando saludaba al ver una cara conocida. Esto sucedía rara vez aquella noche, por lo cual sin duda tuvo un verdadero placer al ver el rostro de Ramel, á

quien había conocido en los *miércoles* de Adriana y que le era altamente simpático. Le pareció que estaba delicado.

—Y en efecto, no ando muy bien—dijo Ramel.—Sólo he venido porque queria hablar con Vaudrey muy seriamente.

—¿De qué?—preguntó Lissac.

—No, de nada. Quiero darle un consejo sobre la conducta que debe observar. Le están minando el terreno cerca del Presidente de la República.

—¿Y quién?

—Pues la mayor partes de los que están aquí.

—¿Sus invitados?

—Ya sabéis que cuando uno convida á sus amigos hay entre ellos tres cuartas partes que son enemigos.

—Lo menos—dijo Lissac.

Transitaba por los diversos salones, pero siempre, sin darse de ello cuenta, instintivamente, iba á parar cerca de la puerta donde se hallaba Adriana, con la vista extraviada, distraída, sin hablar, sin oír ¡pobre mujer! todos aquellos nombres y apellidos que el ujier pronunciaba con voz de trueno á intervalos iguales, como si fuera una máquina parlante.

—¡ El señor Durosot!..... ¡ Los señores de Bre-

chet !..... ¡El señor Ministro de Obras públicas !..... ¡El señor Prefecto del Aube !..... ¡El señor Conde de Grigny !..... ¡El señor de Prangrins !..... ¡El señor general Herbercourt !..... ¡El doctor Villaudry !..... ¡Los señores de Tochard !.....

Adriana había jurado ser fuerte y no dar á conocer la desesperación que le destrozaba el alma. Se había impuesto aquella sonrisa. Parecía estar soñando, ser víctima de una terrible pesadilla, que nada de aquello que la rodeaba era real. Aquellos hombres de frac y corbata blanca, aquellas mujeres en traje de baile, aquel desfile de invitados que la saludaban en el mismo sitio del salón, con la misma expresión de respeto y de afectada cortesía, le hacían el efecto de una sucesión interminable de fantasmas. No relacionaba ni un nombre ni un recuerdo, con ninguno de aquellos semblantes que le dirigían una mirada oficial ó que afectaban una gravedad y corrección pretenciosas. Experimentaba gran cansancio, un abatimiento profundo, una violenta pesadez de cabeza, viendo aquel continuo llegar de gentes desconocidas á quienes era necesario sonreír, delante de las cuales tenía ella que inclinarse para saludar, á fin de cumplir aquel deber de su cargo, que quería la pobre mujer llenar hasta el último momento.

Los acordes lejanos de una polka de Faubach ó de un vals de Strauss, venían á ser como el sarcástico acompañamiento de aquella tristeza de acongojada pesadilla.

— Y entre esas mujeres que la saludan — pensaba Guy de Lissac — hay muchas que le tienen envidia. ¡Infeliz!

Adriana no miraba á Vaudrey. Temía perder la calma y la sangre fría al ver los ojos de su marido fijos en ella; temía romper á llorar delante de toda aquella gente. Y se hubiese puesto en ridículo. Aislábase, pues, y con una fuerza de voluntad verdaderamente asombrosa en una mujer tan delicada, parecía no ver nada más que su propio pensamiento, este pensamiento único: «Sé fuerte. Ya llorarás á tu gusto cuando estés sola, lejos de esta gente, de esta muchedumbre. ¡Sola, completamente sola!»

Vaudrey estaba muy pálido, pero poseído, á despecho de su voluntad, de la alegría que experimentaba al recibir en sus salones todo lo más selecto é ilustrado de París: los embajadores extranjeros, los presidentes del Senado y de la Cámara, sus compañeros los ministros, los diputados, los príncipes de la Banca que son la fortuna, los publicistas distinguidos que son la fama; todo lo que

figura, todo lo que brilla en la sociedad parisiense; aquel Ministro, satisfecho de ver el afán con que todos acudían á su casa, y le saludaban y le rendían homenaje, olvidaba por un momento las desdichas de aquel día, el brusco rayo que había caído en su hogar, y que tal vez había roto para siempre su felicidad.

No pensaba más que en lo que estaba viendo: en aquellos saludos, en aquellas inclinaciones de cabeza, en aquellas cortesías que iban repitiéndose con una regularidad de máquina de reloj, en aquel desfile de homenajes que se hacían al abogadillo de Grenoble convertido en Presidente del Consejo de Ministros.

Y de pronto, como si en el olvido de todo lo demás hubiese perdido también el recuerdo de su querida, púsose lívido; y espantado miró instintivamente á Adriana que estaba blanca como una muerta. El ujier acababa de pronunciar un nombre, y aquel nombre, que pronunciaba maquinalmente como había hecho con los anteriores, sonó en aquel sitio como una injuria terrible.

Guy de Lissac, al oírlo, púsose pálido también.

—¡El señor Simón Kayser!—había dicho el ujier de servicio. —¡La señorita de Kayser!

Otro nombre sonó, pronunciado también por aquella voz de trueno.

—¡El señor Duque de Rosas!

Pero ese, ni Vaudrey ni Adriana lo oyeron siquiera. Sulpicio tuvo impulsos de dirigirse hacia Mariana para suplicarle que se fuera. Es verdad que la había convidado él. La querida del Ministro habíase empeñado en asistir á la recepción á pesar de Jouvenet que lo sabía todo, y á pesar de otros muchos que sospechaban la verdad. Vaudrey, sin embargo, le hizo observaciones; es más, algunas horas antes le escribió suplicándole, ó mejor dicho, ordenándole que no se presentase en su casa. ¡Y á pesar de todo, estaba allí! Entraba, avanzaba con la cabeza erguida, del brazo de su tío, el cual mostraba por encima de su corbata blanca aquella sonrisa desdeñosa de artista melencólico, que le era habitual.

Adriana se preguntó si no era exacto que en aquel momento se hallaba realmente soñando. Veía que se le aproximaba, cruzando por el salón con el paso majestuoso de una reina, aquella mujer hermosa é insolente, que arrastraba larga cola de raso negro, y que lucía su talle esbelto, aprisionado en un elegante corpiño bordado de abalorios, en el fondo negro de los cuales se destacaba una

guirnalda de flores naturales que le cruzaban el pecho diagonalmente. La cabeza rubia y altiva de Mariana parecía desafiar desde lejos y con imperio á la pobre mujer de Sulpicio, quien, pálida, anonadada, atónita, dejaba caer sus brazos á lo largo del cuerpo con expresión de profundo abatimiento.

La visión, porque indudablemente era una visión, se le aproximaba como sucede en las pesadillas que sufren los enfermos, á la hora de la fiebre. Adriana sentía la influencia de la mirada altanera é insultante de Mariana. Detrás de la señorita de Kayser, con expresión de dicha inefable, entraba el noble Duque de Rosas, á quien la señora de Vaudrey no veía. Porque sólo tenía ojos para ver á la mujer aquella que se le acercaba en su casa, insolentemente, impúdicamente, para desafiarla, sin duda, después de haberla ultrajado; para insultarla después de haberla engañado.

Adriana sintióse acometida de violenta cólera, y de pronto su ser entero pareció querer arrojarse sobre Mariana para echarla á la calle después de llamarla por el calificativo que se merecía.

Miró en torno suyo instintivamente, con una expresión de abatimiento extraordinario, como una infeliz mujer desesperada que busca en vano un auxiliar ó un defensor.

La palidez mortal de Vaudrey, el gesto suplicante de Lissac con que tropezaron sus ojos, diéronle repentinamente el sentimiento de la realidad. ¡Era verdad! ¡No tenía el derecho de dar un escándalo! ¡No estaba en su casa! Se hallaba en el Ministerio, en un salón casi público, donde aquella mujerzuela tenía casi derecho á entrar como tantas otras perdidas, mezcladas al montón anónimo de los convidados. Para Adriana no se trataba solamente de su honor de esposa ó de su vanidad, sino que se trataba también de la reputación de Vaudrey. Estaba *representando* su papel. ¡Ah! ¡qué palabra! Representando, es decir, ¡en el mismo caso que una actriz á quien no es lícito dar un mal paso en escena! Obligada á sonreír llevando la muerte en el alma, á sonreír sintiendo las entrañas destrozadas, obligada á fingir, á ponerse una careta, á mentir delante de aquel público de invitados, de indiferentes, de enemigos, que, según decía Ramel, hallábanse prontos á sisear y á silbar si no les gustaba la función.

Hizo otro esfuerzo que le destrozó el corazón, y encontró en él energía suficiente para ocultar toda la indignación que la ahogaba.

Cerró los ojos.

Mariana Kayser había pasado, metiéndose con

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ed. 1625 MONTERREY, MEXICO

Simón y Rosas en un surco humano abierto ante ella y vuelto á cerrar en seguida con un gran murmullo de admiración.

Adriana apenas había visto el insolente semblante de la joven, cerca de su abatido y triste rostro, porque no abrió los ojos cuando se aproximaba. No había visto tampoco el relámpago de celos que instintivamente brilló en los ojos de Vaudrey, cuando detrás de Mariana imperiosa, vió llegar á José de Rosas, triunfador. ¡ Ah ! ¡ Esa mirada, esa mirada celosa y encolerizada sí que hubiese traspasado de dolor agudo el corazón de aquella infeliz desesperada ! Aquella mirada que Guy sorprendió involuntariamente, delataba todo el amor lastimado, toda la vanidad herida de aquel hombre, que colocado allí entre aquellas dos mujeres, entre la esposa y la querida, sufría menos por el dolor causado á Adriana, que por la traición de Mariana que lo engañaba, abandonándolo por el español.

Lissac estaba exasperado ; sentía tentaciones de arrojarse entre Mariana y Rosas, y decirle á éste:

— ¡ Estáis loco para acompañar á esa mujer ? ¡ Loco y en ridículo ! ¡ Os engaña como ha engañado á Vaudrey, como me engañó á mí, como engañará á todo el mundo !

A propósito habíase colocado al paso de la señorita de Kayser. Ella había fingido no conocerlo casi, y le había mirado sin parecer emocionarse, con cierta expresión desdeñosa. Su brazo buscó en seguida el de Rosas para apoyarse en él, como si ya estuviese bien segura de haber conquistado definitivamente al Duque.

Tampoco Guy podía dar en aquel baile un escándalo que hubiese redundado en perjuicio de Vaudrey. Acababa de decir un momento antes á Adriana: *¡ valor !* y esa era la consigna que se daba á sí mismo también. Sin embargo, buscaba á Jouvenet para decir en voz baja al dichoso Prefecto de policía lo que pensaba de su canallesca manera de conducirse. Jouvenet había estado allí, pero había desaparecido pronto. Granet, como si hubiese adivinado la preocupación de Lissac, le miraba con aire burlón y murmurando al oído de Molina que estaba á su lado:

— ¡ Alcibiades !

Lissac estaba aburridísimo aquella noche.

Iba de grupo en grupo buscando alguien con quien cambiar ideas, y no encontraba más que á Dionisio Ramel. Por todas partes se oían como en casa de la señora de Gerson ó de la de Marsy, los mismos asuntos de conversación relativos á la pal-

pitante política menuda: lo mismo en esos sitios que en los pasillos de la Cámara, ó que en el salón de conferencias, oíase por todas las habitaciones murmurar las mismas palabras: *Interpelación, mayoría, nuevo Gabinete, homogeneidad, elecciones, escrutinio.*

Guy, fatigado de tanta insipidez, dirigióse de mala gana hacia el salón donde se daba el concierto, donde oía algún trozo de ópera, entreveía por entre un mar de cabezas el perfil desvanecido de una cantante ó de un cómico; escuchaba las carcajadas con que era recibido un monólogo nuevo titulado *El Teléfono*, dicho con voz clara, con una sangre fría digna de un clown inglés, por un caballero vestido de frac y corbata blanca: «*Señores, yo soy Durand..... ya sabéis, Durand, el de Meaux..... Eso es..... una mujer me engaña..... ¿Como lo he sabido? Por el teléfono. Mi amigo Durand..... Durand el de Etampes..... No somos ni siquiera parientes lejanos..... Emilio Durand me había dicho: Durand, ¿por qué no ponéis el teléfono?..... Es verdad que no lo tenía yo..... Durand..... el otro Durand..... Durand el de Etampes lo tiene puesto en su casa..... yo, entonces.....*»

Y Lissac, cada vez más aburrido, se iba de allí, y tropezaba con un grupo de hombres que rodea-

ban á un señorón viejo, muy lleno de cruces y de bandas, que con la gravedad de un diplomático inglés decía:

—No me gustan tanto los monólogos como las canciones picarescas!... Aquí donde me veis, he tomado lecciones de Levassor.

—De Levassor, ¿Vuecencia?—respondían en coro unos cuantos sietemesinos calvos que eran diplomáticos.

—¡De Levassor!—replicaba el señorón, que era el famoso embajador de una gran potencia extranjera.—¡Toma! Me hice célebre por mi manera de cantar *La inglesa que se marea en el mar.*

Y en tanto que los gomosos sonreían, aprobaban con el gesto y aplaudían á rabiarse, el anciano embajador, á quien le estaban confiados los intereses de todo un pueblo, tarareaba por lo bajo, en medio del colosal murmullo de aquella recepción, la cancioncita picaresca á que acababa de aludir, entornando los ojos y adoptando actitudes de Lovelace irresistible.

Guy de Lissac se encogió de hombros. Había oído hablar mucho de aquel hombre. El diplomático cancionero le inspiraba lástima y desprecio. ¿Dónde diablos estaría? ¿En París ó en Brives la Gaillarde? ¿En un baile en el palacio del Presiden-

te del Consejo, ó en la reunión de un Gobernador-cillo de provincia?

Hacia un momento que había oído decir á Warcolier esta frase épica:

—Si yo fuese Ministro, daría función de fuegos artificiales, porque es un espectáculo que resulta marcial é inofensivo á la vez.

La voz de un joven que con acento ruso muy marcado hablaba de política en un rincón, le agradó.

—Soy—decía el joven en voz alta—de un país muy singular, de las provincias del Báltico, que se hallan gobernadas por diputados que por derecho de nacimiento están llamados á legislar, y creo que la política es una tarea tan terriblemente ingrata y desagradable, tan fatigosa y molesta, tan llena de sinsabores y de trabajos, que debe uno considerarse muy feliz de que haya personas condenadas á ese suplicio, mientras las demás pasan la vida leyendo, conversando, pensando y amándose.

—¡Gracias á Dios!—decía Lissac para sus adentros.—Este hombre no es tonto. Tal vez tenga razón en lo que dice, porque yo pienso exactamente como él.

Pero iba de una parte á otra, mezclándose en

todos los grupos y oyendo todas las conversaciones como un autómeta. Su pensamiento no estaba allí. En realidad sólo pensaba en Adriana. ¡Cuánto debía sufrir la pobre muchacha!

Había abandonado, con la misma sensación que le produciría un dolor físico y un pesar, la puerta del salón donde había permanecido desde el comienzo de la recepción. Habíase metido por entre los apiñados grupos de convidados que invadían sus habitaciones; había tratado de olvidar en el aturdimiento de aquel ruido, de aquella música, de aquellas canciones, de aquellas risas, de aquel murmullo colosal, producido por la muchedumbre que llenaba sus salones. Había adoptado junto á aquellas damas que examinaban su traje y su prendido, que escudriñaban la causa de su palidez, que analizaban toda su persona, una actitud tranquila al ocupar el asiento que le estaba reservado en el teatrillo. Pero sentada allí, á pocos pasos de ella, se hallaba orgullosa, luciendo su exuberante belleza, la descocada Mariana cuyos blanquísimos hombros destacábanse admirablemente á merced de lo negro de su corpiño de raso. Sin poderlo remediar, Adriana veíase condenada á contemplarla.

A cada momento sentíase irresistiblemente atraída por un movimiento de la cabeza ó del aba-

nico de aquella mujer hermosísima, que se inclinaba al oído de Sabina Marsy y que levantaba en seguida la cabeza mirándola con altivez como si se gozara en su triunfo. Y la cólera de Adriana, todo el dolor de su alma, que estaba disimulando desde hacía algunas horas, crecía por instantes, avivado y aguijoneado por la presencia de aquella criatura cuya actitud, cuya sonrisa, eran un continuo insulto. Creía que iba á enloquecer al pensar que en aquellos labios rojos y pintados había puesto Sulpicio sus labios; que sus manos habían acariciado aquellos hombros, habían destrenzado aquellos cabellos, habían estrechado aquel talle. ¡Ah! momentos hubo en que creyó que no podría contenerse y que se levantaría para gritarle: «Sois una miserable! Marchaos de aquí! Marchaos, digo!»

¿Lo haría?

¿Y por qué no? ¿Acaso tenía nadie el derecho de burlarse de ella, de insultarla en público, porque se hallase en su casa y porque tuviese que representar su papel de señora de un Ministro? Pues qué, ¿aquellos salones del Ministerio no eran suyos?

Parecía que todos cuchicheaban en torno de ella, que las mujeres se sonreían parapetadas detrás de sus abanicos, que ellas y los hombres co-

nocían su secreto y conocían la historia del adulterio de su marido.

¿Por qué no la habían de conocer? Todo París debía haber leído aquel artículo satírico, ofensivo, extraño, titulado *La querida de un poderoso*. ¡Todo el mundo lo habría tal vez aprendido de memoria! Indudablemente, á los ojos de muchas personas de las que se hallaban en sus salones, estaba completamente en ridículo.

¡Sí, sí, había motivo para cometer una locura, para arriesgarse á todo, para romper con todas las conveniencias sociales!

¿Tan poco la conocía el tal Sulpicio, cuando de tal suerte la consideraba insignificante porque era bondadosa y se resignaba á todo, sacrificándose por su amor y por su gloria?.... ¡Ah! resignada hasta la muerte. ¡Resignada, sí, á morir, á vivir en la miseria si era menester, á trabajar con tal de que su marido la amase, con tal de que no la engañara jamás!

¡Y estaba allí su querida!

¡Su querida! ¡su querida! Repetía para sus adentros con verdadera desesperación esa palabra, y la volvía á decir, y la delectaba, y la masticaba interiormente como si fuese algo muy amargo.

¡Su querida era aquella mujer hermosa é insolente! Sí, muy hermosa, pero evidentemente terri-

ble, pero capaz de impulsar á un hombre á todo género de locuras; más aún, capaz de impulsar á todo género de infamias á un hombre tan débil como Vaudrey.

— ¡Y ésas son las mujeres á quienes se ama! ¡Ah! ¡imbéciles, qué imbéciles somos nosotras!

Estaba terminando la primera parte del concierto. Adriana se ahogaba. Era necesario que por cortesía, el Ministro fuese á dar las gracias á los artistas de la Ópera y de la Comedia francesa, cuyos nombres figuraban en el programa. Vaudrey tuvo que cruzar el teatro improvisado para dirigirse al salón de descanso que se les había preparado detrás del escenario. Adriana le vió acercarse muy pálido y sonriente. Estaba contrariado é inquieto. Al pasar por delante de Mariana, quiso volver la cabeza á otro lado; pero á su pesar la señorita de Kayser lo detuvo, extendiendo un poco las piernas y dirigiéndole cuando él la miró, una sonrisa significativa y extraña.

Adriana estuvo á punto de desvanecerse. Dió algunos pasos fuera del salón, vacilando. Luego se detuvo como si se le fuera la cabeza. Alguien que estaba cerca se aproximó para sostenerla. Sintió que una mano la cogía el brazo y oyó que le decían en voz baja al oído:

— Es demasiado, ¿no es verdad?

Reconoció la voz de Lissac.

Guy la miraba hacía un instante, comprendiendo muy bien su creciente dolor.

— ¡Llebadme fuera de aquí! — murmuró ella. —

No puedo más..... ¡no puedo más!

Tenía prisa por huir de todo aquel ruido, de aquella atmósfera donde le faltaba aire que respirar, de aquella mirada de Mariana, de aquella sonrisa que se le había clavado como un puñal en el corazón. Caminaba como al azar, guiando instintivamente á Lissac, sostenida por él, hasta que llegaron á un gabinete lejos de los salones de recepción que se había reservado para sí, y la puerta del cual hallábase guardada por un criado. Parecía que había adivinado que habría menester de aquella soledad.

Al paso Lissac, que tropezó con Ramel, le dijo en voz baja:

— Decid á Sulpicio que la señora de Vaudrey está indispuesta.

— ¿Enferma?

— Ya lo veis.

Adriana, en el gabinetito aquel, tapizado de terciopelo granate, donde ardían unas cuantas bujías en candelabros de plata, se dejó caer como si sus

fuerzas se hubiesen agotado por completo, abrumada por la atroz resistencia que había tenido que oponer á sus emociones. Allí permanecía sin movimiento con la vista fija, con las manos apoyadas en los brazos del sillón, pálida como la muerte y contemplando con expresión de loca, los dibujos de los tapices.

Guy, de pie, mordiéndose los labios, pensaba en la insensatez de Vaudrey y en la infamia de Mariana.

—¡Después de todo, ella obedece á sus instintos! ¡pero él!

—¡Ah! es demasiado, sí, demasiado—repetía Adriana como si contestara á las frases que poco antes le había dirigido Lissac.

Parecíale que se hallaba sumergida en la infamia, que acababa de recibir una lluvia de insultos. ¡Aquello era horrible, era repugnante! Veía en el fondo de su vida cosas en las cuales no reparara hasta entonces; de repente lo veía todo. Explicábase algunos pormenores incomprensibles. Las mentiras de Vaudrey se le subían al rostro.

—¡Mentía! ¡ah! ¡cómo me engañaba!

Recordaba su afán de ocultarle los periódicos, sus repetidas recomendaciones, sus medidas de precaución, las sesiones nocturnas que tanto me-

nudeaban y que le ponían de mal color. ¡Pálido de erápula! ¡Y ella tan cándida, que lo compadecía! ¡Y ella tan tonta, que le decía que no se matase por la pícara política que iba á concluir con su vida! ¡Recordaba las furtivas sonrisas burlonas de las *amigas* que asistían á sus reuniones, disimuladas detrás de los abanicos cuando ella hablaba de las sesiones nocturnas en el Parlamento, que eran noches pasadas en el lecho de Mariana! ¡Cómo se habrían reído de ella aquellas parisienses! ¡Cómo se habrían reído de la pobre mujer á quien engañaban é insultaban miserablemente! ¡La señora de Gerson, Sabina! ¡Cuántas burlas formularían acerca de aquella estúpida provinciana que no entendía una palabra de semejantes ardidés!

¡Véase en ridículo, sentíase atormentada, más atormentada que insultada, porque su vanidad era bien poca cosa al lado de su amor, de su pobre amor despreciado!

—¡Sulpicio!..... ¡Jamás hubiese creído..... ¡Jamás!.....

¿Por qué habrían salido de Grenoble? ¿Por qué habrían abandonado la casita de á orillas del Isere? ¡Allí se amaban! ¡París se lo había arrebatado! ¡París! Ahora aborrecía á la capital. Aborrecía la

fama de Vandrey, que lo había llevado á las esferas del poder; aborrecía la política maldita que le privaba de un marido bondadoso y enamorado—porque estaba segura de que la había amado de veras—y que lo había convertido en el amante de una prostituta, en el marido adúltero y artero que era en la actualidad

—¡Mirad—dijo de repente á Lissac—eso, estas paredes son las que detesto!

Y señalaba á los riquísimos tapices de la habitación con ademán colérico.

—¡Desde que entré aquí concluyó mi vida! ¡Esto, esto es lo que me lo ha arrebatado!..... ¡Ah! ¡esta sociedad, esta política, estas villanías, esta vida abierta á todos y á todo, á la tentación y á la caída! ¡Me dan náuseas! Siento un disgusto profundísimo y un desprecio terrible hacia todo esto! ¡Que me saquen de aquí! ¡Que me lleven! ¡Parece que por todas partes huele á mentira y á infamia!

—¿Oís? ¡Ella se ríe! ¡Ella es feliz! ¡Y yo! ¡Ah! yo!.....

Habíase puesto rápidamente en pie, recobrando de repente toda su energía, fustigada por los acordes de un baile húngaro que llegaban hasta ella, lejanos, medio perdidos y que arrancaban de los salones donde Mariana exhibía su insultante belleza.....

—¡Ah! ¡Este palacio, ese ruido, esas mujeres—dijo Adriana—son objeto de mi odio profundísimo y terrible! ¡Esa muchedumbre que invade el ambigü, ese salón convertido en restaurant, esos saludos hipócritas, esas protestas triviales de afecto, esa gente, toda esa gente..... la detesto!..... ¡No quiero sufrirla más!..... Me parece que todo eso se burla de mí, y tiene sonrisas y halagos para esa cortesana infame..... ¿Por qué no la habré echado á la calle?..... ¿Quién la ha traído?

—Su tío.... y el señor de Rosas.

—¿El Duque de Rosas?

—¡Que se casa con ella!

Adriana, nerviosa, prorrumpió en una carcajada estridente, dolorosa como el grito de un espasmo.

—¡Que se casa con ella!..... ¡Conque esas mujeres encuentran marido!..... ¡Ah! ¡se casan!..... Y las honran así, ¿no es verdad? ¿Y porque son fáciles las encuentran más hermosas y más agradables que las que somos solamente mujeres honradas? ¡Ah! ¡qué estupidez!..... ¡Rosas! ¡Creí que era un hombre de talento!..... Y si yo fuese á decirle que era la querida de mi esposo, ¿qué me contestaría ese Duque?

—¡No os creería! ¡Y además, vos, señora, no sois capaz de semejante cosa!—dijo Lissac.

—¿Por qué?

—¡Porque eso sería una cobardía y sois la mujer mejor y más noble de este mundo!

Instintivamente se acercaba á ella bajando la voz, envolviendo con una mirada de ternura á aquella mujer bellísima, más hermosa aún en medio de su ardiente indignación.

Levantó sus expresivos ojos para mirar á Lissac, que se turbó ante aquella mirada y dijo:

—¿Y de qué me ha servido serlo?.... La bondad es una mentira.... una mentira es la honradez.... ¡Preguntad, preguntad á todos esos hombres, y todos prefieren á la señorita de Kayser y se ríen de mí!

—En cambio, señora, para vos —murmuró Guy— será todo lo bueno, todo lo honrado, dispuesto á ofrecerseos como un respetuoso homenaje.

—¿El respeto?.... ¡Sí, es verdad, para nosotras el respeto, y con el respeto el hogar! ¡Pero para ella! ¡Ah! ¡para ella el amor!.... ¿Y si yo quisiera ser amada también?

—¡Amada por él!—dijo Lissac en voz muy baja y como si no supiese lo que decía; é instintivamente sus manos buscaban las manos de Adriana, y temblaban.

Un perfume de mujer y algo así como el olor de flores subía hasta él. Jamás había experimentado tal impresión de piedad, impresión que le hubiese hecho intentar lo imposible, desafiar á toda la multitud que invadía los salones del palacio, si aquella santa se lo exigiese.

—¡Amada por él! ¡sí, por él!—respondió Adriana con el movimiento triste de cabeza propio de un ser que ve desaparecer su alegría y su felicidad como si fuese un buque desapareciendo entre las brumas del horizonte.

¡Había sido tan dichosa! ¡Se había creído tan amada! ¡Ah! ¡malditas mentiras de Sulpicio!

—¡No me habléis de él!—dijo de pronto. ¡También lo aborrezco!.... ¡Hago más! ¡lo desprecio! ¡No quiero volver á verlo.... jamás! ¿Lo oís? ¡Jamás!

—¿Qué haréis?....—preguntó Lissac.

—¡No lo sé!.... ¡Quiero irme!.... ¡Ahora supongo que ya no tengo por qué hacerme violencia para asistir á este baile, ni para hacer los honores á todos esos convidados, cuyas sonrisas me parecen otras tantas bofetadas! ¡Quiero irme! ¡irme!

—¡Adriana!

—¡Irme en seguida!

No le había extrañado al oírse llamar simple-

mente Adriana por Lissac, á quien instintivamente se le escapó esta muestra de familiaridad.

Lo miró sin saber lo que decía, de un modo expresivo y extraño.

—¡Huir ahora! ¡Durante este baile! ¡Dejarlo solo bruscamente! ¡Y si quiere á esa mujer y el otro que va á casarse con ella se la cede!....

Adriana se hallaba fuera de sí, como enloquecida por el dolor, como si todos los esfuerzos hechos aquella noche para dominarse le hubiesen producido una terrible tensión de nervios que la hiciera olvidarse de sí misma.

—¡Sí, quiero irme!.... ¡No puedo volver á verlo!

—¿Irse esta noche?

—A Grenoble.... ¡A cualquier partel!.... ¡Pero huir, huir de él, sí! ¡Sacadme de aquí, señor de Lissac!—añadió, como loca y cogiéndole la mano. Perderé el juicio si estoy una hora más en esta casa!

Y se había refugiado inconscientemente en los brazos de aquel joven que la amaba, y Lissac sentía que aquel cuerpo delicioso se le abandonaba, sin que de ello se diese cuenta aquella mujer, que en efecto se hallaba á punto de perder el juicio.

Guy de Lissac comprendía que en aquel estado excepcional el herido corazón de Adriana no se

daba cuenta de si el afecto de su amigo era sólo amistad ó amor.

Aquel escéptico tuvo una momentánea tentación de cometer la mayor locura que hubiese cometido en su vida.

La joven no comprendía, pero á él en cambio se le alcanzaba perfectamente que, aun sin amor, toda aquella honradez y aquella gracia y aquellos encantos le pertenecerían si se atreviese....

—¡Tenéis fiebre, Adriana!—dijo cogiéndole las manos como á un niño.

—¡Me ahogo aquí!.... ¡Quiero irme!.... ¡Sacadme de esta casa!

—Vamos—dijo Lissac—no penséis en eso.... ¡Acordaos de que vuestra presencia es necesaria aquí!

—¡Pues por eso quiero huir! ¿No véis que me da asco esa gente y que la aborrezco tanto como la desprecio?.... Sacadme de aquí.

Lissac, que se había puesto muy pálido, contempló á Adriana y le dijo en voz muy baja:

—¿No sabéis, señora, que si dieseis dos pasos por la calle cogida de mi brazo, seríais una mujer perdida para siempre?

—Y bien, ¿qué? ¿No son ésas las que logran ser amadas?

—No, señora—respondió Guy. Os amo, puedo decíroslo, porque sois una mujer honrada, y no puedo llevaros fuera de aquí por eso mismo, porque os amo.

También él había llamado á todas sus fuerzas para dar á esa confesión que se le escapaba, el tono frío de una galantería.

Pero era bastante. Adriana retrocedió al oír aquella confesión.

¡La amaba! ¡y se lo decía!

Era verdad; no podía salir de allí cogida de su brazo.

Miró afectuosamente á Lissac, que estaba lívido, y vuelta en sí de repente, le alargó la mano diciéndole:

—¡Sois un caballero! ¡un hombre honrado!

—¡A ratos!—contestó Guy sonriendo con amargura.

Abrióse la puerta del gabinete y apareció Ramel.

—¡He llamado á un médico!—dijo.

—¿Para mí?.....—preguntó Adriana.—Muchas gracias. ¡Soy fuerte!

Y valerosamente, dirigiéndose á Dionisio, le dijo con voz enérgica:

—¿Queréis acompañarme hasta la Calzada de Antin, señor Ramel?

—¿Por qué?

—Porque no quiero permanecer ni una hora más en una casa donde mi marido tiene el derecho de recibir á su querida..... El señor de Lissac se niega á acompañarme..... Dadme vuestro brazo, amigo mío.

—Señora—dijo Ramel cariñosamente—sabía que el señor de Lissac era un hombre de talento, y ahora veo que es un hombre de corazón también. Debéis permanecer aquí por vos, por vuestro apellido, por vuestro marido. Es vuestro deber. Por lo que se refiere á la señorita de Kayser, podéis volver á los salones, porque acaba de marcharse con el Duque de Rosas.

Adriana permaneció un momento mirando tristemente á Ramel, y luego, moviendo la cabeza, dijo:

—¿Conque también vos lo sabíais?..... ¿Conque todo el mundo lo sabía?..... ¡Todos, menos yo!

—Pues bien—contestó Ramel con su sonrisa bondadosa y acariciándose su blanco bigote;—ahora es necesario olvidar.

—¡Eso jamás!—respondió Adriana.

Levantóse, cogió el brazo de Dionisio, y sin dirigir una mirada siquiera al espejo, encaminóse á la puerta del gabinete para volar á los salones del baile.

—¡Vuestro ramo de flores, señora!— dijo Lissac, el cual continuaba muy pálido y cuya voz temblaba.

—Es verdad— contestó Adriana.

Y cogiendo las flores, y sin atreverse á mirar á Guy, salió del gabinete apoyándose en el brazo de Ramel.

Guy de Lissac se quedó solo, moviendo tristemente la cabeza.

—¡Pobre criatura adorada!— dijo.— Si hubiese yo sido bastante joven para no comprender dónde nos conducía su locura, ó bastante depravado para aprovecharme de ella, ¡vaya una tontería gorda que íbamos á hacer esta noche!.... ¡Vamos, tal vez algún día me sea premiado este arranque de noble generosidad!....

Agachóse para coger una rosa que se le había caído á Adriana, y riendo, miróla con cariño y se dijo guardándosela en el bolsillo del frac:

—A todas edades se es colegial. ¡Por lo menos éste es un recuerdo de amor que no irán á robarme de mi casa los polizontes de Jouvenet!

VII.

Al levantarse al día siguiente después de una noche de fiebre, Sulpicio experimentó una sensa-

ción de total abatimiento moral. Parecíale que había perdido á un ser querido; parecíale que en aquel silencioso palacio había alguien muerto. No se atrevía á presentarse á su esposa, porque no sabía qué decirle. Para bajar á su despacho cruzó por los salones, aun engalanados con las flores ya marchitas de la noche anterior. Hojas arrancadas á las gardenias, pétalos desprendidos de las acacias yacían por el suelo en el abandono propio del día siguiente á una gran fiesta. Los muebles, despojados de sus fundas, tenían cierto aspecto parecido al de las personas recién despiertas, después de una noche de insomnio y de agitación. Sentóse delante de su mesa de despacho, con la cabeza pesada, y empezó á mirar papeles con aire distraído. Siempre lo mismo; un montón de telegramas, de partes oficiales optimistas, de extractos apasionados de los periódicos del día. Nada nuevo, nada interesante. Todo iba bien; la gente estaba cansada y sin ganas de historias.

El Ministro seguía inmóvil, absorto, como después de una noche de dolores y de enfermedad, cuando se presentó Warcolier, que entró en el despacho con su solemnidad acostumbrada, con sus frases rimbombantes y su actitud de dómine. Iba á manifestar al Ministro que se distinguía en el

—¡Vuestro ramo de flores, señora!— dijo Lissac, el cual continuaba muy pálido y cuya voz temblaba.

—Es verdad— contestó Adriana.

Y cogiendo las flores, y sin atreverse á mirar á Guy, salió del gabinete apoyándose en el brazo de Ramel.

Guy de Lissac se quedó solo, moviendo tristemente la cabeza.

—¡Pobre criatura adorada!— dijo.— Si hubiese yo sido bastante joven para no comprender dónde nos conducía su locura, ó bastante depravado para aprovecharme de ella, ¡vaya una tontería gorda que íbamos á hacer esta noche!.... ¡Vamos, tal vez algún día me sea premiado este arranque de noble generosidad!....

Agachóse para coger una rosa que se le había caído á Adriana, y riendo, miróla con cariño y se dijo guardándosela en el bolsillo del frac:

—A todas edades se es colegial. ¡Por lo menos éste es un recuerdo de amor que no irán á robarme de mi casa los polizontes de Jouvenet!

VII.

Al levantarse al día siguiente después de una noche de fiebre, Sulpicio experimentó una sensa-

ción de total abatimiento moral. Parecíale que había perdido á un ser querido; parecíale que en aquel silencioso palacio había alguien muerto. No se atrevía á presentarse á su esposa, porque no sabía qué decirle. Para bajar á su despacho cruzó por los salones, aun engalanados con las flores ya marchitas de la noche anterior. Hojas arrancadas á las gardenias, pétalos desprendidos de las acacias yacían por el suelo en el abandono propio del día siguiente á una gran fiesta. Los muebles, despojados de sus fundas, tenían cierto aspecto parecido al de las personas recién despiertas, después de una noche de insomnio y de agitación. Sentóse delante de su mesa de despacho, con la cabeza pesada, y empezó á mirar papeles con aire distraído. Siempre lo mismo; un montón de telegramas, de partes oficiales optimistas, de extractos apasionados de los periódicos del día. Nada nuevo, nada interesante. Todo iba bien; la gente estaba cansada y sin ganas de historias.

El Ministro seguía inmóvil, absorto, como después de una noche de dolores y de enfermedad, cuando se presentó Warcolier, que entró en el despacho con su solemnidad acostumbrada, con sus frases rimbombantes y su actitud de dómine. Iba á manifestar al Ministro que se distinguía en el

horizonte algo que pudiera ser importante y hasta de mal agüero. Granet estaba preparándose para hacer una interpelación. Cierto que era sobre un hecho sin importancia, puesto que se trataba únicamente de una cuestión de etiqueta á propósito de una procesión ocurrida en Tarbes. Esto era sólo un pretexto, pero serviría tal vez para ganar votos á la mayoría del *futuro Ministerio*. El anciano Enrique de Prangrins, que esperaba ocasión de pescar una cartera, que estaba hambriento de poder, apoyaba á Granet: «El hombre que no ha de ser jamás Ministro se coliga con el Ministro inevitable.»

—¿Y á mí qué me importa?—dijo Vaudrey con tono de indiferencia.

¡Granet! ¡Prangrins! ¡Tenía otras cosas en que pensar! ¡Adriana lo sabía todo, y Mariana lo engañaba miserablemente! ¡Y se casaba con Rosas!

Warcolier, siempre muy grave, mostróse sorprendido ante la falta de energía del señor Ministro. Esperaba verlo en muy distinta actitud. ¿Acaso iba Vaudrey á abandonar la partida? ¿Tan seguro era el éxito de Granet? Warcolier se lo sospechaba, y buena prueba de ello era que había adoptado sus precauciones por aquel lado. Pero en verdad que si Granet era el sol que sale, Vau-

drey abdicaba voluntariamente de su papel de sol que se pone. Aquello no era la puesta de un sol, sino una caída vergonzosa. En el alma de Warcolier, admirador del éxito, penetró un profundo desprecio hacia aquel hombre.

—¿De modo, señor Presidente, que no comprendéis?....

Vaudrey irguióse bruscamente, en uno de esos accesos repentinos de energía que le eran peculiares. Dió con el puño cerrado un golpe en la mesa donde se hallaba su cartera abierta, y exclamó:

—¡Comprendo que Granet quiere esta cartera!..... ¡Pues sea!..... No le tengo ningún cariño; ¡pero aun no la ha cogido!

—¡Gracias á Dios! Es digno de los hombres de temple levantar la frente con orgullo, delante de los adversarios.

Y el Subsecretario sonrió de una manera maliciosa que pasó inadvertida para el Presidente del Consejo, harto preocupado, en aquel momento, para fijarse en esas menudencias.

Propúsose combatir enérgicamente contra Granet, como medio de distraer su tristeza y de emplear su actividad en asuntos que le hiciesen olvidar sus desgracias y contrariedades domésticas.

—Está bien — dijo á Warcolier.—¡Que Granet

nos interpele cuando quiera!..... Dentro de ocho días, mañana, hoy mismo; estoy dispuesto á contestarle en el acto.

— ¡Nos interpele!..... — pensaba Warcolier.—
Que *me* interpele, debería decir.

El ya sabía á qué atenerse para un porvenir muy próximo.

Vaudrey se preguntaba si debía ir á ver á Adriana. ¡No! ¿Qué le diría? Mejor era dejar pasar un poco de tiempo, y así sería más fácil que se curase la herida. Y además, si había de derrotar á Gragnet, no disponía de muchas horas para prepararse. El astuto personaje estaría sin duda resuelto á obrar con rapidez.

— ¡Lo veré en la Comisión de presupuestos! — pensó Vaudrey.

Aquel día necesitaba hacerse verdadera violencia para tomar interés en un combate parlamentario, que algunos meses antes lo habría apasionado. Y es que ya había pasado su luna de miel con el poder. Le habían hecho demasiado efecto, uno á uno, los desengaños y sinsabores de una posición que deseaba adquirir para *hacer el bien de la patria*, para reformar y para dar libertades, tarea en la cual tropezó, á cada paso y desde el primer momento, con la rutina, con las ideas rancias, con las

ambiciones menudas, con todos los intereses materiales, con todos los egoísmos. Había soñado una especie de quimera que condujera el país rápidamente hacia el progreso, y se había visto cogido, cogido en el enmohecido engranaje de una máquina usada. Entonces, poco á poco, el cansancio y el disgusto habían ido entrando en el corazón de aquel creyente que quería vivir, afirmarse y concluir con todo género de abusos, y al cual sus compañeros de Gabinete, y los Directores generales, y los Jefes de Sección, y los Jefes de Negociado, y hasta el Presidente de la República, le repetían de continuo: «¡No innovéis! ¡Dejad que las cosas sigan como están y como han estado siempre!»

— ¡Ah! ¡era cosa de sacudir el yugo é intentar lo imposible! Vaudrey se hallaba colocado entre sus ensueños más queridos y las más desconsoladoras realidades. No se le pedían reformas, sino destinos. No era el progreso lo que perseguían aquellos hombres encargados de la suerte del país, sino el progreso de sus intereses particulares. Vaudrey sentía verdaderas náuseas. Iba sintiendo desprecio hacia esos diputados que asaltaban su despacho é invadían su antesala para pedir, reclamar, pretender y solicitar, ahogados á su vez por las solicitudes de sus electores, cada uno de los cuales tenía

algo que pedirles. Aparecían á los ojos de Sulpicio, no como servidores, sino como criados del sufragio universal. Aquel rebajamiento indignaba á Sulpicio. Comprendía, y se espantaba, que Francia iba poco á poco convirtiéndose en un vasto mercado de promesas, una nación en la cual todo el mundo pedía destinos á algunos que, por conservar los suyos, los prometían todos. Los Ministros, agarrados á sus carteras, se convertían en criados de los diputados, á su vez, criados de los electores. Todo se hallaba cogido en una gran red espesísima de solicitudes y agiotajes. ¡Y en medio de esa situación, odio al talento verdadero, egoísmo irritante, estrechez espantosa de ideas!

En tiempo del Imperio, cuando el Emperador, desolado, veíase solo y buscaba á un hombre, Vaudrey recordaba haber oído contar la historia de aquella campanilla famosa de las Tullerías, destinada especialmente á avisar á los chambelanes la entrada en Palacio de un semblante nuevo ó la visita de un desconocido, á fin de que la camarilla, advertida de aquel modo, tuviese tiempo de ponerse en guardia en contra del recién llegado, el cual podía convertirse en un auxiliar del amo, pero que de seguro sería un peligro para sus servidores. Sulpicio no oía aquella campanilla invisible y

sorda, pero la adivinaba, la adivinaba cerca de él, y veía á los interesados, siempre dispuestos á echar de su lado al desconocido; comprendía que su alambre secreto hallábase colocado en torno de los poderosos, lo mismo de los de un día que de los de un cuarto de siglo, y que mientras en el mundo hubiese gente en el poder, habría cortesanos, y que esos cortesanos impedirían de continuo que el desconocido, es decir, la verdad, llegase á las esferas del poder, á fin de que no fuese un verdadero peligro para ellos.

Así es que sentía náuseas y desprecio por aquel poder pasajero, que él, á su pesar, no había podido aprovechar como quería. Un poder que lo ponía á merced de la mala lengua de un colega, de un enemigo, á la merced de ese otro ser abstracto y omnipotente á quien con tanta facilidad se disgusta: la opinión pública.

Había visto bien de cerca las intrigas miserables, los entristecedores agiotajes, el interior de la cocina política, cuyos personajes, ese Warcolier con su facundia retórica, ese Granet con su eterna sonrisa de superioridad y de protección, eran siempre los que tenían cogida la sartén por el mango. Recordaba una frase que Dionisio Ramel le repetía con frecuencia: «¿A qué desvivirse

por lograr un asiento de sol, cuando los de sombra son siempre los mejores?» Sentía verdaderos furros contra sus propias ambiciones, contra su falta de energía para salvar los obstáculos, hombres é ideas rutinarios, y recordaba con terrible angustia su entrada en la vida política, su entrada luego en el Ministerio, y sus ilusiones perdidas y sus sueños de convertirse en grande hombre. «¡Un gran Ministro, quiero ser un gran Ministro!»

—¡Sí, sí, se es Ministro, y gracias! ¡Y es bastante, y á veces demasiado! Allá veremos lo que hará ese Granet que se promete hacer tantas y tan grandes cosas!

Y Vaudrey reía nerviosamente.

—¿Qué ha de hacer? ¡nada, nada y nada! La cosa es bien sencilla. Para hacer algo se necesita ser un grande hombre y no un politiquillo de esos á quienes deslumbran las alturas del poder. ¡Ah, demonios! ¡Ser un grande hombre! ¡Ahí es nada! *¡That is the question!*

Y así se exaltaba á impulsos de la lucha terrible que sostenían su antigua fe política y sus esperanzas desvanecidas, contra el resultado negativo de sus esfuerzos. Todo esto, sin embargo, no era una razón para no seguir luchando. Aquel día había consejo en el Elíseo, y allá fué. Pero lo

mismo que todas las demás cosas en aquellos momentos de abatimiento y de disgusto, el palacio presidencial le pareció lúgubre y mezquino también.

Un ujier vestido de frac y corbata blanca, con su cadena de plata al cuello, se paseaba como de costumbre por la antesala, con los zapatos llenos del polvillo que habían hecho saltar de la alfombra los pies de una multitud de pretendientes y funcionarios. Los mecheros de gas encendidos en pleno día, como en las tiendas de Londres, se reflejaban en las paredes, frías y relucientes como el mármol. Las puertas sin cerraduras, manparas rojas con clavos dorados, abríanse y cerrábanse sin hacer ruido, y sobre los divanes veíanse multitud de pretendientes que aguardaban, con el cansancio y el abatimiento pintados en el semblante, á que les llegase el turno para ser recibidos.

De cuando en cuando el ruido, ya próximo, ya lejano, de los timbres eléctricos alteraba el abrumador silencio de aquellas habitaciones. Vaudrey, que había llegado antes que sus compañeros de Gabinete, entreteníase en contemplar irónicamente aquel espectáculo Un ordenanza, un gendarme llegó, entregó un pliego y se llevó en cambio un

recibo firmado por el ujier que estaba de guardia. Aquella era toda la vida que se observaba en el suntuoso palacio.

Un hombre de aspecto marcial, alto, buen mozo, correctamente vestido, pasó saludando cortésmente al Presidente del Consejo de Ministros; luego Jovenet, el prefecto de policía, con aquel aspecto de pasante de escribanía, se acercó al Ministro y lo saludó también. Vaudrey le devolvió el saludo con frialdad.

— ¡Tengo que hablar con vos, señor Prefecto.

— Está bien, señor Presidente.

A pesar del soldado de infantería que estaba de centinela en la puerta del palacio, y de los ordenanzas que llenaban el portal, parecióle á Vaudrey que todo aquello no tenía un aspecto solemnemente oficial, sino el aire melancólico de una instalación provisional.

— ¡Bah! Y aun cuando no tuviese que volver á poner aquí los pies—decía para sus adentros pensando en la anunciada interpelación de Granet—¿qué me importa?

Dijéronle primero en el Consejo de Ministros, y luego en la Cámara, que Granet no haría su interpelación hasta el día siguiente.

Vaudrey tenía tiempo sobrado para prepararse.

En la Comisión de presupuestos, donde encontró á Granet, *el Ministro futuro* le hizo una pregunta fuera de tono, relativa á ciertos gastos hechos en su Ministerio. Vaudrey, irritado, estuvo á punto de convertir aquello en un lance personal. ¡Pues no faltaba más sino que sus competidores fueran ahora á sospechar de su moralidad! Sólo suponerlo era ya demasiado. Sulpicio contestó con gran dureza y altivez al ambicioso diputado, el cual aseguró que *su compañero y amigo el señor Presidente del Consejo de Ministros* habiase equivocado acerca del sentido de sus palabras, y que nada más lejos de su ánimo.....

— ¡Ah! eso es otra cosa—interrumpió Vaudrey.

No sentía que la interpelación no se hiciese en el acto, porque al día siguiente podría tener colocadas todas sus baterías en defensa. Y además, así podría pensar en calmar á Adriana, y hasta en reconquistarla tal vez. Cuando volvió al Ministerio, preguntó á los criados si la señora estaba indispueta. La señora había salido. Había ido como quien va en triste peregrinación al cementerio, á su casita de la Calzada de Antin, donde muy bien se hubiese podido poner un epitafio donde se dijera: *aquí yace mi felicidad.*

En efecto: aquella casa era como la tumba de su amor.

No quería volver á ver á Sulpicio. Aquella noche, sin embargo, consintió en hablarle.

Su pobre semblante se hallaba muy pálido y como contraído por lo horrible de sus pesares.

—Buscad un pretexto cualquiera—le dijo—que estoy mala, ó cualquier cosa, porque me voy á Grenoble inmediatamente. He escrito á mi tío, el cual me espera. Un sitio en su casa es lo único que me queda ya en este mundo.

—¡Adriana!—murmuró Sulpicio.

Ella cerró los ojos, porque tal vez aquella voz suplicante le causaba nuevos dolores; pero no hizo ni un solo movimiento, ni pronunció ni una sola palabra. Era un autómata que andaba. Ni siquiera en sus ojos leíase expresión de reproches ni de cólera. Parecían apagados y mortecinos.

En ella había algo de la muerte.

—Espero—añadió al cabo de un momento—que mi firme resolución no os causará ningún perjuicio en vuestra carrera política. En todo caso haría un esfuerzo supremo para cumplir mi deber. Pero la gente no se preocupará por saber si estoy en París ó en Grenoble. ¡Les importa tan poco!

Él quiso detenerla con un gesto; pero ya ella

sin aguardar respuesta había penetrado en su habitación, y Vaudrey comprendió que desde aquel momento, entre su mujer y él, se levantaba un muro infranqueable. No le quedaba más remedio que amar á Mariana.

¿Amar á Mariana? ¡Ah! sí; ¡el desventurado seguía amándola como un loco! Sentía lástima cuando pensaba en Adriana, y sentía cólera al pensar en Mariana; pero positivamente la idea de que su mujer abandonaba para siempre á París, le causaba menos pesar que la idea de que su querida se casaba con Rosas.

Fué á casa de Mariana aquella misma noche.

Allí le dijeron los criados que la señorita estaba en el teatro. ¿En cuál? ¿Con quién? Ni Juan ni la doncella lo sabían.

Vaudrey se despreciaba al verse haciendo esas preguntas á criados que, de seguro, en cuanto voviera la espalda se reírían de él, poniéndolo en ridículo.

—¡Oh! ¡miserable! ¡tonto!—se decía.—¡La única mujer que te amaba era Adriana!

Y sin embargo, con los ojos de la imaginación, veía en las horas de su pasado amor á Mariana, cuyo recuerdo le trastornaba y le hacía estremecerse de los pies á la cabeza, ¡y quería volver á

ver sus destrenzados cabellos cayendo sobre la almohada, y sentir de nuevo sus enloquecedoras caricias! Calculaba con feroz egoísmo que la cólera y la resolución de Adriana le daban por el momento una libertad más completa, y que Mariana podría ser más suya si quería serlo.

Había escrito á la señorita de Kayser. La carta se quedó sin respuesta. Decíale que iría á su casa al día siguiente cuando terminara la sesión de la Cámara.—Muy tarde, añadía, porque la sesión será probablemente muy larga. Larga y decisiva, puesto que de ella dependería la vida del Ministerio.

La interpelación de Granet no le preocupaba demasiado. Aquella mañana se hizo cargo del extracto de los periódicos. La opinión parecía favorable al Ministerio Vaudrey, *á excepción de algunos periódicos de una intolerancia intransigente, de los cuales no hay para qué ocuparse*, decía el extracto. Vaudrey no se acordó entonces de que la vispera de la caída del Ministerio Picherau, el Negociado de la prensa hablaba casi en los mismos términos de aquel Gabinete.

—¡Tendré sesenta votos de mayoría!—pensaba;—y todo se habrá salvado..... menos el honor!

Y se acordaba de Adriana y no podía contener un suspiro.

La sesión de la Cámara le preparaba un desengaño cruel. El astuto Granet había preparado muy bien su plan de ataque. El Ministerio Vaudrey tenía el terreno minado por todas partes, en virtud de hábiles trabajos de zapa, que Vaudrey no había echado de ver. Granet había prometido actas y destinos, y habíase comprometido á mantener á otros en sus sitios. Llegó, pues, al asalto del Ministerio, seguido por un batallón compacto de gentes interesadas en su triunfo, porque era el de ellos también. No reprochaban á Vaudrey nada, como no fuese el haber dado todos los Gobiernos y Subgobiernos, las plazas de consejeros y las cruces de la Legión de Honor, y sobre todo el haber durado mucho tiempo en el poder. Vaudrey debía caer, más que por sus propias faltas, porque había otros impacientes por conseguir el poder. Granet estaba ya cansado de ser siempre el *Ministro futuro*, y quería que le llegase el turno. Quería afirmar su política, y aseguraba que el país, cansado de las vacilaciones y componendas de Vaudrey, deseaba un Gabinete más homogéneo. ¡La homogeneidad! No había nada que decir contra esa política. Granet era partidario de una política homogénea. ¡Decididamente el Presidente de la República debía llamar á sus consejos á un Ministe-

rio homogéneo! El tal vocablo era todo el programa de Granet. ¿Para qué más?

—¿Conque Granet es homogéneo?—decía tratando de echarlo á broma Sulpicio, sentado en el banco ministerial y dirigiéndose en voz baja á sus compañeros de Gabinete, en tanto que Luciano Granet hablaba en la tribuna con una mano metida entre dos botones del pecho de su levita.

A pesar del chiste del Presidente del Consejo, que algunos habían podido oír perfectamente, nadie confiaba en su actitud fría y expectante, nadie, ni sus colegas, que se sentían amenazados, ni los que de ordinario le aplaudían, que entonces lo veían á punto de ser derrotado. Navarrot, el constante *jaleador* de todos los Ministerios, aplaudía á rabiar el discurso de Granet. El *señor Ministro* comprendió que se iba convirtiendo en un *ex Ministro*. Sentía en torno suyo algo así como el vacío producido por una máquina neumática.

El voto de censura envuelto por Granet en las fórmulas correctas de una páfida cortesía parlamentaria—aceite de ricino diluído en agua de naranja, como decía á media voz Sulpicio, empeñado en aparentar tranquilidad en los momentos de la derrota;—aquel voto de censura que era la sentencia de muerte del Gabinete Vaudrey, fué apro-

bado por una mayoría considerable: 122 votos.

Para Sulpicio era una derrota espantosa.

—¡Ciento veintidós diputados—decía luego en voz alta en los pasillos—á quien sin duda había negado el nombramiento de algún alcalde ó la destitución de algún estanquero!

Warcolier, siempre digno, le hizo observar con su lenguaje acostumbrado que aquella manera de defenderse carecía un poquillo de la nobleza que tan bien sienta á la derrota noblemente soportada.

Vaudrey no tenía más remedio que presentar su dimisión. Estaba derrotado, derrotado en toda la línea. Volvió al palacio Beauvau, y después de haber redactado él mismo su dimisión, fué á llevársela personalmente al Presidente de la República. El Jefe del Estado la aceptó sin emocionarse, como un empleado del registro de una oficina toma nota de cualquier documento que se presenta en su negociado. Dos ó tres frases triviales manifestando su sentimiento, un apretón de manos diplomática y oficialmente simpático, y se acabó.

Vaudrey regresó al Ministerio y dió orden á los criados de prepararlo todo para trasladarse á su casa.

—¿Cuándo, señor Ministro?

—Mañana mismo—contestó Vaudrey, á quien aquel título le pareció irónico y le atacó á los nervios.

Hizo que anunciasen á Adriana su visita.

Sentada delante de un pequeño escritorio, Adriana escribía con aire fatigado, pálida como una muerta.

—Hay novedades—le dijo Vaudrey bruscamente.—¡Ya no soy Ministro!

—¡Ah!—contestó ella.

Ni un estremecimiento, ni una palabra de consuelo.

Tres días antes se hubiese arrojado á su cuello diciéndole «¡Qué felices vamos á ser ahora! ¡Vuelves á pertenecerme! ¡Qué alegría!»

Ó hubiese procurado consolarlo si lo veía sufrir.

Pero ahora permanecía impasible, indiferente, fría ante su marido.

—¡Vamos á dejar el palacio de Beauvau!—dijo Sulpicio.

—Ya me estaba preparando para marcharme—respondió ella.—Mis maletas están arregladas.

—Supongo que me haréis el obsequio de salir conmigo de este palacio y de entrar conmigo en la casa de la Calzada de Antin..... Luego os iréis

á Grenoble. Pero evitemos las apariencias de un escándalo. Hay que pensar en el qué dirán.

Ella lo había oído con frialdad é insensible á su emoción.

—¡Es verdad!—contestó con ironía.—Hay que pensar en el qué dirán. Esperaré á que nos hayamos mudado.

Causábale á Vaudrey verdadero estupor encontrar tanta frialdad y una resolución tan implacable en aquella mujer, dulce y bondadosa como una niña—mi *mujer-niña*, como solía llamarla en otro tiempo.—Sentíase delante de ella disgustado y sin saber si echarse á sus pies para arrancarla su perdón, ó salir corriendo para reunirse con Mariana, á quien tal vez no abandonaría jamás en ese caso. Pero no; era á Adriana, á su queridísima Adriana, á quien quería conservar á su lado y amar como siempre la había amado. ¡Ah! ¡si le perdonara! ¡Si se hubiese él atrevido á arrodillarse, á suplicar, á llorar! Pero aquel cadáver viviente le helaba la sangre en las venas. Tenía miedo. ¡Miedo de ella, miedo de aquella mujer tan dulce, tan inocente, tan cándida!

Salió de su cuarto pensando en comer de prisa y corriendo para dirigirse en seguida á la calle de Prony. Tenía, sin embargo, que ocuparse en des-

pachar los últimos asuntos pendientes y disponerlo todo para hacer entrega del poder á su sucesor. Parecíale una burla esa palabra: *su sucesor*.

—¡Bah! después de todo, él también tendrá el suyo.

Experimentaba aún desengaños y descorazonamientos inesperados. Gentes á quienes había prometido destinos ó cruces acudían presurosas, casi sin respiración, espoleadas por la noticia, á suplicarle que firmase sus nombramientos y preparase sus decretos á guisa de testamento, antes de que dejara de ser Ministro. Alrededor de aquel cadáver había sus correspondientes cuervos. El señor Eugenio, saludando todavía, pero sin hacerlo con tanta humildad, procuraba sacar tajada. ¡Cualquier cosa! ¡Un Subgobierno, aunque fuese de tercer orden!

Dijéronle que ya en el Eliseo se le designaba á Granet como sucesor. ¡Diablo! ¡lo esperaba! Pero, esto no obstante, irritábase al ver realizados sus temores.

Granet conservaba como Subsecretario, ¿á quién? ¡al propio Warcolier: Sí, á Warcolier, á quien le prometía la primera cartera que vacase.

—¡Qué razón tenía Ramel!—pensaba Sulpicio.

De pronto, con cierta especie de rabia, Vaudrey quiso ocuparse activamente en eso que tanto se parece á un entierro: la mudanza. Parecíale que acababa de experimentar una gran desgracia. Los criados atestaban los cajones de libros y de papeles. Antes de tener seguridad de su caída, creía estar satisfecho ante la idea de verse libre de los sinsabores cotidianos que pasaba; y ahora en cambio sentíase abatido por su derrota y por su ruina. ¡La ruina! En verdad que lo amenazaba también. ¡Desde hacía un año, había vendido más de una finca para tener dinero disponible para Mariana!

Adriana, por el contrario, salía de aquel palacio frío de la plaza Beauvau, como hubiese salido de una cárcel, con la impresión deliciosa de verse en libertad. Terminaba para ella una pesadilla horrible. Podía quitarse la careta oficial, llorar á sus anchas, quejarse á su gusto, huir, huir á su pueblo, donde estaban todos los recuerdos de su dichosa juventud. Al día siguiente sin falta, emprendería el viaje. El doctor Reboux la estaba esperando, sin comprender la causa de su repentina visita.

Después de haber dado algunas órdenes y de haber guardado sus papeles de mayor importan-

cia, Sulpicio salió á pie, para ir á casa de Mariana.

Anduvo antes maquinalmente por las calles, yendo á parar á los muelles sin saber cómo, temeroso de aquella entrevista con su querida, ahora que ya no era más que un hombre caído. Así llegó á orillas del Sena. Miró el reloj.

¡Las once!

Mariana lo estaría esperando desde hacía mucho tiempo.

Iba siguiendo con esa lentitud propia de los que se hallan muy fatigados, aquellos muelles desiertos, aquella acera de la orilla del río, silencioso y tranquilo. No encontraba á nadie. En la plaza de la Concordia, húmeda á causa de la lluvia aun no seca, detúvose á contemplar un momento el palacio de los Cuerpos Colegisladores, sombrío, destacando su silueta monumental en el fondo del cielo, y mal alumbrado por la pálida claridad de la luna y de los faroles del alumbrado público. En la gran avenida de los Campos Elíseos ya no había más que dos largas filas paralelas de mecheros de gas, y aquí y allá algunos puntos luminosos, movibles, parecidos á fuegos fatuos. Vaudrey se detuvo maquinalmente un momento á contemplar todo aquello.

No le interesaba, pero dentro de él sentía algo superior á su voluntad, que le imponía sus deseos. Maquinalmente continuó su caminata hacia el parque Monceau. La soledad de los Campos Elíseos le agradaba. Al pasar por delante de un gran casino cuyos balcones veíanse iluminados, tuvo un estremecimiento instintivo. Miró por entre el ramaje de los árboles aquellas pantallas verdes, aquellos candelabros, aquellas bombas de cristal cuajado, y se imaginó que la gente allí reunida discutía sobre las causas de su caída y las de la subida al poder de Luciano Granet.

—¡Ahí dentro hablan de mí! ¡Hablan de mi derrota! ¡Ha caído! ¡caído! ¡derrotado!.... y se ríen y hacen chistes á costa mía!.... ¡De seguro que entre esos caballeros hay muchos que ayer mismo me pedían destinos.

Y continuaba su camino sin apresurarse; los cafés cantantes y los teatrillos de varano, desiertos, tristes como todo lugar abandonado, le parecían irónicos, produciéndole una impresión de abandono siniestro, como si aquellas soledades hubiesen estado llenas de apagadas canciones, de graciosa música ya muerta y olvidada, como si él mismo se encontrase allí perdido y olvidado para siempre y por todo el mundo.

Un poco después, pasó por delante del Elíseo un agente de orden público que se paseaba lentamente por delante de una garita desocupada, con las manos metidas en las anchas mangas de su capote; le dirigió una mirada de reojo, casi desconfiando, como si tratase de averiguar qué iba á hacer por aquellos sitios y á semejante hora aquel vagabundo.

—¡No sabe á quién mira!—se dijo Vandrey.—
¡Y ayer, ayer me hubiese saludado con el mayor respeto!

En algunos balcones del Elíseo veíase todavía luz, y á Sulpicio le parecía que pasaban y cruzaban algunas sombras por detrás de las cortinas blancas.

—¡El Presidente no se ha acostado todavía!..... Probablemente habrá recibido á Granet..... y á Warcolier!..... ¡Warcolier!.....

Delante de la inmensa puerta del palacio cuatro faroles enormes alumbraban desde lo alto al centinela que paseaba con su fusil afianzado y haciendo relucir el charol de la imperial de su schakó á la luz de los faroles. Dos agentes de orden público charlaban á media voz, paseándose también. En el fondo del patio, al pie de la anchurosa escalera alfombrada, había otros dos faroles encendidos.

Vandrey recordó aquella feliz mañana en que gozoso y satisfecho entraba allí por vez primera, después de bajar del coche de Ministro con su cartera debajo del brazo.

Apretó el paso y se encontró en la plaza Beauvan, sintiendo sus miradas atraídas por la gran verja de hierro que rodeaba el jardín, en el fondo del cual veíase el palacio..... Sulpicio experimentó cierta cólera violenta al pasar por el Ministerio de la Gobernación, cuya entrada, cerrada ahora, había franqueado tantas veces en su carruaje de Ministro. Y se veía entrar allí, donde ya no volvería á penetrar, como no fuese á título de pretendiente fastidioso, formando parte de aquella turba multa de diputados que siempre tenían algo que solicitar. Parecía estar oyendo todavía el grito del lacayo cuando el coche entraba en el patio: ¡El carruaje del señor Ministro! Y subía, y los lacayos saludaban, y el carruaje se alejaba lentamente.

Ahora en aquel palacio se instalaría otro hombre, que se sentaría en las mismas sillas, comería á la misma mesa, dormiría en la misma cama y dispondría de los mismos criados.

Experimentó la extraña impresión de un robo cometido, la desposesión de una cosa suya por un desconocido; y aquel Granet, aquel hombre insta-

lado allí como lo había estado él en virtud de una votación parlamentaria, le parecía un habilidoso, un filibustero y un intruso.

—¿Cómo se acostumbra uno á creerse en su casa en cualquier parte!—pensó Vaudrey.

Olvidó un tanto aquella herida recibida en su amor propio, cuando se encontró en el Parque Monceau y cerca ya de la calle de Prony. En los balcones de Mariana se veía luz. La alegría inefable de ver otra vez á esa mujer y de estrecharla frenético entre sus brazos lo consolaría de todos aquellos pesares. El amor de Mariana valía cien veces más que los goces del poder.

Evidentemente Mariana Kayser estaba esperando á Sulpicio.

Lo recibió en el gabinete muy alumbrado, soberbia y hermosísima, con una bata de cachemira encarnada que daba á sus brazos y á su cuello desnudos un encanto y una seducción extraordinarios.

Vaudrey sintió la misma sensación de infinito apasionamiento, de deleite, de locura, que experimentaba siempre al lado de aquella mujer hermosa.

Mariana le alargó la mano, diciéndole con tono extraño que le llamó la atención:

—¡Hola! ¡buenas noches!

—¿Conque hay novedades, según parece?—añadió casi en seguida, señalando á un periódico que se veía en el suelo.

—Sí—contestó Sulpicio.—Pero ¿qué importa? Cuando estoy á tu lado no pienso en esas cosas.

—Además, amigo mío, de que nuestro pecado capital no es, ni ha sido nunca, pensar en dos cosas á la vez. No entiendo una palabra de política, porque me aburre todo eso; pero me parece que habéis consentido que os la pegue ese Granet.

—Que me la pegue, sí—dijo Sulpicio sonriendo.—Dices las cosas gráficamente.

—¡Sí, soy de mi tiempo! Pero en fin, para tener noticias vuestras era necesario leer los periódicos. Cuanto á mí, voy á daros una que aun no ha sido impresa.

—¿Una noticia que me interesa?

—Tal vez; pero que de seguro me interesa á mí.

—¿Una gran noticia?—preguntó Sulpicio.

—Grande ó gorda, como queráis.

Vaudrey se mordía el bigote.

Guy no le había engañado.

—Pues entonces, mi querida Mariana, me parece que ya conozco vuestra noticia.

—¿A ver?—contestó ella tendiéndose en un sofá y cruzando los brazos desnudos sobre el pecho de su elegante bata.

Sulpicio trataba de anonadarla con alguna frase brutal que no acudía á sus labios. Tenía tentaciones irresistibles de coger entre sus manos aquella cabeza rubia y posar en ella la boca para besarla apasionadamente.

Mariana sonreía con expresión maliciosa.

—¿De modo que es cierto—exclamó Vaudrey—que amáis al Duque de Rosas?

—¡Caramba! ¡qué bien informado estáis! ¡Es raro! Tal vez consista en que ya no sois ministro.

—¿Amáis á Rosas?

—Y me caso con él. Tengo el honor de participaros mi próximo enlace con el Duque D. José de Rosas, Marqués de Fuencarral. La cosa es extraña, pero es cierta..... He pasado muchos días sin tener qué comer, ni un céntimo para tomar el tranvía, y ahora voy á verme de repente convertida en Duquesa. Parece que no os alegráis. ¿Tan egoísta sois?

Tendida en el sofá, con el cuello y los brazos ebúrneos destacándose, atrevidos, sobre el fondo grana de la bata de cachemira, parecía estarse

burlando del estupor de Vaudrey, que la miraba con expresión casi de espanto.

—Ahora, amigo mío—dijo luego con tono amable—ya sabéis para qué deseaba veros hoy mismo. Para deciros que si queréis que sigamos siendo *solamente* buenos amigos, cosa que no es desagradable echando un velo sobre el pasado, tendré mucho gusto en que frecuentéis la casa de la Duquesa de Rosas como visitabais la de la señorita de Kayser. Pero si os empeñáis en hallar en la Duquesa la mujer amable y enamorada que encontrabais en Mariana, y sois muy capaz de empeñaros en ello, porque sois lo más sentimental y romántico que he conocido, entonces es inútil seguir tratándonos. Como si jamás nos hubiésemos visto. Rompo con el pasado y echo la llave á mi vida de soltera. ¡Crac, y buenas noches, Sulpicio!

¡Infeliz! Creía ir á la casa de la que aun era su querida, y se la encontraba burlona, desdeñosa, implacable, convertida en una criatura enteramente distinta, y que le hablaba con el mayor cinismo de su resolución.

—¿Quieres que me vuelva loco, Mariana?

—¡Vaya una ocurrencia!..... ¡Qué frase más romántica!..... Corregios de esos malditos defectos, de esa manía de exagerar en política y de

verlo todo color de rosa en cuestiones de amor.

—Mariana—dijo bruscamente Vaudrey—¿acaso no sabes que por tí he roto la felicidad de mi vida doméstica y herido mortalmente á mi mujer?

—Pues qué, ¿acaso yo os había pedido que hicierais semejante cosa? Os gustaba, me gustabais, y se acabó. No quería yo la muerte de nadie, y si habéis dejado que vuestra esposa adivine nuestras relaciones, señal de que habéis sido, ó muy imprudente, ó muy tonto! Pero yo, como no quiero herir mortalmente (y subrayaba con expresión burlona estas palabras), entiendo que mi marido no debe sospechar jamás lo que ha sucedido entre nosotros, y como vos no sabéis fingir, y por lo tanto no sabréis fingir con él, debemos acabar de una vez. Conque, adiós, mi querido Vaudrey.

Y le alargaba la mano, aquella mano suave y deliciosa, que cada vez que la tocaba parecía contener efluvios eléctricos.

—¿Qué? ¿vaciláis?....

—¡Te amo!—respondió él fuera de sí.—Te amo, ¿lo oyes? y quiero que sigas siendo mía.

—¡Ah! no, no, dejémonos de violencias!—confestó ella riendo, en tanto que Sulpicio sentándose á su lado procuraba abrazarla.

—¡Que sigas siendo mía!—dijo Vaudrey en voz baja.—¡Aunque seas esposa de otro!

—¿Por quién me habéis tomado?—exclamó Mariana levantándose del sofá.—Á mi marido quiero que se le respete. El hombre que le da á una su apellido tiene derecho á que no se le engañe.

—De modo que entonces—murmuró Sulpicio—¿qué? ¿no volveremos á vernos más?

—Nos veremos..... desde lejos.

—¿Me echáis?

—Amistosamente.

—¡Ah!—exclamó Vaudrey levantándose pálido y descompuesto, y paseando de un extremo á otro del gabinete con desesperación—sois una miserable prostituta, una prostituta, ¿lo oís? una prostituta..... Guy me lo ha dicho todo..... Os entregasteis á Jouvenet para vengaros de Lissac, y os burlabais de mí como os burláis de Rosas, con quien váis á casaros! ¿Qué no hubiese hecho yo por vos?.... ¡Estoy arruinado, sí, arruinado!

—Amigo mío—interrumpió Mariana fríamente—ahí tenéis la diferencia que hay entre un caballero como el señor de Rosas y un burgnés de tres al cuarto como sois vos. Aunque el Duque se hubiese arruinado por mí, á buen seguro nó me lo hubiera echado en cara nunca. ¡Á las mujeres nó

se les habla jamás de dinero! ¡Sois un excelente marido, y habéis nacido para cultivar la felicidad conyugal! ¿Por qué no habéis seguido adorando á vuestra esposa? ¡No sois de la madera de los que pueden tener queridas! Lo que acabáis de decirme no lo hubiese dicho ni un jayán.

—¡Ah! ¡si os hubiera conocido á tiempo!

—¡Como si fueseis capaz de conocer á nadie ni de saber nada! Soy yo mucho más avisada que vos. Sé que ese pagaré que debéis á la Dujarrier, ó á Gochard, como queráis..... os tiene apurado.

—Sí, dijo Vaudrey: pero.....

—Supongo que no querréis que lo vaya yo á pagar con mi dinero, es decir, que no querréis que pague vuestras deudas con el dinero del Duque de Rosas.

—¡Mariana! —gritó Sulpicio fuera de sí y rojo de cólera.

—¡Caramba, puesto que me habláis de dinero.....! ¡Puesto que me contáis vuestra ruina y rezáis el *De profundis* de vuestra fortuna! Decía yo que eso querría decir..... Pero, en fin, vamos á mi cuento. Sabiendo que estabais apurado, os he buscado un auxilio..... Sí, se lo he dicho á una persona que se dedica á sacar de aprietos á la gente, y le he dicho que estabais apurado.

—¿Yo?

—No hay por qué avergonzarse. Se lo he dicho al banquero Molina..... ya le conocéis.

¡Que sí le conocía! Parecía estarlo viendo en aquel instante delante de él; y recordando su última visita al Ministerio, se le aparecía ahora como una tentación irresistible, como una tabla salvadora.

—Molina es hombre de dinero—dijo Mariana. ¡Si necesitáis fondos, él os los dará! Conque lo dicho; y repito que me dejéis tranquila para poder dedicarme á los deberes de mi nueva vida. ¡Vaya! ¡buenas noches, y adiós, amigo Vaudrey! ¡Ahí va mi mano!

Y sonreía de tan extraña manera, recostada en el sofá y alargándole la mano con ademán tan seductor, que Sulpicio la cubrió de besos y repitió otra vez en voz baja:

—Pues bien, bueno, adiós..... Sí, adiós..... ¡Pero una vez más..... una vez tan solo!..... Esta noche..... ¡Te amo tanto!..... ¿Quieres?

Ella extendió el brazo desnudo hasta llegar con la mano al cordón de la campanilla, tiró de él con un movimiento nervioso, y Vaudrey se levantó humillado y furioso como movido por un resorte.

—Acompaña al Sr. Vaudrey—dijo Mariana á

la doncella, que se presentó en el gabinete; y ya te puedes acostar, hija mía.

Vaudrey salía furioso de casa de aquella mujer. Acababa de tratarle, á él que había comprado el sofá donde se recostaba, como una Duquesa auténtica hubiera podido tratar á un insolente que le faltase al respeto. Casi le daba risa el pensarlo.

—¡Bien hecho! ¡Te está bien empleado por tonto! ¡Fiarse de una pérdida! ¡Fiarse de Warcolier! ¡Fiarse de todo el mundo! ¡De todo el mundo, menos de Adriana!.....

Maquinalmente, y sin darse de ello cuenta, tomó al salir, el camino de la plaza Beauvau, olvidando que ya no habitaba en el Ministerio. Tal vez el portero no le hubiese abierto la verja del jardín. Los lacayos quizás lo hubiesen echado á la calle como lo echaba una cortesana, porque no era ni más ni menos que una cortesana con quien se había gastado una fortuna.

Y poco á poco, el pensamiento, casi olvidado durante los últimos días de fiebre, de aquella deuda agrandada por los pagarés sucesivos y que debía satisfacer el 1.º de Diciembre, cinco días después, volvía á su mente, terrible y amenazador, como un grave peligro. Esta perspectiva lo había preocupado quitándole el sueño desde hacía algunas

semanas. Veía pasar los meses y los días con una rapidez fantástica y aproximarse la fecha del vencimiento, del terrible vencimiento, con una regularidad matemática. En tanto que había tenido algunos meses de tiempo, no había pensado en ello. Contaba con lo imprevisto, como hacen los jugadores. Tenía también algunas fincas en el Delphinado. En definitiva, con escribir á su apoderado saldría del apuro bien pronto. Además, aun faltaba mucho tiempo para que venciese el pagaré. Calculaba que haciendo economías en sus rentas y en su paga de Ministro podría satisfacer la deuda á Gochard, un nombre que á veces le producía risa. Luego las exigencias de Mariana, los gastos imprevistos, el *chorreo* continuo de la vida en París, no le permitieron economizar, y se le llevaban poco á poco el dinero que en junto tendría necesidad de entregar en cuanto llegase el mes de Diciembre. Poco á poco, á medida que esa fecha se acercaba, fué preocupándose seriamente. Había escrito á su apoderado, y este buen señor le contestaba desde Grenoble que las fincas hipotecadas iban perdiendo su valor, si bien no debía preocuparse, porque la fortuna de la señora de Vaudrey se hallaba en cambio intacta.

¡La fortuna de Adriana! Era lo único que le

quedaba á Vaudrey y lo único que podía salvarlo. Fortuna que, si no colosal, era ciertamente muy respetable y sólida. Pero aunque se viese acosado por la deuda, comprometido, á punto de quedar en descubierto, ¿podía hacer Vaudrey que su mujer pagase las deudas contraídas por su querida? Él mismo se indignaba de pensarlo. Era imposible.

Vaudrey sentía que se le iba la cabeza, como vulgarmente se dice ahora; que se veía humillado por su doble derrota: la desconfianza del Parlamento y la risa insultante de Mariana; y en medio de la inquietud que le producía la necesidad de pagar aquella deuda dentro de un plazo de cinco días, se le ocurrió escribir á Gochard pidiéndole una prórroga. El tal Gochard debía ser un usurero, y seguro de que algún día había de cobrar, tal vez le gustase renovar el *pagaré* aumentando los réditos. Vaudrey echó la carta al correo interior, á la mañana siguiente.

Aquella misma noche debía emprender Adriana su viaje. Él procuró hacerla desistir. Ella ni siquiera le contestó, sin apartar la vista de un magnífico jarrón de porcelana colocado encima de la chimenea y lleno de flores de invierno que le habían enviado desde Grenoble, como recuerdo de su

país y de aquella casa donde tan feliz había sido durante su luna de miel.

—¿De modo—le dijo Vaudrey—que es cosa decidida, enteramente decidida? ¿Te marchas?

—Sí.

—¿Dentro de tres horas?

—¡Dentro de tres horas!

—Sí, donde han cogido esas flores—le dijo Sulpicio con acento cariñoso. Al pie de la ventana donde tantas veces nos hemos visto.

—Sí—dijo Adriana con voz conmovida.—¡Entonces soñábamos, nos hacíamos dulces ilusiones! ¡La realidad las ha destrozado todas!

—¡Adriana!—murmuró él.

Ella no contestó.

Él trató de acercarse á su esposa, avergonzándose al recordar que del mismo modo había tratado de abrazar á Mariana.

La joven retrocedió instintivamente.

—¿Recordáis que un día que hablábamos del divorcio os dije que había un medio muy sencillo de divorciarse, que era el de no volverse á ver jamás, el de no ser nada el uno para el otro desde el día mismo en que se perdiese la confianza y el cariño? Pues bien, me habéis engañado, y todo ha terminado entre los dos. ¡Para vos soy una extra-

ña! Si fuese madre, tendría deberes que cumplir y no faltaría á ellos. ¡Por un hijo hubiese soportado todo lo que hubiera que soportar!..... Pero no los tengo, y me veo privada hasta de la alegría de besar á un hijo que me consuele. Soy viuda, á pesar de no haber muerto mi marido. ¡Puesto que vos lo habéis querido, ahí tenéis el divorcio!

Era la tercera vez, desde que Adriana lo había descubierto todo, que estuvo á punto de pronunciar la palabra *perdón*. Pero comprendió que sería inútil. Aquella sensitiva se había cerrado, envolviéndose como si fuese con un tupido velo, en su pecho ofendido. Vaudrey no podía hacer más que humillarse inútilmente, porque no lograría enternecerla. Toda la fe perdida, todo el amor insultado de Adriana, se traducía en una resistencia terrible que no le permitiría ni olvidar ni perdonar.

Estaba resuelta á marcharse.

Vaudrey entró desesperado en su despacho, donde se veían apilados los libros que habían llevado desde el Ministerio, dando á la habitación el aspecto que tendría en momentos de mudanza. El criado que le entró el quinqué entrególe una multitud de cartas y tarjetas de pésame, como si se tratase de un duelo, y enseñándole una tarjeta que llevaba aparte, le dijo:

—Este caballero está ahí.

—¡Molina!—dijo Vaudrey poniéndose muy pálido.—¡Que entre!

El cetáceo de Salomón entró riendo y dando resoplidos, é instalándose cómodamente en una butaca dijo al ex Ministro:

—¿Qué tal va?..... Supongo que no estaréis muy abatido ¿eh?..... ¿Qué importa salir del Ministerio?..... A veces es el medio de volver á entrar pronto.....

—La verdad es—continuó sonriendo groseramente—que cambiamos demasiado á menudo de Ministros. ¡Casi casi como de camisas! A mí me fastidia, porque cuando me voy acostumbrando á uno, me le confiscan. ¡Así es que en lo sucesivo no pienso aficionarme á ninguno!

Y acompañó con otra carcajada aquella insolencia de mal gusto. Luego, variando de tono,

—Pero no venía solamente á esto, sino también á hablaros de negocios—dijo.

Y miró frente á frente á Vaudrey, sacó un papel impreso de su cartera y añadió:

—Ahí tenéis una ocasión en que vuestro título de ex Ministro os servirá mejor que el de Ministro. Se habla mucho de la Argelia, de sus minas y de sus bosques. Pues bien, leed esto.

Vaudrey cogió el papel. Era el prospecto, muy hábilmente redactado, de una asociación que se constituía para explotar el gas en la Argelia hasta cerca de la región del Sahara. Prometíase á los suscritores y accionistas el oro y el moro: hectáreas enteras de tierra. Una fortuna en pocos meses. Entretanto se emitían seis mil acciones de quinientos francos. Se pedían al público tres millones. Una friolera.

—Y se le podían pedir diez—decía Molina riendo—y los daría.

—¿Y queréis que me suscriba á vuestra empresa de gas argelino?—preguntó Vaudrey.

El gran Molina se echó á reír otra vez.

—¿Yo? lo que quiero es sencillamente proporcionaros la ocasión de hacer fortuna.

—¿Cómo?

—Este es un negocio. ¡Os proporcionaré otro, y cinco, y diez! Tengo otra sociedad para explotar la hulla del Luxemburgo. Minas que son tan buenas ó mejores que las de Charleroi. Y vos por vuestra parte no tenéis más que autorizarme para que figure vuestro nombre en el Consejo de Administración: Sulpicio Vaudrey, ex Presidente del Consejo de Ministros y ex Ministro de la Gobernación.

Vaudrey miró cara á cara al agiotista.

—¡Iréis en buena compañía!—dijo el banquero, leyendo á Sulpicio nombres de diputados, de senadores, de estadistas.

Sulpicio conocía á la mayoría de ellos.

Y los despreciaba á casi todos. Y eso era lo que Molina llamaba *buen compañía*.

—¿Y estáis seguro de que esas minas producirán lo que prometéis á los accionistas?

—¡Ah!—contestó Salomón—¡eso es cuenta de los ingenieros! Aquí tenéis el informe de un ingeniero de minas que indudablemente da algo de bombo; pero, amigo mío, ¡en la guerra como en la guerra! ¡Quien no se arriesga no pasa la mar! En la guerra se arriesga el pellejo, y en los negocios se arriesga el dinero. Esa es la diferencia.

Vaudrey estaba pensando en romper el prospecto y en tirar los pedazos de papel á la cara de aquel hombre gordo y cínico.

—Mi querido Vaudrey—dijo Molina—tenéis un filón, y un filón bueno que es exclusivamente vuestro. Un ex Ministro y ex Presidente del Consejo es siempre un personaje. Pues, amigo, ese título se cotiza siempre como cualquier otro valor. No sois rico, y eso prueba vuestra honradez, si bien en América, y la verdad es que nos vamos

americanizando cada vez más, eso probaría vuestra tontería. Podéis haceros rico, puesto que se me presenta ocasión de auxiliarnos, y á vos ocasión de seros útil.

—En una palabra: que me compráis mi nombre.

—¡Os lo alquilo! y á precio muy bueno—contestó Molina, sonriendo como siempre.

—Decididamente—dijo Vaudrey—no me comprendisteis cuando me hablasteis de dinero la primera vez, y no advertisteis, por lo tanto, que estuve á punto de deciros que si volvíais á mi casa.....

Molina le interrumpió vivamente levantándose de pronto, porque comprendió que iba á recibir una injuria mayor aún. Trató de parar el golpe anticipándose á él.

—¡Qué tonterías!—dijo.—Ahí está el prospecto, ahí está la lista de los individuos que componen el Consejo de Administración. Ya reflexionaréis. A nadie le viene mal sacar el partido posible de su posición. Los puritanos, en estos tiempos, son unos tontos. Hacedme caso á mí que tengo gran experiencia de la vida. ¡Os parece asombroso lo que os propongo, eso de que pongáis vuestro nombre en un cartel ó en un prospecto al lado del del señor Picherau ó del de Numa de Baranville! Pues

es lo más sencillo del mundo. ¿Creéis que seréis el primero que acepte estos ofrecimientos? Pues todos hacen lo mismo. Todos los que saben vivir. ¡Pues no faltaba más que hacerle ascos al dinero en los tiempos que corren! ¡Bah! ¡el señor de Montyon, ahí tenéis: apuesto á que Montyon no se haría rogar dos veces!

—¿Estáis seguro?—dijo Vaudrey, que se había puesto muy pálido.

—¡Ah! ¡de eso y de otras muchas cosas que os llamarían más la atención! Este es un negocio como otro cualquiera, y tengo otros que proporcionaros, si los queréis, según ya os he dicho antes. Todo esto por el solo trabajo de autorizar esos negocios con vuestra participación como consejero administrativo. Cuando queráis os abriré cuenta corriente señalándoos un crédito de doscientos mil francos. Luego ya liquidaremos cuando queráis.

—Os dejo ahí esa profesión de fe—añadió Molina señalando el prospecto que Vaudrey había puesto sobre su mesa.—¡No temáis! No miente más que otra cualquiera profesión de fe. No os molestéis en salir á acompañarme. ¡Hasta la vista!

Y desapareció bruscamente, dejando oír á Vaudrey el crujido del piso de la antesala bajo el peso

enorme de su corpulenta persona; y aquel caballero, aquel pobre Sulpicio que se había forjado tantos y tan hermosos sueños, sueños de libertad, de regeneración cívica, de virtud, de mejoramiento de las costumbres nacionales y de los caracteres, la santidad del hogar doméstico, la educación de las conciencias; aquel Vaudrey, rebajado por las exigencias de la sociedad, comprometido por sus vicios, se encontraba allí anonadado, á la melancólica luz del quinqué de su despacho, mirando como quien mira al fondo de un abismo y siente el vértigo que va á precipitarlo en él, aquel papel impreso que llamaba suscritores, dando bombos desconsiderados á un negocio para engañar al vulgo, que nunca escarmienta y que se deja engañar siempre por cualquiera.

¡Su nombre! ¡poner su nombre, ese apellido que Vaudrey había soñado con ver impreso al pie de multitud de leyes saludables, eternas y reformadoras, ponerlo al pie de aquel documento, debajo de otros apellidos de agiotistas y vividores que explotaban la credulidad y los bolsillos de la gente cándida! ¡Hacer eso! ¡rebajarse hasta tal punto!

¿Prestarse?

—¡No, venderse!—exclamaba.

¿Y cómo no venderse? ¿Quién pagaría la deuda? ¡El pagaré de Grochard! ¡La deuda del pasado! ¡El precio de las noches de placer gastadas en el lecho de Mariana Kayser! ¡Los cien mil francos que le costaban los besos de una cortesana!

Sulpicio veía que le iba faltando la sangre fría á consecuencia de un abatimiento que aumentaba á medida que aumentaba la fiebre que se había apoderado de él. Todas las ideas chocaban entre sí y confusamente, dentro de su cerebro. En medio de aquel caos no le quedaba más que una percepción real y definida: necesitaba buscar ciento sesenta mil francos. ¿Dónde encontrarlos? ¿Dónde? En casa de Molina que le ofrecía doscientos mil. ¡Aquel crédito abierto se le presentaba á Vaudrey como un saco donde no tuviera más que meter las manos para sacar dinero! La voz gruesa y burlesca del banquero judío repercutía en los oídos de Sulpicio diciendo: «¡Lo hacen todos!» No era cosa tan difícil dar su nombre, alquilarle, como decía Salomón. ¿Quién había de fijarse en ello, en unos tiempos en que el indiferentismo pasa sobre los escándalos y los borra como el agua de la mar arrastra las basuras que hay en la playa?

—¡Todos hacen lo mismo!

No; á pesar de la ironía, de las palabras escép-

ticas del banquero judío, hay conciencias que se resisten; por otra parte, ¿no había cometido otras faltas que repugnaban á su conciencia? ¿No se había dejado infiltrar el veneno de las costumbres hasta la médula de los huesos? ¿No lo había rebajado hasta lo que no es decible una infame como Mariana, en la cual aun pensaba en aquel momento con apetitos desenfrenados de caricias ardientes? ¡Ah! ¡las mujeres! ¡la mujer! Sí, sí, la mujer era el gran agente del rebajamiento y de la anemia moral. Hacía política á su modo, aniquilando á los hombres políticos. Y gracias si había podido él abandonar el Ministerio con la frente alta y sin que nadie pudiese echarle en cara una mala acción. Pero el pagaré, ¿quién satisfaría aquella deuda?

—¿Quién? ¡pues Molina, qué diablos! ¡Molina! ¡Molina!

Tenía razón aquel maldito judío afortunado. Es una ridiculez, después de todo, estar hambriento y rechazar el plato que á uno se le ofrece. ¡Ser rico; ésa es la cosa! Pues qué, ¿no es eso mejor que ser Ministro? ¡El dinero queda! ¡es lo único que hay en el mundo que sea verdadero y positivo! ¡Pues tendría que ver que se le ofreciese á uno la ocasión de hacerse rico y que la rechazase! ¿Y por qué? ¡Por ridículos escrúpulos de concien-

cia! Después de todo, los negocios eran la base de toda la vida moderna. El tal Molina era tan útil á la sociedad removiendo capitales, como otros removiendo ideas.

—¡Su empresa de gas en Argelia es una obra tan civilizadora como otra cualquiera!

Y poco á poco, impulsado por la necesidad imperiosa de pagar aquella deuda que le ahogaba como un nudo corredizo, Sulpicio Vaudrey llegaba á formular razonamientos sofisticos, que son como las capitulaciones ante la propia honradez, los cobardes acomodamientos con la propia conciencia. ¿Su nombre? Puesto que valía dinero, lo debía vender. El periodista que vende su pluma, el artista que vende su inspiración, el escritor que vende sus sensaciones y sus recuerdos, también venden su nombre, y la carne de su carne por dinero. Cierto que veía como una respuesta y como un remordimiento el arrugado rostro y los blancos bigotes de Ramel sentado junto al balcón de su casita de la calle Boursault; pero en seguida se contestaba hablando en voz alta:

—Y bien ¿qué?... Ramel es un santo, un héroe.... ¡Yo no soy ni una cosa ni otra, sino un hombre que quiere vivir!

Cogió con rabia el prospecto que le había de-

jado allí Molina, y leyéndolo y releuyéndolo, dejóse caer sobre el sillón de su despacho, buscando con la vista entre los renglones de aquel anuncio industrial un pretexto para fundar su aceptación. Porque aceptaba decididamente. Estaba todo dicho. Su conciencia cedía. Tenía ganas de reír.

—¡Otra víctima de ese cetáceo!

Permaneció un rato inmóvil y asustado ante aquella semisociedad, ante aquella complicidad suya con un agiotista de malos negocios.

Y con la vista fija en aquel llamamiento al dinero ajeno, en que otras veces le hubieran repugnado las palabras: *Sociedad anónima, capital social, suscripción pública*, y á la cabeza del cual, en la lista de consejeros de administración, iba á inscribir su nombre como al pie de una capitulación vergonzosa, Sulpicio no pudo ver que en la puerta del despacho, que estaba casi á obscuras, se detuvo un momento en traje de viaje una mujer, quien sin duda quiso contemplar á aquel desventurado que con la cabeza inclinada aparecía á la luz del quinqué más calvo de lo que era.

Adriana, porque era ella, se acercó con lentitud á él y tosió ligeramente, porque no se atrevía á pronunciar su nombre, para que supiese que estaba allí.

Vaudrey volvióse de pronto, retirando, como por instinto, el prospecto de Molina, y como si ya le diese vergüenza tomarlo en la mano.

Al ver á su esposa se puso colorado.

En la fría actitud de la joven se veía una resolución decidida y firmísima. Iba á despedirse. Se marchaba.

Vaudrey no tuvo ni siquiera energía para detenerla.

Temió una respuesta inflexible que resultara un ultraje.

—¿Váis á aceptar lo que os ha propuesto Molina?—preguntó Adriana con voz clara, mirando á Sulpicio que se había levantado del sillón.

—¿Cómo Molina?—balbuceó él.

—Sí. ¡Oh! conoce los negocios. Al marcharse ha entrado á verme creyendo que aun tenía yo bastante influencia sobre mi marido para aconsejaros que hicieseis, como él dice, vuestra fortuna. Me ha dicho que teníais necesidad de dinero, y después de haber tenido la habilidad de tentar al marido, me ha ofrecido, como quien se lo ofrece á una cortesana, un aderezo de esmeraldas si os aconsejaba que aceptaseis sus ofrecimientos..... Ese caballero no sabe con quién trata.

—¡Miserable!—gritó Vaudrey.—¿Ha hecho eso?

—Y le he dado las gracias—contestó Adriana con frialdad.—Ignoraba yo que tuvieseis deudas, y que para pagarlas os vierais en el caso de aceptar la protección de un canalla como él. Me lo ha dicho creyendo sin duda hacerme un favor y á vos otro.

—¿A mí?

Vaudrey había cogido bruscamente el prospecto de Molina y lo rompió con rabia.

—Probablemente no nos volveremos á ver jamás—continuó Adriana con una voz seca y agria que contrastaba extraordinariamente con su aspecto dulce y simpático;—pero no olvidaré nunca que llevo vuestro apellido, y ese apellido, que es el mío, lo quiero siempre honrado.

En seguida entregó un papel á Sulpicio.

—Aquí tenéis un poder en forma, para que dispongáis como gustéis de mi dote, á fin de que tengáis todo lo que os haga falta para regeneraros y salir de ciertos compromisos. No quiero saber por qué ni cómo habéis contraído deudas; lo que quiero es saber que las habéis pagado, y mi firma al pie de ese documento os da los medios para conseguirlo.

Oprimido, con el corazón palpitante, sintiendo que los sollozos le subían á la garganta, Sulpicio

dió un grito, y precipitándose hacia ella, exclamó:

—¡Adriana!

Ella retiró su mano lentamente, mientras Vaudrey procuraba cogérsela.

—No tenéis por qué darme gracias—dijo Adriana.—Soy un socio que salva como puede el honor de la casa. Mejor es esa asociación que la de Molina.

—Adiós—añadió en seguida.

—¿Os váis?..... ¿Te vas?.....—dijo Sulpicio, procurando dar á su súplica el eco del amor pasado.

—¿Quién tiene la culpa?—replicó la joven inflexible y cruel.

Ya no era la Adriana de otras veces, aquella provinciana cándida, de mejillas coloradas y aspecto débil. El dolor, la más horrible de las desilusiones la había petrificado. Vaudrey comprendía que pedirle perdón era en vano. Solamente el tiempo podría enternecer á aquella pobre mujer que voluntariamente se condenaba á su vez á un tormento espantoso. La actitud y el tono con que hablaba Adriana lo decían bien á las claras.

—Está convenido—dijo luego tratando aquella cuestión de felicidad como hubiese cortado las fibras más sensibles de su ser, pero sin temblar,

con la sangre fría de un cirujano consumado— está convenido, ¿no es verdad? que no demos escándalo. No estamos separados judicialmente ni siquiera separados en la apariencia. Por nuestra voluntad vivimos lejos uno de otro, sin que nadie sepa nada de esta ruptura completa, absoluta.

—¡Adriana—repitió Sulpicio—es imposible que te vayas!

—¡Oh!—contestó ella. Me había entregado á tí, y ahora me retiro de tí. Vuestras súplicas no modificarán en nada mi resolución inquebrantable. Tengo verdadero deseo de salir de París. Me parece que de ese modo me regenero, huyendo de la falsedad, de la mentira, de la infamia. ¡Os he dicho adiós, y es un adiós de verdad!

—Pues bien, sea—exclamó Vaudrey.—Marchaos; pero si la que se va es una extraña, no puedo aceptar nada de ella. Ahí tenéis el poder. Llevaoslo.

—¿Yo? no me lo llevaré. Si queréis que sea digna del nombre que me habéis dado, conservadlo honrado, al menos públicamente, puesto que engañar á una mujer, burlarse de su amor é insultarla, no deshonor. Dejadme el privilegio que reclamo para mí. No quiero que el que ha sido mi marido descienda hasta hacerse el socio de las infamias de un ente como Molina. Ya me habéis ultrajado bas-

tante para que queráis ahora hacerme esta otra afrenta. ¡Por última vez, adiós!

Y salió del despacho; él dejó que se marchara, anonadado ante el cadáver de su felicidad. Ella huyó, y él dejó que bajase la escalera seguida por su doncella. Adriana tomó un coche de alquiler que la esperaba en la puerta, y él, como ya no tenía esperanzas, no tuvo valor para lanzarse en pos de aquel carruaje, que oyó, en medio del ruido de la calle, alejarse rápidamente.

—¡Ah! ¡qué miserable he sido!—dijo, dándose un puñetazo en la rodilla. ¡Qué desgraciado soy! ¡Adriana!

Y levantándose de pronto como movido por un resorte, dió un salto hasta el balcón, que abrió de par en par, á pesar del frío terrible de aquella noche de Noviembre. Con la vista procuró adivinar cuál de aquellos infinitos coches que pasaban por la calle con sus farolillos encendidos era el que conducía á Adriana.

Creyó haber dado con él al ver uno que ya iba muy lejos, muy de prisa y cargado de maletas.

Apoyóse en la barandilla del balcón y como el naufrago que ve alejarse la barquilla en que creyó salvarse, llamó, dando un grito espantoso que re-

sonó en medio del estruendo que reinaba en la Calzada de Antín.

—¡Adriana! Adriana!!

¡Nada! El cochecillo había desaparecido á lo lejos, entre la niebla.

Sulpicio permaneció un momento en el mismo sitio, atraído por el ruido de la calle. Si cualquiera lo hubiera empujado estrellándolo contra las losas de la acera, se hubiera alegrado. Parecíale que en torno suyo no quedaba más que el vacío y que á sus pies no había más que un abismo donde se agitaban confusamente muchos desconocidos que nada tenían que ver con su vida.

Aquel aislamiento le dió miedo. Bajó á la calle, apresuradamente se metió en un coche é hizo que lo llevaran á la estación del ferrocarril, para ver si encontraba á Adriana.

—¡De prisa, de prisa! ¡lo más de prisa posible!

El cochero fustigaba los caballos, los vidrios del carruaje sonaban produciendo el ruido de la metralla.

Vandrey llegó tarde. Hacía veinte minutos que había salido el tren. Había estado demasiado tiempo asomado al balcón.

—Además—se dijo—no me hubiera perdonado de ningún modo. Y no olvidará jamás.

Acurrucada en un vagón del tren que la llevaba, cerrando los ojos, viendo todo su pasado que ahora le parecía un sarcasmo cruel, Adriana, sacudida por el movimiento del coche, que aumentaba su fiebre, sentía que el pecho se le hinchaba, y llamaba á sí todas sus fuerzas para no echarse á llorar y publicar su dolor terrible. Se llevaba á su país las flores que le habían enviado de Grenoble, ya marchitas, y en aquel momento, en la confusión de ideas que cruzaban su mente, veía el pálido semblante de Lissac y le parecía estar oyendo aquellas palabras que la dijo Guy al oído: «*Porque sois una mujer honrada es por lo que os amo.*»

—¡Una mujer honrada! Pues amo lo mismo que las demás—murmuró, pensando en aquel Vandrey á quien ya no volvería á ver y á quien ya no amaba.

—Sí, ya soy viuda; y una viuda que no amará á nadie más, ni se casará segunda vez.

VIII.

Vandrey se había quedado solo en París, como un cuerpo sin alma, perdido, atormentado por el tedio, triste con sus amargos recuerdos, ante la in-

sonó en medio del estruendo que reinaba en la Calzada de Antín.

—¡Adriana! Adriana!!

¡Nada! El cochecillo había desaparecido á lo lejos, entre la niebla.

Sulpicio permaneció un momento en el mismo sitio, atraído por el ruido de la calle. Si cualquiera lo hubiera empujado estrellándolo contra las losas de la acera, se hubiera alegrado. Parecíale que en torno suyo no quedaba más que el vacío y que á sus pies no había más que un abismo donde se agitaban confusamente muchos desconocidos que nada tenían que ver con su vida.

Aquel aislamiento le dió miedo. Bajó á la calle, apresuradamente se metió en un coche é hizo que lo llevasen á la estación del ferrocarril, para ver si encontraba á Adriana.

—¡De prisa, de prisa! ¡lo más de prisa posible!

El cochero fustigaba los caballos, los vidrios del carruaje sonaban produciendo el ruido de la metralla.

Vandrey llegó tarde. Hacía veinte minutos que había salido el tren. Había estado demasiado tiempo asomado al balcón.

—Además—se dijo—no me hubiera perdonado de ningún modo. Y no olvidará jamás.

Acurrucada en un vagón del tren que la llevaba, cerrando los ojos, viendo todo su pasado que ahora le parecía un sarcasmo cruel, Adriana, sacudida por el movimiento del coche, que aumentaba su fiebre, sentía que el pecho se le hinchaba, y llamaba á sí todas sus fuerzas para no echarse á llorar y publicar su dolor terrible. Se llevaba á su país las flores que le habían enviado de Grenoble, ya marchitas, y en aquel momento, en la confusión de ideas que cruzaban su mente, veía el pálido semblante de Lissac y le parecía estar oyendo aquellas palabras que la dijo Guy al oído: «*Porque sois una mujer honrada es por lo que os amo.*»

—¡Una mujer honrada! Pues amo lo mismo que las demás—murmuró, pensando en aquel Vandrey á quien ya no volvería á ver y á quien ya no amaba.

—Sí, ya soy viuda; y una viuda que no amará á nadie más, ni se casará segunda vez.

VIII.

Vandrey se había quedado solo en París, como un cuerpo sin alma, perdido, atormentado por el tedio, triste con sus amargos recuerdos, ante la in-

felicidad que le esperaba, repitiéndose sin cesar que, lejos de él, aquella Adriana que sin duda no le perdonaría nunca, diríase, sin duda, allá en sus soledades de Grenoble, que por lo menos los políticos á quienes detestaba le debían el divorcio.

Una noche que Sulpicio no sabía qué hacerse después de un día interminable de fastidio y de triste ociosidad, entró en el teatro de la Ópera para distraer la vista, ya que no pudiera distraer su pensamiento.

Cantábase *Aida* aquella noche, y hacía su primera aparición en la escena una principiante de quien se contaban maravillas, presentándola como una verdadera *estrella*.

Sulpicio Vaudrey, desde que se marchó Adriana—hacia ya dos semanas—erraba por París como un alma en pena, cuando no iba al Parlamento, donde también se encontraba á disgusto, á causa de sus timideces y recelos de hombre en desgracia.

Vaudrey, cansado, aburrido, melancólico, iba á sentarse en el teatro para matar una noche de tedio.

La sala se hallaba de bote en bote, como dicen los revisteros. Antepechos de palcos deslumbradores de brillantes, y las butacas llenas de glorias

parisienses y de nombres exóticos. En el anfiteatro no había ni un solo asiento que no se hallase ocupado por una *celebridad*. El azar había colocado en medio de aquel *todo París* á Sabina Marsy cerca de la señora de Gerson, las dos amigas que se detestaban. Esta última animaba con su belleza y su charla sempiterna el palco del Prefecto de policía, donde se veía el anguloso perfil del señor Jouve-net. Hablaba en voz alta de sus salones, de sus tertulias, de sus amistades; abrumaba con el relato de sus triunfos á la señora de Marsy. En un rincón del palco el señor Gerson dormía abrumado por el cansancio. Su mujer se echó á reír al ver á Sulpicio en su butaca.

—¡Toma! ¡ahí está el señor Vaudrey! ¡Aún tiene un poquillo el aire de un hombre derrotado!

Y contó á sus amigos, que se apiñaban en el palco inclinándose hacia ella para contemplar con deleite su ebúrneo seno, que lucía á maravilla bajo el escote de su elegante traje de raso, que Vaudrey estaba convidado á comer en su casa la tarde misma que salió del Ministerio.

—Naturalmente, no vino—añadió.—Siempre suceden esas cosas y son verdaderamente fastidiosas. Se convida á comer al Secretario del Presidente del Consejo de Ministros. Se le pone su co-

rrespondiente tarjeta. Llega, y se acabó: ya no es Secretario del Presidente, ni el Presidente es lo que era, ni hay Presidente del Consejo, ni Consejo de Ministros siquiera; antes de aceptar una invitación debiera todo el mundo tener cuidado de asegurarse sus títulos.

Reía mucho y muy fuerte, en tanto que la señora de Marsy, medio destronada ya, se abanicaba con ademán nervioso ó fingía mirar con los gemelos á tal ó cual lado del teatro, aparentando un profundo desdén hacia su vecina. Era aquella una amistad convertida en odio á muerte.

Vaudrey, pensativo y cabizbajo, se había colocado en su butaca de orquesta. Estaban en un entreacto. Miraba maquinalmente á todos los lados de la sala, admirándose aún de que no le saludaran con las respetuosas inclinaciones de cabeza que todo el mundo le dirigía un mes antes. Sentía que se hallaba caído, y sólo se consolaba diciéndose que la especie humana es así, admiradora entusiasta del éxito y despreciativa y olvidadiza con el caído. ¿A qué preocuparse con ello, ni á qué pretender que los hombres se enmendaran?

De pronto, á través de los cristales de sus gemelos, que iban presentándole por turno á la señora de Marsy, á Jouvenet, á la de Gerson, recuerdos vi-

vos muy irónicos, Sulpicio se estremeció, sacudido por una emoción más viva, casi colérica, al detener su mirada en un palco donde se destacaban sobre el fondo rojo de los cortinajes estas dos caras: la de Rosas y la de Mariana.

Sintióse indignado y desagradablemente sorprendido.

Veía allí, delante de sí, entre dos columnas enormes, en el remate de las cuales dos caretas doradas, gigantescas, parecían reirse de él, á la mujer que había adorado, cuya presencia le desgarraba todavía el corazón, y que pálida, vestida con un traje blanco, se inclinaba hacia Rosas con movimiento adorable, con sus cabellos rubios caídos sobre sus desnudos y blanquísimos hombros, aquellos hombros que aun le parecía estar viendo temblorosos al sentir sus besos apasionados; aquellos hombros donde aun hubiera pegado sus labios y hundido sus dientes de buena gana.

Aquella pálida, belleza diabólicamente adorable, con el cabello y las orejas deslumbradoras de piedra preciosa, se destacaba sobre el fondo obscuro del palco, y como el ojo enorme de un cíclope aparecía, formando á veces una aureola de luz en torno de la frente de Mariana, el agujero redondo de cristal cuajado que tenía la puerta del palco.

Más pálido aún que ella, con aspecto enfermizo, pero sonriente, Rosas mostraba al lado del rostro de Mariana su cara trágica como un retrato de Coello.

Su cabeza, cansada, pensativa y pequeña, se apoyaba en la palma de la mano, que vista con los gemelos parecía una mano de cera, en el dedo anular de la cual brillaba una esmeralda enorme. El Duque de Rosas estaba inmóvil.

Ella, por el contrario, inclinábase á veces hacia su prometido, acercaba su boca al oído del español, le murmuraba palabras que Vaudrey adivinaba, y que eran sin duda la causa de que en los tristes ojos del aristócrata brillase un relámpago de fiebre. Y como Mariana se retrepaba sobre el espaldar de la silla donde estaba, el busto desaparecía, y Sulpicio sólo podía distinguir por encima del antepecho del palco su rostro, su cuello y sus hombros blanquísimos. Parecíale estarla viendo desnuda, completamente desnuda; y dibujaba con los ojos de la imaginación las líneas estatuarias de su cuerpo, de sus caderas, que él había estrechado tantas veces con voluptuosidad y que le habían pertenecido.

Sentíase acometido de fuertísima tentación de subir al palco, de abrir la puerta y de gritar á

aquel hombre que aun no le había dado su apellido á Mariana.

—¡No la conocéis! esa es la personificación del vicio y de la mentira.

Detrás de Rosas y de Mariana parecióle á Vaudrey que de cuando en cuando aparecía un rostro barbudo por encima de una corbata blanca: era la altiva cabeza del tío Simón.

Sulpicio, en tanto que en la escena se verificaba el famoso desfile de los egipcios, procuraba distraer su pensamiento y arrancar la vista de aquel grupo que le trastornaba. Y sin embargo, lo miraba sin cesar, á despecho de la voluntad suya, y ahondaba la herida que la presencia de aquella mujer le había causado en mitad del corazón.

Parecía que Mariana no le había visto siquiera. Cuando cayó el telón, entró entre bastidores, más que por visitar el escenario, por huir de su vista que le irritaba. Respirando aquel olor á teatro, experimentaba una sensación extraña que le hacía sufrir y le consolaba. Los maquinistas hacían rodar de una parte á otra los bastidores de la gran decoración egipcia en el telón de fondo, en la cual veíanse palmeras inmensas que se destacaban sobre el fondo azul del cielo. Sulpicio experimentaba la sensación, cruelmente irónica, de volverse á hallar

sobre aquel mismo tablado, la noche en que por primera vez había entrado en aquel escenario, sonriente, hinchado de satisfacción, saludando á derecha é izquierda, saludado por todos y oyendo por todas partes estas palabras, que sonaban á su oído como el dulce murmullo de la brisa de Marzo:

—¡El señor Ministro!

El aspecto de aquellos lugares era el mismo, los mismos fracs negros sobre el mismo tablado luminoso, los mismos rayos de luz eléctrica que proyectaban á la hora de su caída, como habían proyectado á la hora de su entrada en el Ministerio, la misma aureola sobre su persona. Algunos bomberos cruzaban el escenario, vigilando con aire de cansancio; los tramoyistas andaban de una parte á otra con los trastos de las decoraciones, ó barrían quitando el polvo de las tablas. Y como si todos esos pormenores insignificantes hubiesen interesado grandemente á Sulpicio, los contemplaba con ojos atentos, en tanto que su pensamiento volaba lejos de aquellos sitios.....

De pronto, en medio de un grupo, cruzando por allí con el sombrero puesto, seguido por una escolta de aduladores, Sulpicio vió á Luciano Granet rodeado de la aureola producida por su reciente triunfo, y que cruzaba el escenario repartiendo á

derecha é izquierda pequeños saludos de protección.

El gran Molina acompañaba al Ministro, riendo mucho y muy fuerte.

Vaudrey sintió algo así como la impresión de un puñetazo colosal en medio del pecho.

Recordó su encuentro casual con Pichereau en aquel mismo sitio, y para no tener que sufrir el apretón de manos casi irónico de Granet, que se dirigía á él—ese apretón de manos que él había dado cierta noche á Pichereau—se escondió rápidamente detrás de un bastidor, ganándose de pasada un *perdonad, caballero*, de un carpintero que estuvo á punto de romperle la cabeza con un trasto, y un *¡vaya un torpe!* de una bailarina con la cual tropezó, y á la que dió un pisotón mayúsculo.

Volvióse hacia la bailarina para disculparse, y entonces vió delante de sí á una muchachita fresca y sonrosada, cuyos ojos se pusieron asustados y cuyas mejillas coloreáronse al reconocer á Vaudrey. Era María Launay, la misma que había visto el año antes bromeando con el banquero Molina en el saloncillo de bailarinas.

—¡Oh! no os había conocido—dijo.—Perdonadme, señor Ministro.

Quiso Sulpicio responder algo; pero aquel título

que ella, ignorante de los cambios políticos, le daba aún, lastimó el corazón como si se lo hubiesen arañado; y además, por el otro lado del escenario vió que llegaba á la puerta de comunicación Luciano Granet, rodeado de su estado mayor y seguido de ese cortejo eterno de los poderosos, en el cual Warcolier hablaba, como siempre, en voz muy alta, y donde llamaban la atención el vientre enorme y las impertinentes carcajadas del famoso Molina.

—Tal vez la señora de Marsy habrá suplicado á alguno que le presente á Granet—pensaba tristemente Vaudrey, recordando que su amigo Guy de Lissac había ido apresuradamente á buscarlo en aquel mismo sitio para conducirlo al palco de una mujer á la moda.

¡Cuán lejano estaba todo aquello!

Sabina Marsy se hallaba ya destronada! ¡Y él!.....

Sintió que le golpeaban en el hombro amistosamente, y vió al volverse que era Warcolier, quien habiéndole visto sin duda desde lejos, se acercaba á él con el único objeto de tratar con aire de protector al que por tanto tiempo y con tono respetuoso había llamado *señor Ministro*.

—¿Qué hay de nuevo, mi querido Vaudrey?—

dijo Warcolier, irguiendo la cabeza y sonriendo con cierta expresión que en él resultaba agresiva.

—¡Nada!—dijo Sulpicio.—Que me parece magnífica la música de Verdi.

—¡Oh! un poquillo wagneriana—contestó Warcolier, que repetía lo que había oído.—Pero ¿y de política?

—¡Oh! eso es cuenta vuestra ahora.

—Pues bien; todo marcha viento en popa. Ahora descansamos. La opinión pública se muestra satisfecha, porque hay un Ministerio más..... más.....

—¡Más homogéneo!—dijo Vaudrey con tono burlón.

—Justamente. Y despues de todo, el deber de los buenos ciudadanos es defender á este Gobierno, siquiera por patriotismo.

¡Ah! decididamente Vaudrey no podía sufrir el aplomo estúpido de su antiguo Subsecretario, que era en la actualidad los pies y las manos de su sucesor. Sonrió como si se burlase de él, y volvióle la espalda.

Warcolier no se enojó, porque estaba seguro de haber molestado al ex Presidente del Consejo, y esto le bastaba para estar satisfecho. ¡La coz del asno! ¡la gracia del tonto!

Vaudrey se dirigía á su butaca, muy arrepentido

de haber ido al teatro, furioso contra aquel imbecil pretencioso, cuando al salir del escenario, en la especie de antesala donde como de costumbre se hallaba Luis apuntando los nombres de los que entraban entre bastidores, tropezó con Lissac.

Guy, al verle, se puso un poco colorado.

—Es preciso venir aquí para verte—dijo Sulpicio.—¿Por qué no has vuelto por mi casa? ¿porque ya no soy Ministro?

—Esa sería una razón para que me vieses más á menudo—contestó Lissac.—¡Pero no es eso! ¿Qué querías que te dijera? Sabes mis sentimientos. No quería ser impertinente convirtiéndome en un predicador de moral, porque después de todo, á mí me sienta hablar de moral como á una entretenida el premio á la virtud. Por eso me he retraído y me retraeré cada vez más. Estoy cansado. Además, me voy haciendo viejo y voy á enterrarme en cualquier pueblecillo de por ahí y á no pensar más que en curarme el reuma.

En el tono de Lissac notábase cierta extraña é inesperada melancolía.

—¿De modo que no volverás á ir á casa?

—¿A qué? ¿para fastidiarte?.... Chico, échate á reflexionar tú solo, que te aseguro que no me necesitas para conocer lo que es el mundo. Y á

propósito, ¿sabes que nuestra querida está esta noche en el teatro?

—¡Ya la he visto!—contestó Vaudrey poniéndose pálido.

—Todavía no es Duquesa, pero lo será dentro de cuatro días. ¡Si fuese uno un canalla, con qué facilidad podría vengarse castigando á esa miserable cortesana!.... ¡Bah! ¿para qué? Ese pícaro Rosas está completamente loco, loco de atar, y tan loco, que sería capaz de olvidarlo todo, si por acaso hubiese quien se lo dijera. ¡Buen provecho le haga!

—Pero oye—añadió Lissac poniéndose serio de pronto:—¿has visto los periódicos?

—No. ¿Qué dicen?

Estaban en el pasillo de las butacas; oíase el prelude del cuarto acto. Guy sacó un periódico del bolsillo y se lo dió á Vaudrey.

—¡Mira!.... ¡El pobre Ramel!.... ¿Le querías mucho?

—¡Ramel!

Vaudrey no necesitaba leer. Lo sabía todo desde que Guy, con tono fúnebre, había nombrado á Dionisio, sacando el periódico del bolsillo.

—¡Muerto!

Muerto dulcemente en su sillón, sentado al lado de su ventana, como si se hubiese dormido.

«Tenemos que dar cuenta—decía el suelto del periódico—de la muerte de uno de los decanos de la prensa parisiense, el señor Dionisio Ramel, que fué muy célebre en un tiempo, y que dirigió con gran acierto un periódico importantísimo que ya no existe: *La Nación Francesa*.»

Y el diario añadía unos cuantos pormenores sobre los últimos momentos del famoso periodista y nada más. Ni una palabra de elogio ó de sentimiento. El frío relato del hecho. A Vaudrey le parecía que era bien poco para un hombre tan importante.

—¿Qué te parece?—dijo á Lissac.—¡Qué ingratos son con él!

—¿Qué quieres, chico?—contestó Guy.—¿Quién le mandó no dedicarse á escribir operetas?

Separáronse después de un apretón de manos tal vez triste. Sulpicio quería dirigir otra mirada al palco de Rosas. Mariana estaba de pie, y su silueta destacábase con energía sobre el fondo obscuro de la platea. Tenía en la mano un platillo y estaba tomando un sorbete. Parecióle estarla viendo en casa de Sabina Marsy, á su lado, tomándose también un sorbete y pasando la lengua por la eucharilla de plata.... Cerró los ojos, y nervioso, aburrido, triste, bajó rápidamente la magnífica

escalera del teatro, la cual se hallaba desierta.

Pensaba en Ramel para olvidar á Mariana.

Dionisio estaba enfermo hacía tiempo; comprendía que se iba, y sonreía. Descaba desaparecer sin hacer ruido, cortésmente, según decía, pero sin llamar la atención, á la inglesa. ¡Pobre hombre! Sus deseos se hallaban harto satisfechos.

Vaudrey tomó un carruaje é hizo que le condujese á Batignoles. Por el camino iba pensando en esas eternas antítesis de la vida parisiense: la noticia de la muerte de un amigo querido, sabida en el teatro de la Opera á los acordes de un vals cualquiera.

Y pensando en sí mismo:

—¡De la Opera á la Opera! ¡Esa es la historia de mi Ministerio.... y la del Ministerio Granet probablemente!

La portera de la calle de Boursault le acompañó ella misma hasta el cuarto de Dionisio Ramel. Echado en su cama, con la fisonomía aun bondadosa y sonriente, el antiguo periodista parecía hallarse dormido. La fría majestad de la muerte daba cierto carácter solemne á aquel rostro amarillento. Una luz colocada cerca de la calva frente hacía creer de cuando en cuando, al moverse, que aquellos músculos helados se contraían.

¡Dionisio Ramel! ¡El mentor de su juventud y el consejero de toda su vida! ¡Recordaba sus primeros años de abogado y de escritor, su llegada á París, los primeros artículos que llevó á la redacción de *La Nación Francesa*! A aquel hombre muerto debía él ciertamente el haber sido uno de los jefes del Estado, el Presidente del Consejo de Ministros.

Inclinóse dulcemente sobre el cadáver, y poniendo sus labios sobre la frente del muerto, le dió un respetuoso beso de despedida.

Al levantarse vió detrás de sí á un hombre cuya presencia no había notado hasta entonces, y que se había levantado.

El hombre, muy pálido, le saludó con timidez.

Vaudrey conoció á Garnier, al obrero que había visto un día en casa de Ramel, tosiendo, moribundo y resignado.

Y sin embargo, el tísico había sobrevivido al anciano periodista.

— Habéis hecho bien en venir, caballero— dijo el obrero.— ¡Os quería tanto!

— ¿Ha muerto de repente?

— ¡Y solo! ¡leyendo un libro! Se lo encontraron ahí. Al principio creyeron que dormía. ¡Y

todo estaba concluído. ¡Mañana lo entierran. ¡Vendréis, señor?..... Yo no sabía quién erais cuando..... ¿sabéis?..... cuando dije..... En fin, no hablemos más..... Os pido que me perdonéis..... Mucha gente asistirá al entierro de Dionisio Ramel, como venga siquiera la décima parte de los que le debían favores y protección.

Al día siguiente, Vaudrey sufrió mucho! Detrás del féretro de Ramel no iba nadie. Él, Garnier y dos ó tres viejos de la casa de la calle de Boursault, que no lo acompañaron hasta el final porque el cementerio de Saint-Ouen estaba demasiado lejos. Nada más. Delante del nicho, Sulpicio Vaudrey se encontró solo con los sepultureros y con Granier.

Hacia muchos años que habían olvidado á Ramel, como se había olvidado él á sí mismo dejando pasar á los ambiciosos, llegar á los ingratos y subir á los egoístas! ¡Ya no existía! Y los mismos que en un tiempo le habían suplicado protección, le habían llamado *querido maestro*, le habían solicitado é incensado, ignoraban ahora hasta su nombre. ¿Se habría muerto? ¿viviría aún aquel viejo inútil que no había sabido hacerse una fortuna ni una posición, al fabricar muchas para los demás? No lo sabían ni les importaba.

A veces se reían de aquel romántico de la política, que vivía como un desdichado, pobre, perdido, ahogado en el montón anónimo, después de haber hecho Ministros y deshecho Gobiernos. Y al tener noticia de su muerte, ni uno solo de aquellos que se lo debían todo, ni uno solo de aquellos políticos que ahora cabalgaban ufanos porque él les había dado el estribo, ni uno solo de aquellos cómicos del Parlamento ó del teatro que le habían implorado, solicitado, adulado, ni uno solo se encontraba allí para pagar al pobre anciano la deuda del recuerdo cuando menos. Aquella soléda siniestra, azotada por el viento frío del invierno, pareció á Sulpicio un abandono feroz y una cobardía. ¡¡Dos hombres detrás del féretro de aquel inventor de hombres!!

—¡Haced, hacéd periódicos, es decir, hacéd á los demás!—dijo Vaudrey moviendo la cabeza.

—Después de todo—contestó Garnier—en todos los oficios hay víctimas, y naturalmente estos son los más honrados.

Y aquel hombre que había sido Ministro se alejó del cementerio, acompañado de aquel pobre diablo que tosía tristemente tiritando de frío y con el cuello de la chaqueta levantado para abrigarse la garganta.

Antes de separarse, Vaudrey le preguntó casi con timidez si el trabajo iba mejor.

—Sí, señor, gracias—contestó Garnier.—Sí, he encontrado trabajo..... Y además—añadió moviendo tristementela cabeza y señalando al cementerio—después de todo, siempre encuentra uno donde lo coloquen, y tal vez ése es el mejor sitio.

El obrero saludó, y Vaudrey se metió en un coche, triste y desesperado. Parecíale que su vida se acababa, que iba dejando en el camino pedazos de sus carnes desgarradas. El terciopelo negro de la caja de Ramel le recordó—y sonrió tristemente ante esta nueva ironía—las cuentas del tapicero que aun no había pagado por las cosas hechas la noche del baile en el Ministerio, último día de poder y de felicidad para él. Los muebles y adornos que había en el palacio no le habían bastado, porque deseaba cosas más modernas. Dió al cochero las señas del tapicero, que vivía en el boulevard de los Capuchinos. Apenas se atrevía á entrar en la tienda y á decir: «Vengo á pagar la cuenta de los gastos hechos en el Ministerio.» Aquello le parecíale que era pagar la cuenta de un entierro. Satisfacer una factura del tapicero que le relacionaba con un baile ya olvidado de todos, se le antojaba realmente macabro.

Creó notar que al cobrarle el tapicero sonreía burlonamente.

Sintió gran consuelo al verse fuera de la tienda; tenía ganas de andar, porque sentía frío y la necesidad de que su sangre circulase mejor.

Oyó su nombre pronunciado inesperadamente; volvió la cabeza y vió delante de sí á Jeliotte, su paisano, su antiguo discípulo y compañero de la infancia, que, sonriente y satisfecho, le alargaba las dos manos cordialmente.

—Te dije que me encontrarías á tu lado cuando dejases de tener cortesanos, y aquí me tienes—dijo Jeliotte.—¡Ahora me verás siempre que quieras!

—¡Ah!—dijo Vaudrey.

Jeliotte le cogió del brazo.

—¿Vas al Parlamento?

—Sí, precisamente allí iba.

—Pues te acompañaré..... ¡Ah! ahora que ya no eres Ministro, chico, y que no parecé uno un cortesano adulador, se te puede hablar!..... Has cometido bastantes faltas..... ¡Eras demasiado confiado!..... Es menester andar más listo..... ¡Además, el Ministerio no podía durar!..... ¡Esas situaciones son bonitas, pero se acaban pronto!..... Es menester que todos alternen, ¿no es verdad?.....

¡Bah! ¿quieres que te diga la verdad?..... ¡Pues mira, así estás mejor..... yo prefiero verte así!

Vaudrey sentía deseos de zamarrear á aquel impertinente que iba cogido de su brazo.

—¡Yo soy así, chico—añadió Jeliotte!—¡quiero más á los amigos cuando están caídos! ¿Qué quieres que te diga? Soy generoso por temperamento..... Y á propósito..... no me has visto antes porque no estaba en París; acabo de llegar de nuestro pueblo.

—¡Ah!—dijo Vaudrey pensando en Adriana.

—¡Y tengo otra buena noticia que dartel! Si estás harto de la política, podrías muy bien descansar en las próximas elecciones.

—¿Cómo?—preguntó Sulpicio.

—Sí. Thibaudier está trabajando mucho en Grenoble. Quiere ser diputado, y tiene de su parte á toda la ciudad. Lo quieren mucho, porque es un alcalde modelo. De seguro triunfará, porque tiene hechos muchos trabajos y cuenta con grandísimos elementos.

—¿Contra mí?

—Contra tí. Es muy popular el bueno de Thibaudier. Y fuerte..... ¡como una roca!..... Dice que eres demasiado moderado..... Verdad es que eso lo dice todo el mundo.

—¿Él?.... ¿pues no fué individuo del Comité imperialista en tiempo de Napoleón?

—Precisamente. Por eso es republicano radical; por eso, porque era bonapartista rabioso! ¡Oh! ese es un hombre que vale. ¡Y tiene una energía! ¡Ese no hará concesiones! ¡Jamás! Te derrotará, porque, aparte de todo eso, allá en nuestro país quieren una representación homogénea en la Cámara.

—¡También!—exclamó Vaudrey, á quien decididamente perseguía la dichosa palabra.

Después de todo, ¿qué le importaban Thibaudier, y la diputación, y las elecciones, y la política? Dionisio Ramel tocaba las consecuencias reales de todo aquello allá en su nicho del cementerio de Saint-Ouen.

—Pero dejémonos de Thibaudier—añadió Jeliotte. ¿Sabes que he visto á tu mujer en Grenoble?

Vaudrey se puso pálido.

—Ha cambiado mucho. No sale de casa de su tío el médico. No recibe á nadie. ¿Está enferma?

—Sí, un poco.

—¿Y estáis separados?

—¡No!—dijo Sulpicio.

Jeliotte se echó á reir.

—¡Ah! ¡tunante! ¡Comprendo!.... ¡Tu mujer era demasiado rigorista!.... ¡Caramba, al fin provincialiana!.... ¡Bah! ¡eso se arreglará! Y si no se arregla te verás libre, y se acabó.... ¡Pero supongo que si no sales reelegido te volverás á Grenoble con ella! ¡Oh! ya verás cómo encuentras clientes, porque como abogado se te considera mucho; pero como Ministro, la verdad es que como Ministro....

—¡Seré reelegido!—contestó Vaudrey con firmeza para poner punto final á las impertinencias de Jeliotte.

Estaba violentamente nervioso. La tontería de aquel hombre le exasperaba. No encontraba en su camino más que motivos de irritación ó de desconazonamiento. Sentía deseos de reñir con cualquiera. Hubiese querido retorcer entre sus dedos las muñecas de Mariana.

Al entrar en el salón de conferencias del Parlamento tropezó con un caballero que ni siquiera lo saludó, y al cual creyó él reconocer.

—¡Indudablemente le conozco!

Á los pocos pasos recordó perfectamente al eterno pretendiente que se doblaba por el espinazo siempre ante él, y que vivía pegado como una lapa á los divanes de su antesala del Ministerio; aquel

á quien los porteros, acostumbrados á verlo inclinarse, saludar, hacer reverentes adulaciones por espacio de meses y de años enteros, llamaban familiarmente el *señor Eugenio* á secas.

¡Aquello era demasiado! Y en verdad que la descortesía de semejante majadero llegaba en mala ocasión.

Sulpicio se volvió bruscamente, y encarándose con él le dijo en tono desabrido:

—¡Hace algún tiempo me saludabais con un poco más respeto! ¡Se me figura que os pasabais la vida haciendo antesala en el Ministerio para molestarme con vuestras pretensiones!

Esperaba una respuesta altiva de aquel ente, y entonces el ente hubiese pagado por todos; pero el *señor Eugenio* contestó sonriendo:

—¡Y sigo siempre lo mismo, caballero!

Vaudrey le miró estupefacto; luego, con colérica vivacidad, como si en la contestación dada á aquel ente pusiera la realización de todos sus proyectos del porvenir contra los tontos, los aduladores, los lacayos y los ingratos,

—Pues bien — dijo — me volveréis á saludar, porque volveré á ser Ministro.

Y volviéndole la espalda, entró en el salón de sesiones de la Cámara.

En aquel momento oyó una tempestad de aplausos y bravos entusiásticos que le pareció un bofetón recibido en el rostro. Miró en torno suyo y se mordió los labios.

Luciano Granet estaba en la tribuna, y la mayoría parlamentaria le aclamaba.

IX.

Mariana Kayser había tenido el buen gusto, y tal vez el buen sentido, de no querer que su boda se hiciese con solemnidad ni con ostentación.

Poco le importaba entrar furtivamente en su ducado, con tal de poseerlo de verdad. Más tarde tendría tiempo de sobra para erguir la cabeza bajo su corona ducal; entre tanto era necesario mostrarse modesta bajo la corona de azahar. Había despedido de su casa, dotándolos con extraordinaria largueza, á su criado y á su doncella, porque no quería conservar á su servicio á nadie que conociese á Vaudrey. Había aconsejado á la doncella que se casase con Juan.

—Eso de casarse es divertido—le había dicho.

—La señora es muy buena—contestó la muchacha;—pero bien ve la señora por sí misma que lo

á quien los porteros, acostumbrados á verlo inclinarse, saludar, hacer reverentes adulaciones por espacio de meses y de años enteros, llamaban familiarmente el *señor Eugenio* á secas.

¡Aquello era demasiado! Y en verdad que la descortesía de semejante majadero llegaba en mala ocasión.

Sulpicio se volvió bruscamente, y encarándose con él le dijo en tono desabrido:

—¡Hace algún tiempo me saludabais con un poco más respeto! ¡Se me figura que os pasabais la vida haciendo antesala en el Ministerio para molestarme con vuestras pretensiones!

Esperaba una respuesta altiva de aquel ente, y entonces el ente hubiese pagado por todos; pero el *señor Eugenio* contestó sonriendo:

—¡Y sigo siempre lo mismo, caballero!

Vaudrey le miró estupefacto; luego, con colérica vivacidad, como si en la contestación dada á aquel ente pusiera la realización de todos sus proyectos del porvenir contra los tontos, los aduladores, los lacayos y los ingratos,

—Pues bien — dijo — me volveréis á saludar, porque volveré á ser Ministro.

Y volviéndole la espalda, entró en el salón de sesiones de la Cámara.

En aquel momento oyó una tempestad de aplausos y bravos entusiásticos que le pareció un bofetón recibido en el rostro. Miró en torno suyo y se mordió los labios.

Luciano Granet estaba en la tribuna, y la mayoría parlamentaria le aclamaba.

IX.

Mariana Kayser había tenido el buen gusto, y tal vez el buen sentido, de no querer que su boda se hiciese con solemnidad ni con ostentación.

Poco le importaba entrar furtivamente en su ducado, con tal de poseerlo de verdad. Más tarde tendría tiempo de sobra para erguir la cabeza bajo su corona ducal; entre tanto era necesario mostrarse modesta bajo la corona de azahar. Había despedido de su casa, dotándolos con extraordinaria largueza, á su criado y á su doncella, porque no quería conservar á su servicio á nadie que conociese á Vaudrey. Había aconsejado á la doncella que se casase con Juan.

—Eso de casarse es divertido—le había dicho.

—La señora es muy buena—contestó la muchacha;—pero bien ve la señora por sí misma que lo

mejor es aguardar una ocasión oportuna. No hay que darse prisa. ¡Quién sabe lo que puede suceder!

La futura Duquesa se había mostrado bien poco halagada con las reflexiones de su doncella. ¡Demonio de tonta, que porque se le daba la mano se apresuraba para tomarse el pie! En lo sucesivo procuraría que no le sucediese, teniendo á los criados á cierta distancia respetuosa. Lo interesante era verse libre de aquella gente, y esto estaba ya conseguido. Ahora podría engañar á Rosas fácilmente.

Es verdad que el Duque, enamorado como un loco, más deseoso que nunca de poseer los encantos de su mujer, hubiera sido capaz, como decía Lissac, de aceptarlo todo, de olvidarlo, de perdonarlo todo, para poder estrechar á aquella mujer entre sus brazos. Ella le tenía hecho víctima de una seducción embriagadora, poniendo hábilmente en un beso que enardecía la sangre en las venas de José, promesas elocuentísimas de caricias más ardientes. Y jugando de esa suerte, ella misma iba sintiendo hacia su prometido cierta apasionada ternura, como buena cortesana que acostumbrada á las derrotas fáciles, resistía los impulsos de su temperamento ahora, fingiendo no dejarse vencer tan pronto. Sentía á lo mejor accesos de loco deseo

que la llevaban hacia Rosas como hacia un placer desconocido.

La palidez mate de aquel hombre de ojos de mirar profundo y cuyo labio temblaba cada vez que ella lo buscaba bajo el rubio y poblado bigote, le agradaba. A veces le decía sonriendo que parecía un tigre.—¡O un gato, y eso me gusta mucho á mí que soy muy gata!» «¡Ah, cuánto te amo!» Y sentía estremecimientos extraños al ver estremecerse aquel ser dominado en absoluto, completamente suyo, pero que tenía algunos pensamientos ocultos que sin saber por qué la inquietaban vagamente.

Tenía prisa por ver realizada la boda. Furtivamente, sí, pero definitivamente y legalmente, que era lo que le interesaba. Temía algo así como el despertar de José, no sabía el qué; un anónimo, tal vez un encuentro casual con Guy, una confidencia, una explicación. ¡Quién sabe!

—Aunque después de todo, ese Guy—pensaba ella—no vale la pena de que yo me preocupe. ¡Amenazas de palabra y nada más!

El Duque la había tratado como á una mujer honrada, haciéndole jurar que no había amado jamás, ó por lo menos que ni él ni ningún vivo la había poseído nunca. Había jurado cuanto le pidió,

diciéndole al tío Kayser que aquellos juramentos son como los juramentos políticos, que á nada obligan ni á nada comprometen.

El tío empezaba á tener por su sobrinita una admiración extraordinaria.—¡Esto es lo que se llama una mujer!—se decía.—¡Vale mucho! Además le había prometido montarle un estudio magnífico donde pudiera pasarse las horas muertas sin trabajar, echado en un diván, fumando su pipa, y pasarse los días explanando sus teorías sobre la superioridad y moralidad del arte. Aquello era su bello ideal.

También él deseaba que se realizase el matrimonio. Y todo sin hacer mucho ruido. La menor imprudencia pudiera echarlo á perder todo. ¡Era lástima entonces!

—¿Quieres que te diga una cosa? ¡Me parece que vas á la parroquia caminando sobre huevos!

—Está tranquilo—contestaba Mariana riendo mucho—que yo procuraré que no se rompa ninguno.

La boda se celebró. ¡Por fin! como dijo Kayser. Más una formalidad que una ceremonia. Mariana, muy bella, estaba loca de alegría viendo que al fin iba á tocar á la realidad de sus sueños dorados. Jamás la había visto Rosas tan guapa. ¡Cuán

tonto había sido dejando pasar tanto tiempo pensando en preocupaciones ridículas, en vez de decirle desde luego que la amaba! Había perdido años, años de amor que ya no volverían ni siquiera al calor de aquellos amores apasionados que comenzaron el día de la boda.

¡Ah! ¡cuánto la amaría ahora, cuánto la adoraría y conservaría consigo como su voluptuosidad viva! Viajarían. Dentro de tres días saldrían para Italia. Los bultos de equipaje llenaban ya las habitaciones del hotel de la Avenida de Montaigne, su mansión nupcial. Mariana se llevaría consigo todos los recuerdos por ella conservados en el cuartito de modistilla á donde iba Rosas á verla, en la calle Cuvier, donde José le había dicho por primera vez: «Te amo.»

—Nos lo llevaremos todo; no quiero separarme de estos mínimos recuerdos de mi felicidad.

Rosas estaba loco de alegría. La posesión de aquella mujer, deseada como una querida y también más apasionada, más ardiente que una querida, con sus espasmos de lágrimas y de besos, le volvía demente y le hacía experimentar goces intensísimos. Dentro de él había algo que cantaba y bullía como en los días dichosos de los veinte años. Ya deseaba verse con Mariana allá bajo el

límpido cielo de Italia, lejos de las brumas y los fangos de París.

—Estas aceras húmedas, donde se refleja el gas—le decía—me parecen lúgubres. ¡Vamos en busca del cielo azul, Mariana, de los naranjos de Niza, de las estrellas de Nápoles!

Ella sonreía.

Deseaba permanecer aún unos cuantos días en París, feliz y deseosa de pasear su nuevo apellido por aquellas calles, por aquel bosque, por aquellos teatros que la habían conocido triste y pobre paseando sus desesperadas melancolías. Parecía que anonadaba con su triunfo á las personas y á las cosas. ¡Qué le importaba Nápoles, toda vez que no había paseado por la Chiaja sus desilusiones y su desesperación y abatimiento! Florencia podía creerla una Duquesa como otra cualquiera. Pero aquel París, del cual cada esquina le era familiar y cada calle había servido, por decirlo así, de teatro á sus locuras, á sus esperanzas, á sus caídas, á su abatimiento, á sus decepciones, á todos sus pesares de ambiciosa, que la habían convertido al cabo en la mujer audaz que hemos conocido, aquellos boulevares, aquellos paseos del Lago, aquellos palcos de los teatros á la moda, quería volverlos á ver á la hora de su triunfo, como los

había visto en sus momentos de locura y de desesperación.

—¡Dos días más! ¡Un día más!—decía.—Después del estreno que hay anunciado en Variedades nos iremos. ¿Quieres?

—¡Ah! ¡parisiense, parisiense encarnizada!—contestaba José.

Y ella le miraba sonriente y lanzando chispas por los ojos.

—¿Variedades?..... ¿No te acuerdas?..... ¿La canción aquella?..... ¿La que tarareabas enfermo?..... Me parece estar oyéndola todavía.

El tío Kayser, siempre prudente y precavido, aconsejaba que se marchasen pronto. Temía algo sin saber el qué. Lo temía todo. Todas las mañanas esperaba tropezar en algún periódico algún artículo indiscreto sobre los Duques de Rosas.

—¡Los periodistas no respetan la vida privada! ¡Y sin embargo, es bien respetable!

Al fin se fijó el viaje para dos días después. Estaba resuelto. Rosas había querido volver á ver á Guy por última vez. En su casa de la calle de Aumale le dijeron que el señor de Lissac se hallaba fuera de París viajando. Los balcones de la casa no estaban sin embargo cerrados. El Duque tuvo por un momento el propósito de insistir; pero

luego se retiró y volvió á su casa sin pararse á analizar detenidamente la causa del fastidio repentino de que se sintió acometido. Hacía un día muy bueno. El tiempo estaba seco. Volvióse á pie á la avenida Montaigne, donde debía estar Mariana arreglando los equipajes.

Al entrar en el hotel, donde se hallaban las puertas abiertas, como sucede á la hora de una mudanza ó de un viaje, quedóse asombrado al oír la voz de un hombre, que no era la de Simón Kayser ni la del ayuda de cámara, que contestaba con violencia á las palabras evidentemente encolerizadas de Mariana.

No conocía aquella voz de hombre, y el ruido de una campanilla, cuyo cordón había sido sacudido sin duda alguna en un momento de rabia, le hizo apresurar el paso como si por instinto adivinase que la Duquesa se hallaba en algún peligro.

Con aquel aspecto de desorden, que parecía el producto de un asalto, el hotel, en la penumbra de un anochecer de Diciembre, adquiría un aspecto casi siniestro.

José había experimentado una repentina sensación de angustia.

Llegó rápidamente al salón donde Mariana, en

vuelta en una bata de raso negra y de pie delante de la chimenea, tenía aún cogido con movimiento de verdadera rabia el cordón de la campanilla cuyas vibraciones habían alarmado al Duque.

Delante de ella, un joven de grandes mostachos, al cual no conocía el señor de Rosas, estaba en pie con el sombrero puesto y echado sobre una oreja.

Tenía el aire insolente y parecía hallarse fuera de su centro, encerrado en una levita que le sentaba como á un Cristo un par de pistolas. Sus ademanes eran groseros, y con las manos metidas en el bolsillo, su aspecto era á la vez villano y amenazador.

Mariana llamaba á un criado.

Estaba roja de furor.

Al ver á José se puso lívida.

—¿Qué pasa?—preguntó el señor de Rosas con frialdad, acercándose á la Duquesa y á aquel hombre.

El desconocido le miró, se quitó el sombrero y preguntó con voz fuerte y aguardentosa:

—¿Sois el señor Duque de Rosas?

—¡Sí!—dijo José.—¿Podré saber?

—¡Nada! ¡no es nada!—exclamó Mariana precipitándose hacia su marido y cogiéndole las manos como si quisiera llevárselo de allí.

—¿Cómo nada?—dijo entonces el hombre irguiéndose con altivez, con el sombrero en la mano y el brazo puesto en jarras.—¿Decís que no es nada haber tratado á un caballero como acabáis de tratarme á mí?

Volvióse hacia Rosas y dijo con tono breve, saludando afectadamente:

—¡Soy Adolfo Gochard!..... ¿No me conocéis, señor Duque?

—No—dijo José.

—¿Cómo queréis?.....

—¡Ah! perdonad—dijo Gochard interrumpiendo á Mariana.—Habéis llamado, habéis querido que venga gente, me habéis amenazado con echarme á la calle, y puesto que habéis hecho todo eso, os aseguro que ahora me han de oír hasta los muertos.

Los criados que habían acudido al ruido se asomaron á la puerta.

—¡Marchaos!—gritó Mariana.

—¿Por qué?—le preguntó friamente el Duque.

—Porque la señora prefiere que lo que tengo que decir os lo diga á vos solo!—dijo Gochard.—

¡Ah! habéis pretendido que yo quería estafaros. ¡Yo! ¡un veterano, un sargento licenciado, comer estafas!..... Ahora veréis, ahora veréis.

—Caballero—dijo el Duque, que estaba lívido y cuyos apretados dientes rechinaban—no sé lo que queréis decir con todas esas cosas á la señora Duquesa de Rosas, ni sé tampoco lo que os habéis atrevido á decirle antes; pero váis á salir de aquí inmediatamente.

—¿Cómo es eso?.....—dijo el hombre encorvando sus abultados hombros de luchador.

—¡Pues muy sencillo: saliendo!

—¡Quisiera verlo!—dijo Gochard.—Veo, voto al diablo, que la gente de vuestra clase no es muy cortés que digamos.

—¡No hay para qué ser cortés con los canallas! ¡Estáis en mi casa!

—¡Oh! no sois vos quien me ha de enseñar en dónde estoy—contestó el querido de la Dujarrier guiñando el ojo.—Pero esta señora ha vivido bastante tiempo á costa mía en la calle de Prony, y gracias á mi firma, sí, señor, á mi firma, halló el medio de alquilar el hotel de la señorita Vanda. ¡Conque no venga ahora á darse tono conmigo!

—¡Vuestra firma!..... ¡El hotel Vanda!

El Duque miró á Mariana, que, blanca como una muerta, en vez de indignarse suplicaba, tratando de alejar á su marido de aquel sitio, como si corriese allí un gran peligro.

—¡Ah! ¡no faltaba más!—gritó José;—es necesario explicarme.....

—Pues la cosa es muy sencilla. Necesito dinero. La Dujarrier me ha dado bien poco para lo que era este negocio. Es demasiado avara, y por eso he venido á pedírselo á Mariana. Se sube á las nubes, y en vez de comprender que vengo en son de paz y amistosamente, me amenaza con echarme á la calle, diciéndome que soy un timador. ¡Yo!.... ¡yo!.... ¡Qué tontería!

¡Aquel hombre osaba decir que iba á ver como amigo á la que llevaba el título de Duquesa de Rosas! ¡Aquel borracho insolente había ayudado á Mariana para subarrendar el hotel de una prostituta!.... ¡En la calle de Prony!.... ¡Vanda!.... ¿Qué tenían que ver todos esos nombres con el de la Duquesa de Rosas? ¿Y qué tenía ella de común con la Dujarrier, una mujer cuya vida vergonzosa conocía perfectamente el aristócrata español?

¡Ah! puesto que había comenzado, preciso sería que lo dijera todo. Aunque no quisiera, se lo diría todo. Rosas, asustado también, asustado sin saber por qué, pero creyendo que iba á saber algo muy vil y muy bajo de la que ya era su esposa, sentía temblar entre las suyas la mano de Mariana, y poco á poco, á medida que Gochard hablaba, com-

prendía que Mariana quería alejarse, y él era ahora quien la detenía, apretando los dedos y comprimiendo la muñeca de la joven, obligándola á que no se fuese, á que lo oyera todo.

—¡Ah! os equivocáis si habéis creído que tengo miedo de hablar—decía Gochard.—¿Yo? ¡ahora lo sabréis todo!

Y entonces, con cierta grosera jactancia de matón, buscando palabras raras, vengándose cobardemente por medio de bromas y chacotas de mal gusto, que parecían escupitinajos de tabaco, de aquella mujer que le había insultado un momento antes, que le hablaba de estafas, y de timos, y de policía, y de lacayos echándolo á la calle, relató todo lo que sabía, la vida de Mariana, su miseria, sus desesperaciones, sus amores, la combinación de la Dujarrier, el alquiler del hotel de Vanda, el pagaré de Vandrey, la renovación de ese documento, su tontería, la tontería de Gochard, porque era demasiado buen chico y demasiado confiado en la palabra de Clara Dujarrier, que le había hecho no reservarse su correspondiente tanto por ciento en el negocio. ¡Ah! ¡las mujeres! ¡No se puede fiar uno de ellas!

Rosas escuchaba con la boca abierta, con la sangre subida á la cabeza, con las sienes dándole

martillazos, clavando los dedos en el brazo de Mariana, que miraba á Gochard con aire feroz.

Cuando hubo concluido, se escapó de las garras de Rosas haciendo un esfuerzo terrible, se acercó al miserable y le escupió en la cara.

Él levantó la mano y le dijo:

—¡Ah, perra!

—¡Salid de aquí!—gritó el Duque.—¡Se os pagará!

—El dinero no es todo. Quiero también que se me trate con consideración—dijo Gochard limpiándose la cara.

Y colocó una tarjeta suya sobre la chimenea.

—¡Adolfo Gochard! ¡ahí están las señas de mi casa! ¡Es verdad que demasiado las conoce Mariana! ¡Y á pistola, á sable, á espada, á lo que queráis! ¡Yo no temo á nadie!

—Ya te han dicho que te se pagará—gritó Mariana absolutamente loca y disponiéndose á arañarle.—¡Vete, canalla! ¡vete, ladrón!

—¡Qué tonterías!—respondió Adolfo poniéndose el sombrero.—¡Ya he dicho lo que tenía que decir! ¡No me gusta que nadie se ría de mí!

Y desapareció.

Rosas ni siquiera le vió marcharse.

Había cogido á Mariana por las dos manos y la

llevó hasta junto al balcón, por donde aun penetraba alguna claridad del día, y convulso, nervioso, horriblemente pálido, la miró con fijeza, cara á cara.

Ella estaba aterrada. Creyó que iba á morir. Comprendía que su marido iba á matarla.

Bruscamente cayó de rodillas.

Él seguía mirándola con ojos extraviados.

—¿De modo que Vaudrey?..... ¿Vaudrey? ¿Ese hombre que he visto en casa de tu tío?..... ¿Con el cual me he codeado yendo contigo?..... ¿Vaudrey?..... ¿era tu amante?

Ella, horripilada, no respondía.

—¿Me habías engañado?..... Contesta, infame mujer..... ¿me habías engañado?

—¡Te amaba! ¡Te quería, estaba loca por poseerte!—dijo Mariana.

—¡Bah!—respondió Rosas con voz estridente que le salía del pecho.—¡Lo que tú querías era lo mismo que ese canalla: dinero! ¡Habérmelo pedido! Os lo hubiera dado, os hubiese dado aunque hubiese sido toda mi fortuna! ¡Pero mi nombre, no! ¡mi nombre, no!

Y la rechazó brutalmente.

Ella continuaba arrodillada. Sus manos caídas tocaban en el suelo. Sus ojos perdidos contempla-

ban abiertos los caprichosos dibujos de la alfombra.

Estaba segura de que iba á morir. La repentina cólera de José tenía sobresaltos propios de la furia de una bestia salvaje. Sus ojos lanzaban rayos iracundos.

Luego se echó á reir nerviosamente como una mujer histérica.

—¡Imbécil! ¡imbécil! ¡imbécil!..... ¡En la casa de una prostituta, allá en la calle de Prony, en el hotel de Vanda! ¡Vanda! ¡En casa de Vanda, en el lecho de una cortesana, se ha entregado, se ha vendido una Rosas! ¡Porque ahora es una Rosas! ¡una Duquesa de Rosas! ¡Imbécil! ¡qué imbécil soy!

Mariana hubiese querido hablar, suplicar. El espanto le helaba la sangre en las venas y paralizaba su lengua.

Comprendía que aquel crédulo hasta la candidez acababa de tomar una determinación implacable. Veía que de su esclavo se había convertido en su amo.

—¡José!—dijo dulcemente la asustada voz de Mariana.

Él se enderezó, rígido al oír ese nombre, como si hubiese oído una injuria.

—¡Vamos!—contestó con frialdad—sea. Lo hecho no tiene remedio. ¡Peor para los tontos! pero escuchad lo que voy á deciros.

Aquel joven, bajo de estatura, rubio, pálido, parecía, en medio de las sombras que empezaban á invadir la habitación un retrato antiguo escapado de su marco.

Su mano de acero volvió á caer sobre la muñeca de Mariana.

—¡Os llamáis la Duquesa de Rosas!..... ¡Ese título que tanto ambicionabais, lo habéis estafado!..... Pero por lo menos evitaré que lo arrastréis por el fango ante las miradas irónicas y burlonas, las sonrisas insultantes y los chismes y comentarios de este París, cuyo olor os atrae tanto, que no habéis querido dejarlo todavía! ¡Caramba! ¡Apuesto á que tendréis por ahí algún otro querido! Vaudrey!..... ó Lissac!..... ¡Quién sabe cuántos!

—Os juro.....

—¡Oh! me habéis engañado, y es inútil que juréis. Nos vamos á marchar. No á Italia. Eso es bueno para los que se aman. ¿No conocéis el castillo de Fuencarral?..... Pues váis á conocerlo. Esa será ahora vuestra cárcel. ¡Es vuestro, puesto que sois de la familia de los Rosas!

Y se echó á reir nuevamente con expresión ame-

nazadora, como si fuese un juez que se complaciera en insultar á un sentenciado.

—Nos vamos á Toledo. Un día me preguntabais por el castillo donde yo he nacido. Pues es sencillamente una cárcel. Después de todo, allí se vive. Pero cuando se entra en él, se sale bien poco. La divisa que lleváis no es muy agradable, pero es elocuente, ya la conocéis: *Hasta la muerte*. ¿Qué os parece?..... Dentro de tres días estaremos en Toledo. Allí hay retratos de Duquesas de Rosas que os verán pasar desde lo alto de las paredes, y como entre ellas no ha habido ni adúlteras ni prostitutas, es posible que se pregunten para sus adentros qué irá á hacer allí una parisiense.

Yo les contestaré que va á pasarse la vida, toda la vida conmigo; conmigo, por quien estabais loca, según habéis dicho, y nadie tendrá el derecho de burlarse del Duque de Rosas, que no volverá á ver á nadie. ¡Oh, sí! ¡ya sé que soy un hombre de otros tiempos! ¡Soy ridículo! ¡soy romántico! ¡soy así! Habéis despertado al semisalvaje que dormía dentro de mí. Peor para vos si me habéis recordado que soy un descendiente de los Rosas.

Mariana se quedó como anonadada, oyendo el ruido de los pasos del Duque que iba y venía de una parte á otra.

Algunas veces, cuando pasaba cerca de él, su sombra aumentada se extendía sobre ella y le daba frío y miedo.

Experimentaba la sensación de espanto que se siente ante una tumba abierta.

Mariana se estremeció, quiso suplicar y murmuró:

—¡Piedad!..... ¡perdón!

—Señora Duquesa—dijo Rosas con frialdad—yo soy de esos que pueden ser engañados, porque no hay nadie que esté libre de una traición; pero no soy de los que perdonan jamás. ¡He sido un tonto, un cándido, un necio! ¡Peor para mí! ¡y peor para vos! ¡Rosas sois y Rosas seréis! ¡Ah, he sido vuestra víctima! ¡Perfectamente: convenido! ¡vos seréis la mía! ¿Supongo que no encontraréis todo esto injusto? ¡Es lo más natural del mundo! ¡No quiero ni el escándalo de un proceso, ni el ruido de varios duelos! Me pondría en ridículo á los ojos de todos; pero no quiero ponerme en ridículo á mis propios ojos y á los vuestros. No he querido ser vuestro amante, y apenas he sido vuestro marido. Ahora seré vuestro compañero de toda la vida. *¡Hasta la muerte!* A mí no me da miedo el frío de piedra de un Escorial. Estoy acostumbrado á ello. Si á vos os hace temblar,

¿quién tiene la culpa? Puesto que lo habéis querido, nos suicidaremos los dos. ¡Esta noche nos vamos!

—¡Esta noche!—repitió Rosas, terrible, mientras Mariana, aterrada, se sentía anonadada bajo el peso de este título: *Duquesa de Rosas*.

Simón Kayser iba á comer. Se enteró con espanto que todo se lo había llevado la trampa.

¡Cómo! ¿Se había enterado de todo el pícaro Duque?

¿Y le daba por tomar la cosa por el lado dramático?

¡Qué tontería!.....

— En fin, ¿qué le hemos de hacer?—dijo el tío, después de haberse preguntado dónde se iría á comer.—¡Demonio de hombre!..... ¡Y es muy capaz de dejarla morir como un perro, allí, entre aquellas cuatro paredes!..... Ella se tiene la culpa. Porque la verdad es que debía habérselas arreglado de modo que no viniese un tipo como Gochard á echarlo todo á perder. ¡Me da lástima la pobre Mariana!..... ¡Todo estaba bien arreglado, bien dibujado y bien compuesto! ¡Qué plan de campaña! ¡Superior! ¡Y ahora se viene todo á tierra! En todas las cosas de este mundo sucede

lo mismo: hacer el gran arte es hacer el tonto. ¡El destino es inmoral! Ella y yo seríamos acaso más felices, si no nos hubiésemos metido en libros de caballería, y ella se hubiera hecho simplemente *cocotte* y yo fotógrafo.

—Sino que—añadió el pobre diablo— tiene uno altas miras, *as-pi-ra-cio-nes*, ¡y eso no se puede remediar!..... ¡Cuando uno nace artista!.....

PIN DE LA NOVELA.

